



Bartolomé de las Casas

De las antiguas gentes del Perú

ADVERTENCIA

Con éste son tres los libros publicados en esta COLECCIÓN por nuestro querido amigo D. Marcos Jiménez de la Espada; agotados los dos anteriores, no dudamos que a éste le quepa la misma suerte dentro de poco tiempo, pues es, si cabe, más curioso que sus antecesores. De todas maneras damos las gracias al ilustre americanista por el trabajo ímprobo que se ha tomado, desentrañando la historia apologética del P. Las Casas, para formar el presente tratado DE LAS ANTIGUAS GENTES DEL PERÚ.

Madrid 20 Abril 1892.

A
MR. BENDIX KOPPEL
EN TESTIMONIO
DE
AMISTAD Y DE AGRADECIMIENTO
M. J. de la Espada.

Prólogo

Aunque no lo dijera (que voy a decirlo ahora mismo), pronto sabría el lector a que atenerse respecto al título y condiciones del libro publicado en este tomo con el nombre del P. Fr. Bartolomé de las Casas; bastaría llegar al comienzo de la Declaración que precede al primer capítulo. Pero me creo obligado a declararlo yo antes que lo averigüe, advirtiéndole desde que las primeras líneas del Prólogo, de que, si bien es verdad que sólo unos pocos de sus párrafos son conocidos y han visto la luz en obra de difícil consulta para muchos, el texto De las antiguas [X] gentes del Perú no constituye por sí tratado aparte ni tal fue la mente de su verdadero autor, ni tampoco es cosa nueva o ignorada de eruditos y bibliófilos, sino sencillamente una ordenada agrupación de los capítulos íntegros o en extracto que atañen al Perú en la Apologética historia sumaria cuanto a las cualidades, disposición, descripción, cielo y suelo de las tierras, y condiciones naturales, policías, repúblicas, maneras de vivir y costumbres de las gentes destas indias occidentales y meridionales, cuyo imperio soberano pertenece a los Reyes Castilla.

Por lo cual, en realidad y esencia, mi trabajo es mera continuación del comenzado por los Señores Marques de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayón en el Apéndice a la Historia de las Indias del mismo P. Las Casas (1), sustituyéndolos, previo el consentimiento [XI] indispensable, en la pacientísima tarea de proseguir su primer propósito, ya anunciado en la Advertencia preliminar del tomo con que finaliza la parte conocida de la expresada Historia, de publicar, «sino todo lo que quedaba inédito de la Apologética, al menos lo que se refiere a México y al Perú, que es la mayor parte».

Como del imperio de Moctezuma se me alcanza muy poco, y por otra parte, mis preferentes aficiones han sido y continúan siendo por el de los Incas, he optado por éste dejando el primero para otros de más competencia en el asunto.

Los ilustrados y diligentes editores de la Col. de docum. inéd. para la Historia de España, en la parte publicada de la Apologética, adoptaron un plan que me parece excelente y sobre todo muy práctico, dadas las condiciones de esta obra: ceñirse a lo pertinente a su principal objeto y descargarla del refuerzo y máquina de alegaciones y citas que [XII] el Apóstol de los indios llama en auxilio y defensa de su tema. Porque, no obstante el calificativo de sumaria que le impuso y de llamarla obrecilla alguna que otra vez, compone un volumen en folio de 830 fol. con multitud de intercalación es y adiciones marginales, y calculando por lo corto, de esos 830 fol. una tercera parte corresponde a los textos auxiliares, aducidos con frecuencia in extenso y sacados de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de los filósofos, historiadores y poetas clásicos; estupendo y magnífico alarde de erudición para aquel tiempo, ilustración necesaria a la generalidad de los que entonces habían de persuadirse a favor de los indios y de la excelencia de todas sus cosas, pero hoy casi del todo inútil, porque el convencimiento de los modernos americanistas no suele venir por el camino de aquellas autoridades, y las que algún prestigio pudieran conservar, han descendido ya a simples rudimentos de erudición histórica y científica [XIII]. Perdóneme, pues, el insigne prelado chiapense si imito el ejemplo de los Señores Fuensanta y Sancho

Rayón, si bien más en pequeño, y agradézcame en cambio la vista que he perdido y la paciencia de indio que he gastado en desenmarañar los capítulos de mi texto, adivinando a veces la escritura, toda de su mano, llena de tachones, enmiendas y arrepentimientos no siempre corregidos, reflejo fiel de su estilo, como su carácter, vehemente, apresurado, febril, a pesar de las trabas de un hipérbaton tan complicado y de remate tan tardío, que no parece sino que sentía en el alma arrancar del regazo materno nuestro gallardo y ya en aquella sazón vigoroso romance.

Descartada de sus accesorios y anejos la materia esencial de los capítulos que agrupamos con el epígrafe De las antiguas gentes del Perú, basta un ligero examen, acaso una sola lectura, para convencerse de que no es homogénea ni todos sus elementos componentes [XIV] el mismo valor. Desde luego da motivos a la distinción, el lugar donde Las Casas compuso algunos de los antedichos capítulos comparado con la fecha de varios de los documentos que en ellos utiliza. El lugar es la Isla Española, que vio por última vez el año de 1544, y los documentos a que aludo son de 1547, 1552 y 1553; incompatibilidad que por ventura depende de no haber tenido tiempo de dar las últimas manos a su obra y corregir estos descuidos y otros, como las llamadas y citas de capítulos que aún no debía haber escrito (2). Pero, apurado un poco más el análisis y lectura de ellos, afirmase enteramente aquella convicción con la coincidencia, en muchos casos literal, de varios pajes de la Apologética con lugares de escritores conocidos o que pueden fácilmente conocerse. [XV]

Uno de ellos es Miguel Estete, cuya relación de viaje, impresa con la de Francisco de Xerez, menciona por la edición de Salamanca de 1547. Otro, el mismo Xerez, sin nombrarlo; otro, Pedro de Cieza de León, omitiendo asimismo su nombre, y el cuarto, un seglar, como Las Casas le llama, y que según todas las señas es el P. Cristóbal de Molina, autor de la Relación de muchas cosas acaecidas en el Perú, en suma, para entender a la letra la manera que se tuvo en la conquista y poblazon destes reinos, etc., escrita uno o dos años después del fallecimiento del virey D. Antonio de Mendoza, acaecido en la noche del 21 de julio de 1552. De todos cuatro toma lo que le conviene, y a veces, no diré falseándolo, porque se trata de un respetable prelado, pero si aderezándolo de manera que resulte lo más apologético posible. En la cosecha, sin embargo, merece sus preferencias el seglar, como puede verse, por los trozos de su relación, que, acotados con llamadas [XVI] a las páginas del texto principal, damos por Apéndice.

Lo demás que no encuentro en estos escritores, ignoro quién pudo prestárselo a Las Casas. Sus repetidas y terminantes afirmaciones (3) de que lo sabía por relaciones de religiosos de su Orden y de otras y aun de seglares, no bastan para dar con el autor, aunque garanticen la legitimidad de su procedencia. Pero lo que a mi juicio es indudable, es que ni por tales relaciones ni con motivo de ellas ni de las citas de los de autores conocidos, resulta que el de la Apologética recogiera personalmente el más mínimo dato en el Perú. Hasta de las cosas más triviales y sabidas de aquel país habla por referencia. Un ejemplo: ¿quién de los que estuvieron un día siquiera entre aimaraes y quíchuas por los años de [XVII] Las Casas, hubiera escrito como él acerca del hayo de Tierra Firme: «Y esta yerba es la misma coca que en las provincias del Perú es tan preciada, como parece por testimonios de religiosos y de

indios que han venido del Perú que la vieron y conocieron en la dicha isla de Cuba y con mucha abundancia?» (4)

Deslindados, aunque someramente, los orígenes de las noticias del antiguo Perú recopiladas por Las Casas en la más genial y apasionada de sus obras, no huelga que expongamos nuestro parecer acerca de su valor documental y del provecho que pueden reportar a la historia y protohistoria de aquel famoso imperio en la forma a y manera que el recopilador nos las ofrece.

Respecto a las procedentes de las relaciones de Estete, Xerez y de la crónica de Cieza de León, ya sabemos a [XVIII] qué atenernos, pues conocemos los originales y estamos acostumbrados a la autoridad de que gozan hace siglos; y en cuanto al P. Molina, aunque apasionado, es testigo presencial de lo que narra.

Las restantes, que son las más y mejores, hay que recibirlas con su cuenta y razón; porque es casi indudable, que antes de pasar a las páginas de la Apologética, tuvieron que sufrir modificaciones más o menos esenciales a fin de acomodarse, a la intención y deliberado propósito de demostrar con ellas la suprema excelencia de las razas americanas y ponerlas, no al nivel, pero encima de las más famosas del antiguo mundo. El traslado de los textos de Cieza y Molina confirma nuestra suposición y nos ofrece a mayor abundamiento una prueba de las demasías del fanatismo apologético del Apóstol indiano, en las descripciones de los monumentos arquitectónicos y otras obras de arte de los primitivos peruanos. [XIX] Para él representaban lo más ostentoso, estupendo y sublime de esa manifestación del espíritu humano; la serenidad y gracia divinas de los templos griegos, la abrumadora magnificencia de las fábricas romanas, el místico idealismo de nuestras góticas catedrales y el encanto y primor exquisitos de los alcázares sevillanos y granadinos, ni un recuerdo le merecen al entusiasmarse con los bárbaros muros ciclópeos de la Casa del Sol, aforrada de toscos y pesados tablones de oro y techada de paja.

Conviene también que reparemos en el método expositivo de la sucesión y relaciones cronológicas y otras, más íntimas de los fenómenos y manifestaciones de la antigua sociedad peruana, máximamente en la era de los Incas, apogeo de su cultura, en concepto de casi todos los que recogieron a raíz de la conquista y en tiempos inmediatos y elevaron a historia, las tradiciones y leyendas tomadas a boca de los hijos, [XX] deudos, cortesanos y servidores de aquellos monarcas. Yo no dudo en que estos celosos investigadores las trasladaron concienzudamente al papel o las fiaron sin segunda intención a su honrada memoria; pero lo cierto es que en los escritos suyos llegados hasta nosotros se notan dos maneras diferentes, y por lo regular bien definidas, de exponer los hechos más culminantes y trascendentales de la vida y cultura de la raza inqueña. Unos los acumulan en un solo reinado, el de Huiracocha, el de Pachacútec o el de Túpac-Inca-Yupanqui, dejando a sus ascendientes (salvo el gran Manco-Cápac, a quien rodean casi siempre las prestigiosas nieblas de la fábula) en la semioscuridad de la insignificancia, y para sus descendientes el oficio de meros continuadores del estado de cosas que encontraron al ceñir a sus sienas la mascapaicha o borla imperial, y sin otra obligación, demás de ésta, que la de extender a los cuatro suyos o rumbos [XXI] cardinales, por medio de amigables anexiones o por la fuerza

de las armas, el territorio del imperio, la religión solar y la sagrada y servil obediencia, con los cuantiosos provechos que le correspondían como hijo del astro más luminoso del cielo. Otros reparten los hechos y adelantos realizados por la dinastía de Manco entre los diferentes soberanos, siguiendo una ley ascendente o progresiva, con la cual se acomoda mejor (o se contenta) nuestro moderno criterio y se libra de meterse en más honduras y tiene lo suficiente para asentar un fundamento razonable de la paleohistoria peruana.

Por desgracia, nuestro obispo, o los autores de los documentos que aprovechó, siguen el primer camino; pero en compensación, Las Casas es de los pocos que conceden importancia, si bien no toda la debida, a los pueblos y sociedades gobernadas por curacas, sinchis y otros reyezuelos con mucha anterioridad a la época de los Incas, sin [XXII] caer en las ridículas exageraciones y devaneos pseudo-bíblicos del Licenciado Don Fernando de Montesinos.

Estas generalidades con más apariencia que realidad de crítica, son, en mi concepto, las únicas observaciones que acerca de los capítulos de la Apologética relativos al Perú, caben en tan estrecho lugar como un prólogo que tiene que acomodarse a las imprescindibles condiciones de nuestra edición. Por otra parte, descender al examen, cotejo y apreciación de todos los materiales nuevos o viejos para la historia que puedan contener, sería dar principio, sin poder darle fin, a un estudio, largo, minucioso, difícilísimo. El contingente tributado por Las Casas con su Apologética a la antigua historia del Perú, constituye una pequeña, aunque valiosa, porción del tesoro que poseemos, fruto de pacientes e ignoradas investigaciones. Cuando se logre agrupar estos materiales en un solo y ordenado conjunto cuya forma nos [XXIII] ahorre tiempo, paciencia y, además, hipótesis, probabilidades, suposiciones y otras aventuras del ingenio, será ocasión de avalorar equitativamente y sin cargos de conciencia la certidumbre, duda o falsedad, importancia y utilidad histórica de los hechos y la fe y autoridad que merecen el documento o la persona por donde los conocemos. Otra cosa es gastar el tiempo en ejercicios de habilidad y de fantasía, que, si para algo sirven, es para fingir reputaciones y hacer alardes, interesados o inocentes, de saber lo que se ignora.

Al señalar hace poco algunas deducciones de la lectura de la Apologética como fuertes indicios, casi pruebas, de que su autor no estuvo en el Perú, no se me ocultaba que iba a encontrarme frente a frente con tres textos muy graves y celebrados: la Historia de la provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala, etc., por el Presentado Fr. Antonio [XXIV] de Remesal, y dos biografías de Las Casas, una por el Sr. Carlos Gutiérrez, guatemalteco expatriado y muerto hará dos o tres años en Donostiarra, otra por el Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié, exministro reciente de Ultramar.

En realidad de verdad, insistir, después de leídos los capítulos titulados De las antiguas gentes del Perú, en la demostración de que Las Casas no puso jamás los pies en esta tierra, tiene algo, y aun algos de lo que llaman nuestros vecinos enfocer une porte ouverte. Más, por deferencia, por consideración a la insigne trinidad biográfica (tres biógrafos distintos y uno solo verdadero), he de hacerme cargo de sus (5)

razones, siquiera sea para rectificarlas o combatirlas, pues que pasarlas en silencio fuera afectado e irrespetuoso desdén que nunca (6) merecerían, por malas que pareciesen, viniendo de tan alto. Y como para mí el solo verdadero es el P. Remesal (dicho sea sin menoscabo de la reputación literaria de los otros [XXV] dos), con él voy a tratar directamente de la jornada de Fr. Bartolomé, sin perjuicio de acudir, cuando el caso lo exija, a los Sres, Gutiérrez y Fabié. Para lo cual, ya que dichos señores, aunque devotos obsecuentes del cronista dominico, trasladaron a sus biografías con cierta negligencia y no con toda religiosidad el texto que los guiaba, es preciso poner anticipadamente ante los ojos los dos párrafos que aquel consagra al apostólico viaje de su hermano, en, el cap. IV del lib. III, págs. 104 y 105 de la citada Historia; no sin advertir, empero, para más clara inteligencia de su contenido y bajo la fe del mismo cronista, que el objeto del viaje de Las Casas era notificar con toda urgencia a los capitanes D. Diego de Almagro y D. Francisco Pizarro, ocupados a la sazón en la conquista del Perú (7), una cédula que había obtenido [XXVI] para ellos sobre la libertad de los indios a fuerza de sermones, alegatos y luchas diplomáticas en Corte, durante seis meses del año de 1530 (8); cédula «que está (habla Remesal) en el primer tomo de los cuatro que por orden del rey Prudente se imprimieron del gobierno de las Indias».

Dicen los párrafos anunciados:

«I. -Todos los religiosos [Fr. Bartolomé de las Casas, Fr. Bernardino de Minaya y Fr. Pedro de Angulo] salieron de México a principios del año de 1534 y habiéndose de embarcar en el puerto de Realejo, que es en la provincia de Nicaragua, les fue forzoso pasar por la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala. Aposentáronse en el convento de Santo Domingo, que había un año que estaba sin morador, causándoles mucha lástima aquellas paredes desiertas en tierra tan [XXVII] necesitada de predicación y doctrina. A la voz de que había frailes en el convento de Santo Domingo, acudió toda la ciudad a verlos y a saber la causa de su venida. Pero cuando se encontraron con el Padre Fr. Bartolomé de las Casas, continuo fiscal de conquistadores, se les aguó el contento que llevaban, porque entendieron que traía algunas cédulas y provisiones reales contra ellos, que el servicio de los esclavos no les tenía muy seguras las conciencias, y de cualquier aire se temían. Con todo eso, como discretos, disimularon y mostraron gusto con tan honrados huéspedes, y mucho mayor y con más exceso sin disimulación ni fingimiento alguno el Licenciado Francisco Marroquín, cura de la parroquial de aquella ciudad, que como tan letrado y buen cristiano, deseoso del bien de los naturales, se holgara harto que salieran ciertos los miedos de los feligreses. En el discurso de la conversación se supo el viaje de los [XXVIII] Padres, que era al Perú, a fundar conventos y predicar en la tierra, y como no dijeron más, todos se convertían en ruegos y plegarias que se quedasen allí en donde ya tenían convento fundado y la tierra sosegada y pacífica (cosa que aun no se había alcanzado en el Perú) y con mucha necesidad de doctrina. Instaba más en esto el Padre Cura, no entendiendo cuan imposibilitados iban los Padres de darle gusto. Súpose esto en la ciudad y contentáronse con detenerlos quince días, en que el Padre Fr. Bernardino de Minaya les predicó tres sermones de grande espíritu y edificación; y de cuanto fruto

hayan sido, lo vi escrito en un memorial del Obispo Marroquín (9). Apresuraba [XXIX] (10) el P. Fr. Bartolomé de las Casas su jornada, porque en el prevenir los capitanes del Pirú antes que tomasen posesión de hacer esclavos, tenía librado todo el buen suceso de la jornada, y por esto se salió de la ciudad más presto que los vecinos quisieran. Al fin se partieron dejando el convento tan solo como le hallaron, después de haber sido muy regalados de la gente noble, que con gran liberalidad les dio todo lo necesario para el camino».

«2. -Llegaron al puerto del Realejo, y fue a tan buena ocasión, que se estaba aperciendo un navío para el Pirú que llevaba gente y bastimentos a Diego de Almagro y Don Francisco Pizarro, y con solos veinticuatro días que se detuvieron, se embarcaron en él; lo cual no fuera así a decir el despacho, que llevaban, porque como la mayor riqueza de aquellos reinos era el trato de los esclavos, no permitieran ir en su compañía quien les iba a quitar su interés y ganancia. Notificada la cédula [XXX] real a los dos capitanes, prometieron de guardarla y obedecerla como en ella se contenía y la publicaron por todo el ejército con mucho ruido de pífaros y atambores, añadiendo penas a las que traía expresadas para poner más puntualidad en su ejecución y guarda; porque; como aquella conquista no se hacía a costa del Rey, sino de Don Hernando de Luque, que era ya obispo de Panamá, y de los dos Diego de Almagro y Don Francisco Pizarro, para mostrar su fidelidad al Rey de Castilla, y cómo, aunque peleaban, y ganaban la tierra a su costa, le eran obedientes vasallos, se esmeraron siempre en obedecer todo lo que se les mandaba, aunque fuese tan contra su gusto e interés como esto. Hecha esta primera diligencia, trató el P. Fr. Bartolomé de las Casas de la segunda comisión, que era fundar conventos y asentar la orden para la enseñanza de los naturales en aquella tierra; y después que comunicó este intento con [XXXI] Fr. Vicente de Valverde, varón doctísimo y de gran virtud, que estaba nombrado por primer obispo de aquella tierra, y con el P. Fr. Reginaldo de Peraza, vicario general de los Padres de Santo Domingo, que andaban en compañía de los españoles, viendo que las cosas estaban poco sosegadas, por no se haber acabado la conquista, y los indios alterados por las guerras y muerte de su gran señor Atabaliba, túvose por buen consejo volverse a la provincia de Santa Cruz o a la Nueva España hasta que la tierra del Pirú se acabase de pacificar. Algunos religiosos que andaban con los conquistadores estaban muy descontentos por la poca seguridad que traían de la vida, los inoportunos trabajos de la conquista y la poca esperanza que se tenía que en breve se dispondrían las cosas, de modo que la predicación del Evangelio se comenzase con la paz y sosiego que se requiere en el alma de quien la ha de recibir, y viendo la determinación [XXXII] del P. Fr. Bartolomé de las Casas y sus dos compañeros, la abrazaron ellos también y se embarcaron juntos para Panamá; a donde, después de haberse detenido algunos días, se vinieron al puerto del Realejo, que es en la provincia de Nicaragua, dos meses andados del año de 1532».

Aquí viene de molde aquello de «vamos por partes», porque lo que hay que decir y preguntar de cada una de las del texto de Remesal no puede reducirse a conjunto ni expresarse en tal forma.

Si era tan apretada y el único desvelo del impaciente procurador de

los indios la urgencia de notificar la cédula, a tanta costa lograda, a los capitanes Pizarro y Almagro, que debían hallarse ya en Panamá, ¿por qué en vez de tomar el camino más corto y ordinaria y frecuentada travesía de la Isla Española a Nombre de Dios, dio el inmenso rodeo por México, Guatemala y Nicaragua para embarcarse en el Realejo [XXXIII] y navegar después hasta su encuentro con los conquistadores del Perú? ¿O por ventura en aquella sazón le importaron más las cuestiones electorales de su Orden que la libertad de los indios peruanos?

Me resisto a creer que fuese tan exclusiva, particular y limitada a dichos caudillos su misión apostólico política, que no pudiera utilizarla ni hacer valer el carácter y autoridad de que le revestía la sola circunstancia de llevarla, contra los mercaderes y tratantes de esclavos indígenas de Nicaragua, que descaradamente y a vista del legado y vicario dominico, y con el mismo barco en que se conducía a su destino se entregaban, a su inicuo comercio. Precisamente por aquellos años en ninguna parte de las Indias era tan escandaloso el cabotaje de estas piezas de mercancía como entre Nicaragua y Panamá. Diríase que el ardientísimo celo de Las Casas sufría intermitencias oportunistas. Así lo creo yo, como que la [XXXIV] humanidad del «gran padre y medianero de los indios», como le llamaba Fr. Pedro de Angulo, no llegaba al negro ni alcanzaba al blanco.

Dice el P. Remesal que Fr. Bartolomé y sus adláteres partieron de México para su legacía a principios del año 1531 ¿Cómo compaginar esta partida con la elección en la Española del Provincial Fr. Francisco de S. Miguel y la rebelde agitación que produjo entre los dominicos de aquella ciudad, apaciguada gracias a la prudencia de Las Casas, sucesos ambos acaecidos en los meses de agosto a noviembre del mismo año de 1531?

Gran salto da el cronista dominicano del Realejo a la notificación de la cédula; no hubieran estado de más el nombre del paraje y la fecha en que la notificó a los dos capitanes, pero sin duda no se atrevió con las serias dificultades que el caso ofrecía. Primero, porque don Francisco Pizarro salió de Panamá a principios del año de 1531 y [XXXV] tardó todo él y más de la mitad del siguiente en llegar a los límites septentrionales del verdadero Perú. En agosto de 1532, cuatro meses después del regreso de Las Casas al Realejo; el conquistador no había pasado de Túmbez. Segundo, porque Diego de Almagro, el otro capitán, se quedó en Panamá, y no le acompañó en esta jornada. Los dos socios principales de la Conquista no se reunieron hasta mediado el mes de febrero de 1533, en Caxamarca.

El Maestre-escuela de la iglesia de Tierra Firme, Fernando de Luque, el consocio de Pizarro y de Almagro, no era ya, porque nunca lo fue, obispo de Panamá: la silla episcopal que obtuvo por la capitulación de la conquista del Perú, en cambio de los dineros con que ayudó a la empresa, fue la de Túmbez, en la que no llegó a sentarse.

Mal pudo tratar Las Casas con Fray Reginaldo de Pedraza (no Peraza) y el doctísimo y virtuoso varón Fr. Vicente [XXXVI] de Valverde que estaba ya nombrado por primer obispo de aquella tierra, el negocio de la fundación de los conventos, toda vez que el ferviente catequista y juez criminal de Atahuálpac no obispó hasta el año de 1533, ocupando la sede eclesiástica peruana trasladada de Túmbez al Cuzco.

No pudieron tampoco ser obstáculo la fundación de conventos en el

Perú y motivo del regreso de Las Casas y de sus compañeros, en unión con los Padres dominicos que andaban descontentos con los trabajos de la conquista y poca seguridad de la vida, las alteraciones de los indios ocasionadas de las guerras y muerte de su gran señor Atabaliba, porque este fue agarrotado por el mes de agosto de 1533 (11). Y [XXXVII] acompañando a Pizarro y su gente por el tiempo en que, al decir de Remesal, se hallaba con ellos Las Casas, no había más que dos frailes dominicos de los seis que el gobernador del Perú sacó de España: su vicario Fr. Reginaldo de Pedraza y Fr. Vicente de Valverde; de los cuatro restantes, que fueron Fray Tomás de Toro, Fr. Alonso Burgales, Fr. Pablo de la Cruz y Fray Juan de Yepes, uno no llegó a Tierra Firme, dos quedaron en Nombre de Dios, y el otro regresó a España. Fray Reginaldo se volvió a Panamá por febrero de 1532, y habiendo enfermado, murió allí el 29 de mayo siguiente.

El Sr. Fabié, comprendiendo la absoluta imposibilidad de convenir las fechas de la elección de Fr. Francisco de S. Miguel y de las turbulencias lamentables [XXXVIII] que produjo entre los dominicos de México, con la partida de Fr. Bartolomé para tierras peruanas, traslada este suceso a los principios del año siguiente: de 1532; mas sin caer en la cuenta de que, dejando, como deja, su regreso al Realejo en marzo del propio año, rebajando los treinta y nueve días de estada en Santiago de Guatemala y en aquel puerto y otros pocos en Panamá, quedábales al portador de la cédula y compañeros para acabar con su doble y larguísima jornada, menos de una quincena. Y en ese tiempo, a la verdad, apenas si los Ángeles de Isafas (Ite, Angeli veloces, etc.), de que tanto han abusado nuestros misioneros en América, hubieran podido cumplir con el encargo.

Otra alteración introduce el Sr. Fabié en el relato del P. Remesal, que dudo mucho quepa dentro de las atribuciones de un historiador que afirma o niega al amparo y bajo la responsabilidad de otro a quien sigue y copia, [XXXIX] pues no es de pura forma, sino que afecta esencialmente al sentido, valor e intención del testimonio aducido. Refiérome a la muerte de Atahuállpac, de que hace caso omiso el ilustre biógrafo del Apóstol de los indios. Es evidente que aliviadas aquellas páginas de la crónica chiapense de este enorme anacronismo, resulta más en ayuda del que las aprovecha; pero también lo es que con enmiendas y reformas de esa clase, cualquier texto sirve para un apuro.

Más cauto el Sr. Gutiérrez, no entra en terreno tan dificultoso e inseguro como la narración del cronista dominico, sin prevenirse con la condicional de parece con dejar las fechas en vago y confesar además lealmente que el periodo de la vida de Las Casas (desde 1530 hasta el regreso a Nicaragua) «es asaz oscuro» y que «ni los escritores contemporáneos ni los que han venido después nos ayudan mucho para aclararlo». ¡Y tan oscuro!; como [XL] que el buen Padre anda a tientas y sin poder topar con el apóstol viajero, ni en aquel periodo, ni en otros posteriores en que ejercitaba su ardentísimo celo por tierras y entre indios que correspondían a la jurisdicción de la Crónica de Chiapa y Guatemala.

Escribe Remesal, y con lo escrito se conforman los Sres. Gutiérrez y Fabié, que en el año de 1534 intentó Las Casas un segundo viaje apostólico al Perú, que se frustró a causa de las malas condiciones del barco y de

una furiosa tormenta que no le dejó pasar de la mitad del camino; y que en el mismo año (no dice si a la ida o a la vuelta) (12), en León de Nicaragua se opuso con su característica energía a cierta expedición proyectada por el gobernador Rodrigo de Contreras. La [XLI] tentativa es cierta; refiérela el mismo Las Casas; el año no, porque fue en 1536, como consta por informaciones actuadas en aquella ciudad en 23 de marzo, 30 de junio y 23 de agosto de dicho año. Contreras, en cumplimiento de mandato real, proyectaba y disponía una expedición al descubrimiento del río San Juan o Desaguadero de la laguna de Nicaragua. Las Casas intentó disuadirle de la empresa, declamando ser en deservicio de Dios y de S. M., haciéndose, como era costumbre, por soldados bajo la conducta de un capitán. Que solamente sería lícita dirigiéndola él, poniendo a sus órdenes cincuenta hombres sin más capitán, con los cuales se obligaba a hacerla. El gobernador no vino en ello, si bien invitó a Las Casas a que fuese en la jornada como él la había ordenado; y Fr. Bartolomé se negó y desatóse contra él en los púlpitos y excomulgó a cuantos fuesen a la jornada.

En la tercera de las informaciones, [XLII] la de 23 de agosto, hay testigos que concuerdan en sus declaraciones y confirman ciertos hechos que conviene consignar aquí, a saber: «que habrá dos meses, Fray Bartolomé de Las Casas y otros frailes dominicos que estaban en el monasterio de San Francisco (de León), quisieron irse, desamparando y dejando sólo el monasterio. Porque no lo hiciesen, fueron a hablar a Casas y su compañero Fray Pedro de Angulo, de parte del gobernador, los alcaldes Mateo de Lazcano y Juan Talavera, y los regidores Íñigo Martín, Juan de Chaves y el bachiller Guzmán. Viéndoles empeñados en irse, les rogaron que siquiera dejasen a Fray Pedro para doctrinar los indios, y no quisieron, y se fueron aquella tarde sin tener causa ni razón, pues se les ofreció se les daría todo lo necesario, como personas móviles y deseosos de mudanzas y novedades. Y así quedó el Monasterio, retablo e imágenes desamparados». [XLIII]

Se asemeja tanto este paso y sucedido a lo que Remesal cuenta del tránsito de Las Casas y de sus compañeros los padres Angulo y Minaya por Santiago de Guatemala el año de 1531, que estoy por asegurar que éste es una imitación de aquél.

No quiero meterme en el laberinto de rectificaciones que los documentos citados y otros que por la brevedad no cito, me sugieren. Me contento con que el lector, después de fijarse en las fechas, las compulse con las biografías compuestas por los Sres. Fabié y Gutiérrez, los cuales, a mi juicio, al tomar para ellas como señuelo, y seguirla como guía y baquiano la Crónica de Remesal, no han reparado lo bastante en que es modelo de literatura monástica; de esa literatura cultivada, por regla general, en el retiro de una celda, con la atención del espíritu fija constantemente en la mayor gloria de la Orden y en que sus méritos superen los de las otras, procediendo en la piadosa [XLIV] labor por el método de estáticas contemplaciones, trasportes y arrebatos místicos y otras ausencias de la realidad, que privan de la vista y percepción de las cosas más vulgares y corrientes en el mundo de los profanos.

La relación original del lance por donde se ha sabido del segundo viaje desgraciado de Las Casas al Perú, difiere en algunos pormenores de

la publicada por Remesal, y voy a trasladarla, no por este solo motivo, sino también por otro de más importancia.

«Yo vide un plático soldado muy solenne tahúr, y que según presumíamos iba con otros, muchos a robar los indios a los reynos del Perú. Andando que andábamos perdidos por la mar, acordamos de echar suertes sobre qué camino tomaríamos, o para ir al Perú donde él y los demás iban, porque bullía el oro, allí enderezados, sino que nos era el tiempo contrario, o a la provincia de Nicaragua, [XLV] donde no había oro, pero podíamos más presto y matar la hambre allí llegar. Y porque salió la suerte que prosiguiésemos el camino del Perú, rescibió tanta y tan vehemente alegría, que comenzó a llorar y derramar tantas lágrimas como una monja o muy devota beata, y dijo: «Por cierto no me parece sino que tengo tanto consuelo como si agora acabara de comulgar»; y otra cosa no hacía en todo el día sino jugar a los naipes y tan desenfrenadamente como los otros. Los que allí veníamos, que deseábamos salir de allí donde quiera que la mar nos echara, vista la causa de sus lágrimas, reynos de su gran consuelo y devoción».

En este pasaje, o por mejor decir, en que el Padre Remesal afirma que Las Casas lo consignó en su Historia, y suponiendo que el Padre se refiere a la Historia general, funda el Sr. Fabié su opinión de que llegó a escribirse el libro IV de ésta; «el cual son sus palabras- [XLVI] aunque hasta el presente no ha parecido, de seguro lo dejó escrito (Las Casas), pues no puede menos de referirse a él Remesal, cuando dice que Las Casas contó en su Historia general los grandes trabajos que pasó en la navegación que hizo el año de 1533 (sic) de Nicaragua al Perú, que no pudo tener cumplido efecto, porque le obligaron los temporales a volver de arribada al punto de salida (13)».

La deducción es lógica y lo sería mucho más si en vez del adjetivo general hubiera aplicado a la Historia el de apologética, de cuyo capítulo 180 he sacado la copia de más arriba (14).

Pero, entretenido en la castigación de [XLVII] los descuidos del P. Remesal con vulgaridades de la historia de la conquista del Perú y Tierra Firme, y en episodios, que, aunque parezcan inoportunos, al cabo han de redundar en el mejor conocimiento de la vida y sucesos del autor de la Apologética, casi me estoy olvidando de averiguar lo que hay de cierto en la más importante de las afirmaciones del cronista tocantes al viaje de Las Casas de 1531 o 32, pues en el hecho en que la funda estriba su causa principal, a saber, la existencia de la cédula para Pizarro y Almagro a tanta costa obtenida y que era urgentísimo notificarles. La cual, dice el cronista, «está en el primer tomo de los cuatro que por orden del rey Prudente se imprimieron del gobierno de las Indias para que los oidores y jueces las tuviesen ordinarias para gobernar y sentenciar por ellas como por leyes llenas de toda razón y justicia». En la Biblioteca (15) Pinelo-Barcia hay un artículo de las Leyes y Ordenanzas [XLVIII] nuevas hechas por S. M. para la gobernación de las Indias, y buen tratamiento de los indios, que se han de guardar en el Consejo y Audiencias reales que en ellas residen y por todos los otros gobernadores, jueces y personas particulares de ellas. En Madrid, 1585, en casa de Francisco Sánchez.- Si el P. Remesal se refiere a esta obra, como parece indicarlo la semejanza del título a la cita, nada puedo afirmar ni negar sobre aquel documento,

porque no la conozco ni sé de nadie que la haya visto, ni en la Biblioteca se expresa el número de tomos de que se compone (16); y aunque, como poco [XLIX] antes dejo demostrado, las afirmaciones del Padre dominico no son siempre exactas, en el caso presente solo me corresponde admitir como cierto un hecho que asegura con terminantes palabras. Pero esto no impedirá que manifieste mi extrañeza al no hallar siquiera una cédula, carta o provisión dirigida a Pizarro y Almagro en otra colección legislativa también sobre Indias, copiosísima, publicada con carácter oficial, en cuatro tomos, once años después, o sea en el de 1596 (17). Únicamente en [L] el cuarto, a la sección correspondiente, titulada: Provisiones, cédulas, capítulos de las nuevas leyes y de cartas despachadas en diferentes tiempos, para que los indios sean libres y no esclavos, y pónese asimismo la PERMISIÓN QUE SE DABA EN LAS CONQUISTAS,

para que se sepa y entienda su principio (p. 361), se registra una provisión, fecha en Madrid a 2 de agosto de 1530, «mandando que no se pueda cautivar ni hacer esclavo a ningún indio»; pero es general para las tres Audiencias, gobernadores, alcaldes mayores, regidores y demás autoridades y justicias y personas particulares de todas las Indias, islas y tierra firme del mar océano. Las que [LI] atañen al Perú son muy posteriores al año de 1530.

¿Se suprimió en esta colección cédula tan importante como la mencionada por Remesal?; y en ese caso, ¿por qué se dejaron otras casi insignificantes?

En cuanto a la urgencia e imprescindible necesidad de que Las Casas notificara personalmente la cédula a los conquistadores del Perú, téngolas por pura candidez, aunque laudable y muy propia de un santo varón, alejado del tráfigo mundanal y algo distraído, como lo era el cronista de Chiapa y Guatemala. ¿No estaban allí para notificarla la Audiencia de Santo Domingo y el gobernador o alcalde mayor de Panamá? ¿Cuándo se ha visto, habiendo autoridades competentes para ejercer una función que les es propia, encargársela a un simple fraile, que entonces no tenía, ni con mucho, la fama y el prestigio que alcanzó después?

Tampoco se comprenden las prisas por que Pizarro y Almagro supiesen [LII] que no habían de hacer esclavos a los indios de su conquista, cuando en las capitulaciones del primero con la Emperatriz hay una, la última, que dice: «Con condición que en la dicha pacificación conquista y población y tratamiento de los indios en sus personas e bienes, seáis tenudos e obligados de guardar en todo e por todo lo contenido en las ordenanzas e instrucciones que para esto tenemos fechas e se hicieren e vos serán dadas en la nuestra carta e provisión que vos mandaremos dar para la encomienda de los dichos indios». Y entre las dichas ordenanzas e instrucciones no faltarían seguramente las de Valladolid y 23 de enero de 1513, con las aclaraciones que se les añadieron, y las impresas por abril de 1514, que se mandaron circular y circularon por las Islas, y Tierra Firme (18); y acaso la [LIII] provisión de Toledo y 20 de noviembre de 1528.

Pues no digamos de la virtud y eficacia de la notificación e intimación en Indias a la obediencia de un mandato real. Esa formalidad, por mucho que fuera el aparato y alardes con que se cumpliera, era de

escasísima eficacia y de dudosos resultados. Más que notificarla y obedecerla importaba celar su [LIV] cumplimiento allí donde había de cumplirse y al lado de quien debía cumplirla, y estar con el ojo al Rey y a su Consejo de las Indias, por si al servicio de S. M. convenía revocarla o disponer en otra algo que empeciese a su observancia o la dificultase.

Y justamente acaeció librarse a los dos años, en 13 de enero de 1532, en Medina del Campo, otra cédula general mandando que no se herrasen indios aunque fuesen esclavos, con lo que resultaron fallidos, el viaje, la urgencia y la notificación del P. Las Casas. Y a mayor abundamiento, a 8 de marzo de 1533, se expidió otra cédula para que los pobladores del Perú pudiesen comprar los esclavos que los caciques tuviesen. Y si bien es verdad que S. M. el Emperador la revocó o anuló con otra de Fuensalida a 26 de octubre de 1541, no fue porque juzgara que la ley era injusta, sino por haberse abusado de ella, como reza el preámbulo, que con otros preceptos incluidos en la [LV] misma obra, convendría que tuvieran presente los abolicionistas de ocasión y ensalzadores de las leyes de Indias por sólo el código relativamente moderno que las resume y recopila de una manera deficiente y confusa.

«Don Carlos etc. Por cuanto somos informados que a causa de estar permitido que los españoles que han ido a conquistar y poblar la provincia del Perú pudiesen rescatar y comprar de los caciques y principales y otras personas naturales de la dicha tierra los indios que le son sujetos Y tienen por esclavos, ha venido en tanto esceso que se han hecho muchos esclavos, a cuya causa no son tan bien tratados como convenía y son obligados porque los dan trabajos demasiados, etc., etc.».

¿En cuál de estas disposiciones, pregunto yo ahora, se vislumbra la influencia o se descubre la sombra de un precepto soberano anterior a ellas, donde se consignara, sino el derecho de los indios a su libertad, por lo menos la [LVI] terminante prohibición de esclavizarlos? El mandato real que llevaba Las Casas a los conquistadores del Perú, fue, sin duda, un relámpago de humanidad imperial sin más trueno que el ruido de los pífaros y atambores de marras.

Más, concedamos sin reservas ni cicaterías que la famosa cédula existió, y constaba donde el P. Remesal asegura; aun así nos quedan aquellos dos lugares de su historia plagados de errores tan graves y evidentes, que sobran para desautorizarlos de todo punto y convertirlos en falso testimonio del mismo caso que refieren: el viaje del Apóstol de los indios al Perú de 1531 a 32, que es en definitiva a lo que vamos. Del cual, por resumen de cuanto aquí llevo escrito en su obsequio y cómo abreviada expresión de lo que opino acerca de su autenticidad, diré (ínterin no se aduzcan más pruebas que aquellos lugares y las biografías compuestas por los Señores Fabié y Gutiérrez) [LVII] que el cronista dominico, con algunas noticias descabaladas e incompletas y el pasillo náutico del soldado tahúr, hizo de medio viaje uno y medio.

Los capítulos de la Apologética relativos al Perú, han sido utilizados en parte, pero relativamente muy pequeña, por Kingsborough, Torquemada, el P. Fr. Alonso Fernández, y no recuerdo si alguien más. Lo que el primero utilizó va señalado en mis notas. El segundo dice haber conocido el manuscrito original de la Apologética cuando éste se hallaba en el convento de Santo Domingo de México. Le aprovechó en especial para

los capítulos siguientes de su Monarquía Indiana: XVI del lib. IX. -«De lo que se ha podido colegir y hallar del modo del sacerdocio de los reinos del Perú y sus ministros»; el que trata de las Mamacunas, sin olvidar el cuento de la vieja antigua prometida de Huaina Cápac; y XVI del lib. XII. -«De algunas [LVIII] de las leyes que usaban las gentes del Pirú, etc.». El P. Fernández tomó para el cap. 12 del libro de su Historia del convento de San Esteban de Salamanca MS., varios pasajes de los caps. 58, 121, y 126, que corresponden al II y VII de nuestra edición, incurriendo en dos equivocaciones de que, por lo curiosas, conviene estar advertido. Es la una, que leyendo en su original pica por pieza, puso en la punta de una lanza la imagen del Sol con sus rayos que los Incas tenían en una pieza del templo de Cusco. La otra, haber confundido a los tres primeros españoles que entraron en esta ciudad con tres gruesas planchas de oro de las que adornaban aquel monumento (p. 16)

La fecha de la Apologética, o por mejor decir, de los capítulos que entresacamos de ella, debe ser el año en que acabó Las Casas los tres primeros libros de su Historia general, esto es, el de 1561, si nos atenemos al dato de [LIX] la muerte del Rey Huaina Cápac, que se lee en el párrafo cuarto de nuestro capítulo XXIII y 257 del ológrafo, página 198; pues según la vulgar y más aceptada opinión (que en este caso tenía que ser la misma de Las Casas o del religioso o seglar que le comunicó la noticia), el padre de Atahuállpac falleció en el año de 1525, al saber de la primera llegada de Pizarro a las costas de su imperio; y si dicho capítulo se escribía «más de treinta y cinco años» después de este suceso, claro está que fue en el de 1561 o, a lo más, en el siguiente.

M. JIMÉNEZ DE LA ESPADA. [LX]

ADVIÉRTESE que la correspondencia de los capítulos de esta edición con los del original ológrafo es como sigue:

I con el 56.-II c. 58.-III c. 60.-IV c. 65.

V -c. 68.-VI c. 69.-VII c 121 y 126.-VIII

c. 131.-IX c. 133.-X c. 140.-XI c. 141.-

XII c. 182.-XIII c. 194.-XIV c. 248.-

XV c. 249.-XVI c. 250.-XVII C. 251.-

XVIII c. 252.-XIX C. 253.-XX c. 254.-

XXI c. 255.-XXII c. 256.-XXIII c. 257.-

XXIV c. 258.-XXV c. 259.-XXVI c. 260.-

XXVII c. 261.

ERRATAS PRINCIPALES

Pgs.Línea.DICELÉASE

5últimamaneramanere.

414pollopolvo.

9324mantosmantas.

9710TerníanleTeníanle.

1103Éste, así, dentro de sí,Éste así, dentro de sí,

14212 y 13be-llabel-la

15013dedel

15519teocricotocrico

1731pintadosplantados

2167ingnamgna [maña]

2263y dey los de

[1]

Declaración Preliminar

Declaración preliminar del orden que se observa en la publicación del presente tratado, o parte de la Apologética historia correspondiente a los reinos del Perú

Es el mismo que sigue el obispo de Chiapas en casi la totalidad de su obra, a saber: la aplicación de las teorías de la Política o República de Aristóteles sobre la Ciudad, a todas las sociedades, agrupaciones o poblaciones indianas, procurando demostrar al propio tiempo, que poseían en más alto grado que las europeas y asiáticas, las necesarias condiciones para que su existencia fuese firme y permanente.

Propone su plan Las Casas en los capítulos 42, 45 y 46, y al llegar a este último, enumera con el Filósofo las seis condiciones, calidades o partes requisitas de la Ciudad o vida social. Pero antes conviene conocer las palabras con que da principio al capítulo 45. [2]

«Y porque para cumplir con las necesidades de la naturaleza humana y que la vida de los hombres sea complida y perfectamente ayudada y socorrida de la suficiencia de las cosas que para totalmente no sólo vivir, pero bien vivir, le son necesarias, no le basta la primera compañía, cuyas partes es el hombre y la mujer y los hijos y las posesiones, que llamamos la económica, sino que también ha menester otras cosas que le causen perfecta suficiencia y le hagan la vida segura, pacífica y quieta; por ende, tiene el hombre necesidad de la segunda compañía o sociedad, que es la perfecta, cuya parte toda su casa es, y por consiguiente ha menester de necesidad la segunda ayuda de que arriba en el capítulo 42 hecimos mención, y esta es la ciudad o ayuntamiento de hombres, que se hace de muchas casas y de barrios muchos.

Por esta compañía segunda y multitud junta, que llamamos ciudad, como debe ser, según el Filósofo, por sí misma suficiente, perfecta, se provee a todas sus necesidades, teniendo todo aquello que ha menester para la vida, y para la buena, segura y tranquila vida; porque por la vivienda en la ciudad o multitud de vecinos grande, el hombre es ayudado y socorrido [3] en dos maneras: la primera, cuanto a las bienes temporales y corporales...; la segunda, cuanto a los bienes morales...

Así que, visto como estas naciones destas Indias son bien intelectivas y racionales, por razón de saber bien regir y gobernar sus casas, que son los primeros elementos y principios, o quizá segundos, de los ayuntamientos y poblaciones grandes de hombres, que llamamos ciudades, inquiramos de aquí adelante si lo son por razón de ser sociales y naturalmente inclinados, como todos los hombres, a vivir en compañía, y en los ayuntamientos grandes, si saben o sabían, antes que a ellos viniésemos, regirse o gobernarse».

El capítulo 46 comienza de este modo:

«Manifiéstase, pues, y queda clara la suficiencia y perfección de las repúblicas, reinos y comunidades destas gentes cuanto es necesario y conveniente para en las cosas temporales vivir a su voluntad y en

abundancia dellas, y así conseguir el fin último y felice de la ciudad o vida social, cuanto sin fe y verdadero cognoscimiento de Dios en esta vida se suele alcanzar, que es la paz y conservación en ella (como dicho es); y por consiguiente, se averigua la prudencia y buena razón y habilidad destas gentes para se saber gobernar [4], por seis cosas o calidades o partes, que según el Filósofo en el 7.º (libro), capítulo 8.º de la Política, se requieren necesariamente, para que cualquier comunidad, pueblo o ciudad sea por sí suficiente y se pueda mucho tiempo sustentar. Porque según allí define (19), *civitas est multitudo civium quae ad vitam per se sufficiens est*; y en el segundo libro, capítulo 7.º (20) de aquella obra, dice: *opportet (sic) rempublicam quae diuturna esse debet, velle ut omnes partes civitatis constent atque [5] in stato suo permaneant*. Sin estas, es difícil y aun imposible por sí ser suficiente ni perpetuo tiempo durar en su libertad y felice estado, como añade Aristóteles.

Estas son: lo primero, los labradores que cultiven la tierra y le hagan producir los frutos de que es capaz, y así provean de mantenimientos toda la república y comunidad o ciudad. Lo segundo, artífices que ejerciten los oficios convenientes y necesarios a la comunidad. Lo tercero, hombres de guerra para que la defiendan de los enemigos exteriores y para constreñir los interiores, que, no siendo a las leyes de la ciudad obedientes, turban y empecen y empiden la paz y fin de la república. Lo cuarto, ricos hombres para sus oportunas comunicaciones y conmutaciones, y también para proveer con sus haciendas en las guerras. Lo quinto y principal, según el Filósofo, sacerdotes para servir y ejercitar el culto divino y ofrecer sacrificio a los dioses. Lo sexto, [6] jueces para la utilidad y justicia de los vecinos que entre sí hicieren contratos o conciertos, si acaeciére tener pleitos y contención.

Y porque todas estas seis calidades que hacen la ciudad y ayuntamiento de gentes para vivir socialmente, ser proveída y por sí suficiente, presupone haberse ya las gentes ayuntado, y de barrios o vicos que solían ser o vecindades de linajes, constituido lugares grandes o pueblos que llamamos ciudades, veamos (antes que particularicemos de las susodichas seis partes o calidades) si tenían estas gentes destas Indias las dichas poblaciones y lugares grandes donde se requiriese poner por obra o que hobiese los oficios o distinción de las partes de la ciudad ya nombradas, para por ellas poder argüir si tenían prudencia y habilidad y razón política con que supiesen como hombres razonables gobernarse, y del fin que se pretende por los tales ayuntamientos y comunidades sociales alcanzado, por mucho y luengo tiempo pudiesen gozarse.

Que tuviesen pueblos, lugares grandes, villas y ciudades y sus comunidades como otras políticas gentes, si lo quisiéremos probar, no será menester traer testigos del cielo, porque cuantos de Castilla en estas [7] regiones han venido y vístolas, mayormente los que a los principios vinimos, y hoy viene a tierras destas donde no allegaron españoles cristianos, sin podello negar, si alguno quisiese, lo saben».

Y después de recorrer las Antillas y las principales regiones de la América del Norte y las del Sur hasta el Nuevo Reino de Granada, en lo que resta del anterior capítulo y en los siguientes hasta el 55, a que da término con las palabras que por nota transcribimos (21), pasa a los reinos del Perú en el 561 o sea el primero de nuestra edición. [8]

Capítulo I

De las poblaciones y edificios notables del antiguo Perú

Para dar noticia con encarecimiento condigno de las poblaciones y comunidades o ayuntamientos de las gentes de los reinos del Perú para vivir socialmente, que llamamos villas y ciudades, de cuántas eran, y de edificios tales y tantos cuán adornadas y sumptuosamente constituidas y edificadas, enriquecidas, ennoblecidas y prosperadas, sin alguna duda sería mucho tiempo necesario, y no sé si podría hallar para explicarlo suficientes vocablos; y porque la multitud de los pueblos y ciudades de las regiones que pudieron ser pobladas, las cercas dellas, las fortalezas, los templos, las Casas Reales, los aposentos de los Reyes y Señores, fuera y dentro de los lugares y ciudades; los edificios y primor de los artificios de todo lo dicho; los caminos reales, las puentes de los ríos grandes, las acequias para regar sus sementeras y heredades, todo como es ni mucha parte de su invención, primores, artificio, industria, sotileza, grandeza, hermosura ni riqueza puede ser explicado; al menos referirse [9] ha como pudiéremos de todo ello lo que se pudiere notificar, poniendo a la letra lo que los que lo vieron de nuestra nación hallaron, experimentaron, encarecieron, loaron, escribieron y aun puesto en molde, para que a todos constase, manifestaron.

Comienzan estos edificios y poblaciones notables desde lo postrero del reino de Popayan y de los pueblos de Pasto, yendo hacia la dicha provincia, primera del Perú, nombrada Quito o Guito (22). El postrero pueblo de la provincia de Pasto se llama Tuca, y cerca de allí había una fortaleza con su cava, muy fuerte para entre gente que no tiene artificios ni machinas de fuego ni lombardas. De allí poco adelante, yendo hacia Quito o Guito, están los muy notables aposentos que se dicen de Carangue, y estos están en una plaza no muy grande; son hechos de paredes de muy polida y hermosa piedra, y piedras dellas muy grandes, que parece ser imposible allí ponellas hombres humanos. Están asentadas tan juntas y por tanta sotileza, y a lo que se juzga, sin ninguna mezcla, que no parece sino que todo el edificio es una piedra o en piedra cavado, [10] así son Palacios Reales. Dentro destos aposentos está un estanque de agua de piedra muy polida edificado. Hobo aquí un templo dedicado al Sol, de gran majestad y grandes edificios, según parece agora por las paredes y piedras grandes que se veen caídas. Por dentro y las paredes estaban chapadas de oro y plata, y él estaba lleno de grandes vasijas de oro y plata para sus sacrificios, como otros muchos templos que por aquellos reinos se han visto. Era tenido este templo en gran reverencia y estima de todas las gentes de la comarca.

Donde agora está la ciudad de Quito, que se llama Sant Francisco, digo ciudad de españoles, había grandes y poderosos y ricos Aposentos Reales y templos del Sol muy señalados, a los cuales la gente llamaban Quito.

Adelante destos había otros en una población que se llama Mulahaló, y estos no debían ser de los muy grandes, puesto que había en ellos grandes casas de depósitos, donde había todas las provisiones necesarias para la

gente de guerra, como abajo será declarado (23).

Después destos, adelante hay un pueblo [11] llamado Tacunga, donde había unos grandes y ricos Palacios y Aposentos Reales tan principales como los de Quito, y quizá más ricos, como se parece (aunque están destruidos agora) en las paredes la grandeza y riqueza dellos, donde se veen las señales donde las chapas de oro y plata estaban clavadas y muchas cosas de oro esculpidas; mayormente había en las paredes encajadas ovejas de oro de bulto, cosas muy admirables. Estas riquezas estaban en el templo del Sol y en los Palacios Reales. Y en este pueblo eran señalados estos edificios y templo y Casa Real más que en algunas de las partes pasadas, y se tenían, y así lo eran, [por] mayores y más principales.

Adelante hay otros aposentos grandes y de grandes edificios, que se dicen de Mocha, que cuando los nuestros los vieron, quedaron espantados, según su grandeza y hermosura, aunque derrocados; pero, porque habían sido edificadas tan fuertes y pulidas y por tan sutil artificio, por muchos tiempos adelante se cognoscerá por quien los viere, haber sido cosas memorables.

Más adelante destos de Mocha, están otros que se dicen de Riobamba (24). [12]

Capítulo II

Donde se describen la ciudad del Cuzco, sus casas, palacios y templos, y manera de su edificio

Representar lo que se refiere por las personas que lo vieron, y está lo mismo en las susodichas historias, de la ciudad Real del Cuzco, que era cabeza de todos aquellos reinos del Perú, ni se puede por alguna vía encarecer y tampoco es fácil para ser creído; pero, puédese [13] creer, porque todos lo afirman y testifican de vista; y las cosas que arriba se han referido de otras ciudades, edificios maravillosos y riquezas dellas y de otras muchas que dejamos de decir, y los tesoros que por ESTAS islas han venido de allá, que habemos visto, e IDO A CASTILLA, y lo que muchas personas, dignas de dalles crédito y fe, que poco después a aquellos reinos fueron, encarecen que vieron, y los rastros y vestigios de lo que poco antes era parecen; hace con mucha razón todo lo que se afirma, y más que se diga, creíble. [14]

El circuito desta Ciudad Real, cuenta una historia de las dichas que tenía de contorno una legua. Las casas eran todas de piedra pura, muy bien labradas, y con sus juntas, que no parecían sino toda una, sin tener mezcla ninguna; todas las piedras escuadradas, y si el escuadría no viene bien conforme a la piedra su compañera, echábanle de otra piedra un remiendo tan junto y tan pulido, que de paño no pudiera ser mejor zurcido. Y para quel edificio fuese más fuerte, hacían en la una piedra de abajo un encaje de dos palmos de largo y uno de ancho y el hondo [15] de un jeme, y en la de arriba su macho, que encajaba en aquella hembra; con lo cual, era y es la obra tan fuerte, que por millares de años durará perpetua. Las calles son grandes empedradas, pero bien angostas. Eran grandes y muchos y notables los aposentos y edificios que en esta ciudad había de muchas personas principales y templos; sobre todos eran maravillosos y ricos y de gran artificio los Aposentos y Palacios Reales. La cobertura dellos era de madera y de paja, o de terrados.

Pero, el templo del Sol a todos los ya [16] dichos en artificio y

primor y cumplimientos o aposentos y riquezas sobrepujaba. Eran las paredes de piedra muy bien labrada, y entre piedra y piedra, por mezcla, estaño y plata, cosa nunca vista ni jamás oída. Estaba todo enferrado de chapería de oro por de dentro, las paredes y el cielo y pavimento o suelo. Estas chapas o piezas de oro eran del tamaño y de la hechura de los espaldares de cuero que tienen las sillas de espaldas en que nos asentamos; de grueso tenían poco menos de un dedo; e yo vide hartas. Pesaba cada una con otra bien quinientos castellanos. Destas quitaron los primeros españoles, (que creo que fueron tres que envió Pizarro a traer este oro, luego que prendió al Rey Atabalipa) (25), septicentas, sin muchas otras piezas de otra manera que allí había. Desguarnecieron estas planchas de oro con unas barretas de cobre que debían de hallar por allí o los indios se las dieron. [17]

Era este templo muy grande, porque era la matriz de otros muchos pequeños por ser el templo del Sol, en los reyes principalmente eran devotos, y dellos era venerado y en todos sus reinos con la manificencia [munificencia?] real dotadas de grandes riquezas y tesoros. Los vasos, cántaros y tinajas y otras piezas de diversas formas, eran mirables y sin número. Eran también innumerables los oficiales de plata y oro que, principalmente para servicio deste templo y vasos dél y para las Casas Reales, había dedicados.

De otros templos desta ciudad sacaron aquellos tres españoles muchas y grandes piezas de oro y de plata, y dijeron que en todas las casas della hallaron tanto oro, que era cosa de maravilla. En una dellas hallaron una silla de oro, donde diz que hacían los sacrificios, en la cual se podían echar dos hombres, que pesó diez y nueve mill pesos de oro. En otra muy grande hallaron muchos cántaros de barro cubiertos de hoja de oro. Vieron asimismo una casa grande cuasi llena de plata, con cántaros y otras piezas, y vasos y tinajas grandes, de las cuales yo vide algunas, y en cada una dellas cabrían tres y cuatro arrobas de agua.

Los templos estaban de la parte de [18] Oriente donde salía el Sol, y cuanto más les venía dando la sombra del Sol, tenían menos fino el oro.

Dijeron estos tres españoles que primero en esta ciudad entraron, que las Casas o Palacios Reales del Rey Cuzco eran maravillosamente y con gran primor hechos en cuadra, y que tenían de esquina [a esquina] trecientos y cincuenta pasos.

La fortaleza desta ciudad, questaba en un cerro alto, era tan grande y tan fuerte y sobre tales cimientos y con sus cubos y defensas (y esta fue comenzada y no acabada por uno de los reyes de aquel reino), que afirman los que la vieron y hoy ven lo que de ella no se ha derrocado por los españoles, que si se acabara, fuera una de las señaladas fuerzas y edificios del mundo (26).

Capítulo III

De las acequias, riegos y labranzas, y de los pastores y ganados

En la Nueva España, en muchas y diversas provincias y tierras della, tenían sacados los ríos y hechas sus graciosas acequias conque regaban sus [19] tierras. Pero todas las del mundo con toda la industria humana deben

callar y aprender de la sotileza tan ingeniosa que las gentes naturales del Perú, cerca de sacar los ríos y las fuentes, para hacer las tierras secas y estériles y que nunca dieran frutos y las hicieron fertilísimas, tuvieron (27). No se podrá encarecer la manera tan ingeniosa que para sacar de sus madres y naturales cursos y caminos grandísimos ríos y proveer de regadíos muchas leguas de tierra y sustentirlas en frescura y fertilidad tuvieron. Ver las presas y edificios de cal y canto (28) para atajar los ríos y traellos por donde y adonde quieren, y muchas fuentes, que oírlo encarecer a los que de nosotros lo han visto, es cosa de maravilla. Primero traían el agua por acequias grandes, hechas por muchas leguas por sierras y cerros, por laderas y cabezos y haldas de sierras que están, en los valles, y por ellos atraviesan muchas, unas por una parte, otras por otra, que parece cosa imposible venir por los lugares y quebradas que vienen. Traídas estas [20] acequias grandes a cierto lugar conveniente, de allí hacían otras pequeñas y repartían el agua por tal arte y sotileza, que todas las heredades alcanzasen della, que ni una gota se les perdía de que todos no se sirviesen. Y esta es una de las delicadas maneras de policía que se cuentan destas gentes (conviene a saber), la cuenta y cuidado, orden y arte que tenían de traer y repartir el agua de los ríos para regar grandes tierras, que ningunos de los romanos lo pudieran mejor ni quizá tan bien y con tanto artificio hacer.

Afirman los que han visto estas acequias, no creer que en el mundo ha habido gente ni nación que por partes tan ásperas ni dificultosas sacasen las aguas de los caudales ríos para regar sus tierras, como esta gente. Andar por aquellos llanos donde hay estas acequias, es ir por entre unos fresquísimos y deleitables verjeles, por estar todas siempre verdes y frescas muchas hierbas y arboledas, y todas llenas de aves que las regocijan.

Pues a quien tantos trabajos y sudores costaban sacar las aguas de los ríos y hacer las acequias, síguese que en la cultura y labor de la tierra eran solícitos y diligentísimos. Así lo afirman y así es manifiesto por la muchedumbre de las heredades [21], que allí llaman chácaras, en todos géneros de comida que tenían. Y para que se conozca que tenían maravillosa industria y eran verdaderos labradores parte de aquellas repúblicas, y que ayudaban no menos que en otras a que se tuviese suficiencia de buena policía, considérese la industria y sotileza siguiente: En el valle de Chilca, salido del de Pachacámac, donde ni llueve ni pasa río, ni hay alguna fuente de donde salga frescura o humedad alguna, finalmente, la tierra es por esta causa esterilísima; empero, por sola industria de las gentes de [ella], abundan de grandes labranzas y de arboledas y frutas tanto y más que en las tierras fertilísimas de regadío. Hacen los indios ciertas hoyas (29) en la tierra y en el arena muy hondas y anchas, y en ellas ponen sus granos de maíz, y las otras simientes o legumbres y lo demás que suelen sembrar para su comida, y con cada grano echan dos o tres cabezas de sardinas, y con la humedad de aquellas, los granos se mortifican y después crecen y dan tanto fruto, que a ninguna otra tierra, por fértil que sea, tienen envidia. ¿No es industria y viveza [22] ésta de gente no (sic) muy ingeniosa y más que otra política?

Pescan en la mar, con redes, infinitas de aquellas sardinas, que no solamente de vianda en abundancia, pero aun de pan y frutas diversas por

ellas son estas gentes mantenidas. Y porque, según el Filósofo en el 1º de las Políticas, cap. 5.º, y en el libro 6.º, cap. 4.º, la vida y ejercicio de los pastores en muchas cosas es semejante a la de los labradores, porque guardar y apascentar los ganados es cuasi curar e cultivar e usar agricultura viva, y después del pueblo que consta de labradores, el segundo lugar en bondad es el pueblo de los pastores (pastoribus qui constat optimus est post populum qui constat ex agricolis) (30), por esto será bien traer en este lugar un poco de los pastores, que en las tierras destas Indias donde Dios quiso proveer de ganados, los había. Y estos solamente hasta hoy sabemos que en los reinos del Perú los hobiese, porque [23] en ninguna otra tierra o región sino allí se han visto ganados domésticos. En aquellos reinos hobo inmensidad de ovejas, y [en] tanto número, que no puede ser creído. Comúnmente había los hatos y greyes de doce y de quince y de veinte mill cabezas (31). Estas eran de tres o cuatro especies. Una especie de ovejas llamaban los moradores naturales de aquellas regiones Llamas, y a los carneros Urcos. Unos son blancos, otros negros, otros pardos; muchos son tan grandes como bestias asnales, mayores algo que los de Cerdeña. [24]

Tienen las piernas muy grandes y [son] de barriga muy anchos; los pescuezos cuasi como de camellos; las cabezas como las ovejas de Castilla, poco más o menos. Llevan tres o cuatro arrobas a cuestas, y otras veces caminan los hombres encima de ellos. Finalmente, se servían dellos para traer leña y otros trabajos proporcionados, como nosotros de nuestras bestias. Son grandes comedores y quieren mucha y grande yerba. Es ganado muy doméstico y quieto. La carne dél no tiene precio en sabor y sanidad, mejor que la de los nuestros (32).

La segunda especie es la que llamaban Guanacos, de la figura de los dichos, aunque son mayores algo éstos. Andan monteses infinitos dellos, y son tan ligeros, que a saltos corren que un caballo parece que les pasara apenas.

La tercera especie hay, que llamaron Vicunias, y son más que otras ligeras y menores que los Guanacos. También son monteses. Y puesto que la lana de todos [25] los de arriba es muy buena, pero la destas, sin comparación es mejor y más fina.

Es la cuarta especie, a quien nombraron Pacos; y éstos son más que todos pequeños y también domésticos.

Por manera, que como hobiese tan infinito número destas especies de ganados ovejunos, haber grande número de pastores necesario era.

Una cosa me ocurre al presente cerca dellos, que no es chico argumento del buen gobierno que en aquellos reinos estaba puesto e ingeniosa policía. Esta es, provisión y cautela prudentísima para que ningún pastor, andando en los despoblados campos apascentando doce y quince mill ovejas, pudiese hacer una menos, ni una tajada de carne ni un pelo de lana dellas, fingiendo que los lobos, o tigres o perros la comieron, o que hobo entrellas morriña. Cuando alguno se encargaba de oficio, tomaba por cuenta tantas mill cabezas o las que eran; éste era obligado a tornallas por cuenta; y si alguna se perdía padecía él el riesgo. Si se le moría, tenía obligación a poner el cuero a una parte y la lana a otra, la cual daba por peso y cuenta; y toda la carne, por piezas, lo de dentro y lo de fuera, había de salar con sus huesos; por manera, que

[26] cuando le pedían la cuenta, cuasi tornaba a reintegrar la oveja, poniendo y mostrando pieza por pieza; y así, ni un dedo de carne ni otra cosa podía comer ni aprovecharse el pastor della sin que se viese; y si algo faltaba de todo esto, lo pagaba de su hacienda; y si mill ovejas desta manera daba muertas, no tenía culpa ni pena. Si el lobo o tigre la llevaba y el pastor lo alcanzaba y de acabarla de comer lo impedía, era obligado a mostrar los bocados y dentelladas de la tal bestia, y lo demás había de dar salado de la manera dicha. Parece no ser chica orden y recaudo para evitar las fraudes que cerca de los ganados por parte de los pastores ofrecerse podían.

Capítulo IV

De los oficiales de todos oficios, principalmente arquitectos, alarifes, tejedores, plateros y mineros

Y tratemos un poco en los reinos del Perú quanto a este artículo de los oficiales. Ser grandes geómetras intelectuales, que llamamos arquitectos, que tractan la [27] obra y ordenan y mandan lo que se ha de hacer, y manuales, que son los que en la obra ponen las manos, creo que traer muchos testigos no será muy necesario, pues los grandes y ricos y sumptuosos edificios de pueblos, y casas, y templos y acequias de aguas, que arriba, destes reinos, habemos referido, son, no sólo primísimos, pero admirables y espantables; para edificación de los cuales, manifiesto es no sólo concurrir canteros o picapedreros, albañiles y asentadores de aquellas piedras, sacadores dellas en las canteras, traedores también dellas a las obras de muchas leguas, cortadores de madera, traedores della, carpinteros, labradores y asentadores della, caleros, hacedores de mezcla, pintores y de otros oficiales muchas diferencias. Todas estas obras, aunque eran muy perfectas, como se ha visto, empero, lo que excede toda industria e humano ingenio, es la maravilla de hacellas todas sin hierro y sin herramientas, mas de con unas piedras. Y porque hace poco al caso de lo que probar queremos referir particularizadamente todos los oficios que estas gentes tenían, sobra, según creo, sólo mostrar las obras y edificios hechos, de los cuales se puede tomar cierto y no dudoso argumento abundar en otros muchos [28] diversos oficios, que particularizallos sería mucho superfluo al presente; con los siguientes dos quiero a esta materia de edificios dar fin y concluilla brevemente.

El uno es las ropas de algodón y de lana que hacían y hoy hacen muy polidas, muy pintadas de diversas y finas colores. (Estas colores hacen de ciertas yerbas.) Muchas mantas de que hacen sus vestidos se han visto de muy fina lana y de diversidad de colores, blanco, negro, verde, azul, amarillo, bien matizadas y proporcionadas, y tan ricas, que parecen almaizares moriscos. Pero lo que más es de admiración, que hagan tapacería (sic); de la de Flandes, muy rica, y no como aquélla, que tiene revés y envés, que de una parte sola suele y puede servir, sino que la que hacen toda es a dos haces, tan bien hecha y hermosa la una como la otra, de la cual en Castilla vide algunos paños que pudieran ponerse y adornar con ellos los palacios del rey. Muchas obras destas hacen cada día, de lana y algodón, muy primas y muy delgadas y finas. Del pelo de unos animales que

son del tamaño de liebres, hacen también muy buenas mantas para cubrirse y para la cama, porque son muy blandas, como [29] seda, y calientes, y por ende bien estimadas (33).

El otro oficio es el de los plateros. Destos hobo infinitos y hay hoy no pocos cuyo ingenio, industria y sotileza quererla encarecer parece, y lo es, cosa superflua y aun imposible. Debía bastar lo que arriba, puesto que poco, se ha dichos y las piezas y obras de oro y plata que se han llevado de aquellos reinos a Castilla, de las cuales testigos son infinitas gentes que las vieron descargar por muchas veces en la ciudad de Sevilla. Tantas ni tanta diversidad de piezas y de tal hechura invenciones dellas y otras tan primas de oro y plata y tan fácilmente y con tanta penuria de instrumentos, nunca jamás los vivos ni los muertos entre algunas naciones del mundo se vieron ni oyeron. Tinajas, cántaros, fuentes, jarros, platos, escudillas, aves, animales hombres, yerbas y todas las cosas posibles hacerse de plata y oro, y otras que no les sabemos el nombre sino llamalles piezas, y de todas en número infinitas, en aquellos reinos por los naturales vecinos dellos hechas [30] con los ojos de la cara se vieron, y con las manos se palparon, y por todos los sentidos (sino fue el del gusto, aunque no faltó el gusto del entendimiento) se cognoscieron.

Dos casas se dijo que tenía el Rey del Cuzco en cierto lugar cerca de allí, que eran todas de oro, y la paja con que estaban cubiertas era de oro. Éstas no se vieron, pero argumento dellas hobo, y fue, que con la riqueza que se trujo del Cuzco, preso Atabalipa, se trujeron pajas macizas con sus espiguetas, de la manera propia contrahecha que en el campo nacen, todas de oro. Piezas hobo de asiento, y creo que fue silla, que pesó ocho arrobas. Águilas de plata muy hermosamente, hechas, que cabía en su vientre dos cántaros de agua. Muchas ollas de oro y otras de plata, en cada una de las cuales se cociera una vaca despedazada. Ovejas del tamaño de las naturales de aquella tierra, con sus pastores que las guardaban, tan grandes como hombres, todo hecho de oro. Fuentes grandes con sus caños, corriendo agua en un lago hecho en las mismas fuentes, donde había muchas aves hechas de diversas maneras, y hombres sacando agua de la fuente, todo hecho de oro. Vajillas de todas piezas, y [31] fuentes y candeleros, llenos de follajes y labores. Admirables, hechos sin instrumentos, más de con dos pedazos de cobre y, con dos o tres piedras, sin otra cosa alguna de que se ayuden. La chaquiras, que, son unas cuentecitas no mayores que cabezas de chequitos alfileres y horadadas, que es joya entre ellos muy preciada, y que hay en una sarta infinitas muy menudas que apenas se divisan o pueden ver es obra sobre todas las que hacen prima, sotilísima y muy extraña.

Labran piezas espantables, juntando plata con oro y oro y plata con barro sin soldadura, que no hay oficial de los nuestros que alcance y que no se espante cómo puedan cosas tan diversas juntarse; por manera que hacen una tinaja que el pie tiene hecho de barro y el medio della es de plata y lo alto es de oro; esto, tan prima y sotilmente asentado o pegado lo uno con lo otro, sin estar, como dije, soldado, que en sola la color se distinguen los diversos metales (34). [32]

Otro primor tienen aquí grande: que como va llegándole la plata hacia el oro, va perdiendo la color y tomando la del oro, y como el oro se va

llegando a la plata, va perdiendo su color y tomando la de la plata.

Hacen asimismo estampas y cordones de oro y muchas otras cosas de oro. Sin los vasos. Y destos oficiales hay muchos tan muchachos, que apenas saben bien hablar.

El sacar de las minas la plata no ha sido menos la manera ingeniosa que lo questá dellos relatado. En muchas partes de aquella tierra donde hay grandes mineros de plata, como es en el Cerro de Potosí (35), y no era posible por vía humana [33] con huego encendido y avivado con fuelles hacer correr el metal, por la fortaleza dél o por otro secreto natural, inventaron esta manera y arte para lo hacer contra toda su fortaleza o secreta fuerza natural, (conviene a saber): hicieron ciertas como macetas o vasos de barro llenos todos de agujeros, como suelen ser los albahaqueros en España, por donde, cuando los riegan, se distila el agua. Con estos se suben a los cerros más altos y hínchenlos de carbón, y encima del carbón ponen el metal; viene el viento Sur, o mareros o embates de día y de noche, cuando vienta, y entra por aquellos agujeros y a cabo de su rato corre por ellos el metal; después de lo cual, con unos fuelles chiquitos que ellos tienen, lo apuran y afinan y ponen con buena industria en perfección su plata. Y así, en las minas desta especie, sin el viento, plata ninguna se podrá sacar; y cuanto más el viento es mayor, mayor es la cantidad de la plata que se saca.

Cosa es de ver y de maravillarse de noche como los cerros están llenos de infinitas luminarias por la lumbrera que resulta y sale por los agujeros de aquellas hornillas, o más propios albahaqueros, como cada uno tenga muchos y los indios que a este oficio vacan sean innumerables, y también muchos españoles. [34]

En las otras minas de plata donde no es tan fuerte como aquesto el metal, su común, sacar dellos la plata, es haciendo un hornillo de barro, y poniendo en él su carbón y sobre él su metal, sóplanlo y enciéndenlo y avívanlo con un cañuto hueco de caña o de palo, hecho para aquel oficio; y este es su modo de sacar tan inmenso e inaudito peso y número como en aquellos reinos las gentes naturales dellos han sacado de plata. El oro de las minas por otra manera y arte, aunque con grandísimo trabajo, pero no con tantos achaques y dificultades y rodeos, se saca.

Y con esto damos conclusión a la segunda parte de la república por sí suficiente y bien ordenada, que, según Aristóteles, fue y es que haya en ella oficiales, etc., etc.

Capítulo V

De la gente militar, su educación y disciplina; armas, provisiones y almacenes para ellas; táctica y política en la guerra

Yendo, pues, por este camino, y prosiguiendo la materia comenzada de la gente de guerra, entremos en la relación de las gentes del Perú, dejados otros reinos y provincias. [35]

Grande solía ser la provisión y cuidado tenía della, para que fuesen proveídos todos los hombres de guerra en aquella tierra. De aquí e de otros muchos argumentos que abajo se traerán, parece seguirse que en aquellos reinos del Perú había gente señalada y dedicada para sólo la

guerra, sin tener ni que vacasen a otro ningún oficio; y es así, según afirman los religiosos que por muchos años de conversación y experiencia la lengua de aquella tierra estudiaron y supieron y de propósito han inquirido las leyes y costumbres y secretos y antigüedades de aquellas gentes penetrado (36). Tenían, pues, ordinarias guarniciones y gente de armas que no entendían en otra cosa sino en las guerras y estar aparejados para ellas. Por esto eran muy privilegiados y exentos de otros servicios.

El modo que se tenía en elegir los hombres para la milicia, era éste: En cada pueblo había maestros de enseñar la manera de pelear y ejercitarse en las armas. [36] Estos tenían cargo de tomar todos los niños de diez hasta diez y ocho años, en cierta hora o horas del día, e dábanles forma de reñir de burlas o de veras entre sí e [que] se ejercitasen como quiera en las armas; y los que destos salían de más fuerzas y más valientes, más ligeros y aptos para la guerra, y feroces, aquellos mandaba el Rey que los señalasen y fuesen dedicados al ejercicio bélico, y desde adelante cada día más usasen a pelear de burlas o de veras, hasta que fuesen de edad para servirse dellos en las guerras. Mandábales dar sueldo conveniente de que comiesen y se criasen, y que gozasen de sus privilegios.

Tenían otra manera de probar los niños y cognoscer lo que después de grandes harían en las peleas. Después de llegados a los diez y ocho años, poníanlos delante del capitán general o de aquel maestro que tenía cargo deste ejercicio, y mandaba a uno que tenía una porra o alguna otra arma en la mano, «ven acá, mátame aquél», [e] iba y alzaba la porra como que le quería dar; y si el mozo rehuía la cara de miedo, apartábalo y dejábalo para que toda su vida fuese labrador, y su oficio y ocupación fuesen obras serviles; pero al que no huía la cara, dedicábanlo para el [37] arte militar, mandándole que siempre se ocupase en ella; y desde luego era hidalgo, y gozaba de los militares privilegios. Por estas vías tenían los Reyes de aquellos reinos de señalados hombres muchas grandes guarniciones.

Todos los privilegios y exenciones que le gente de guerra de los Reyes concedidos tenían, eran a costa del Rey; y cuando movía guerra alguna, de sus rentas todos los gastos y sueldo de la gente pagaba, porque el pueblo en cosa ninguna fuese gravado. Para provisión de lo cual, tenían los Reyes modo y providencia admirables. Habían mandado edificar en los cerros muy altos y lugares cómodos, según la calidad y disposición de las provincias muchas casas en renglera y juntas unas con otras, muy grandes, y depósitos de todas las cosas de que había en todo el reino, que ninguna cosa faltaba. Unas estaban llenas del maíz o trigo, pan común de la tierra firme destas Indias, y frísoles, habas, papas, camotes, xicamas, que todas son raíces comestibles y buenas, con otras especies dellas. Había depósitos de sal, de carne seca y curada al sol sin sal, carne también salada y pescado salado y pescado sin sal, curado al Sol y otras cecinas; y finalmente grandísima [38] provisión y abundancia de comida, cuanta se podía haber y había por todo el reino.

Había otros depósitos de ovejas y carneros vivos, así para comer como para llevar cargas. Había casas y depósitos llenos de lana en gran cantidad, y de mucho algodón con sus capullos y en pelo, y también hilado. Otras casas llenas de camisetas y mantas hechas de lana fina y de lindos colores, y de camisetas y mantas de algodón. Casas llenas de cabuya, inequen y de pita, que ya dijimos ser especie de lino, y de cáñamo; desta

mucha en pelo y en cerro, y de hilada y torcida, e infinitas sogas y cabestros dello hechos. De inmensa [¿innúmera?] cantidad de cotaras (37), que son su calzado para los pies, como alpargates, hechos de diversas y lindas maneras. Había depósitos también de mantas muy ricas y de naguas, que son las faldillas o medias faldillas, y camisas riquísimas para solas las grandes señoras. Había depósitos de gran número de toldos, que son como tiendas de campo, para la gente de guerra. Infinita cantidad de hondas [39] y piedras hechizas para tirar con ellas; arcos y flechas y hachas de armas y porras de cobre y de plata, y macanas, que son llanas, aunque sirven como porras; rodelas, plumajes; infinita bixa, que es la color bermeja, con que se untaban para se parar horribles y feroces en las batallas; de manera, que ninguna cosa en aquestos depósitos de provisión faltaba, ni para guerra ni para paz. Las porras eran a manera de estrellas, y pasaba el palo por medio con un astil cuasi de cuatro palmos, y traíanlas ceñidas al cuerpo del brazo, y las hachuelas de armas, con otro hastil de tres palmos, al otro lado, atadas a la muñeca del brazo. Algunas porras eran de piedra labrada. Estos vocablos cotaras, macanas, bixa y maíz y maguey, fueron vocablos DESTA isla, y no de la Tierra Firme, porque por otros vocablos allá estas cosas llaman.

Las causas porque movían comúnmente sus guerras eran, o porque alguna provincia de las sujetas se venía a quejar de otra que no era súbdita, por alguna injuria o daño della recebido, o porque alguna de las sujetas contra el Rey se rebelaba; y éstas eran las causas ordinarias. Otras hobo, algunas veces por ambición del Rey, queriendo dilatar su imperio, y señorío [40], como hacen muchos tiranos en el mundo.

Antiguamente, antes que señoreasen aquellos reinos los Reyes Ingas, tenían guerra sobre las aguas y tierras; y por estas causas tenían sus pueblos en cerros altos y en peñas, y hacían fortalezas donde subían su comida con mucho trabajo y pena. No tenían otras armas sino hondas, y unas rodelas. Éstos eran los de las sierras; pero los de los Llanos, que se llaman yungas, tenían flechas y unos dardos que tiraban con amiento, y debían ser como las tiraderas de ESTA isla.

Cuando la provincia era pequeña contra la cual se determinaba la guerra, enviaba el Rey a un debdo suyo por capitán general; pero si era grande, iba él en persona a dar la batalla.

La gente de guerra estaba tan bien morigerada, tan modesta, tan ordenada y tan contenida dentro de los límites de la razón, que cincuenta mill hombres y muchos más que solían, si era menester, juntarse, iban por los caminos reales; y llegando y pasando por los términos de cualquiera lugar chico o grande, no entraba en el pueblo hombre alguno dellos, sino todos se aposentaban en el campo; y si convenía, por la comodidad, entrar en el [41] pueblo, estábanse en la plaza sin entrar en alguna casa; y aunque viniesen rabiando de hambre, no osaría hombre de ellos tomar un pollo ni grano de maíz, ni hacer menos a ningún vecino, contra su voluntad, un hilo de lana.

Luego, los oficiales que para esto allí, el Rey tenía puestos, sacaban las provisiones de comida y bastimento que tenían ya guisada y aparejada, y de todas las otras cosas que al ejército y a cada particular persona dél eran necesarias. Repartíanse por sus cohortes y capitanías los vestidos, calzados, tiendas y armas y todo lo demás que les faltaba.

Hurto, agravio, fuerza, mala palabra a ninguna persona era dicha ni hecho, ni había quien ninguno del ejército se quejase, porque hobiera gran castigo, y sobre ello había gran orden y cuidadosísimo recaudo. Pero, principalmente procedía esta observancia, de ser la gente de su naturaleza más que otra del mundo subjectísima y obedientísima a sus Reyes y Señores, por su innata mansedumbre y humildad. Y así, aquellos ejércitos, tanta era su modestia, su orden, su regla y la justicia que para con todos guardaban, que más se podían decir parecer convento de frailes muy regulados, no quiero decir que destos soldados, pero [42] que ni muy quietos y honestos ciudadanos (38).

La misma provisión y en toda abundancia de las cosas necesarias hallaba el ejército en cualquiera despoblado por donde pasaba, porque en todas partes había los grandes depósitos llenos de las cosas de provisión de suso señaladas.

Cuando comenzaban a pelear, lo primero era con las hondas, en que eran muy diestros y con que disparaban infinita pedrería, como entre nosotros disparamos nuestra artillería, cuando al ejército contrario puede alcanzar; después que más se acercaban, peleaban con las flechas; a la postre venían a las manos y usaban de las porras y macanas y las otras armas (39).

Si la gente contraria o culpada salía a recibir de paz con humildad y satisfacía y aplacaba de obra o por palabra, siempre los recibían con benignidad, y a los que les hacían guerra solamente peleaban hasta subjectarlos. Después de subjectos, tomábanles [43] alguna gente para su servicio, a manera de esclavos, los cuales poco difirían de libres en los trabajos que los imponían y en el ordinario tratamiento. No eran crueles contra los enemigos ni se holgaban de matar ni hacer en ellos crueldades después de rendidos, antes fácilmente se aplacaban y perdonaban las injurias recibidas, desde que vían las victorias ser concluidas.

Tenían cierta manera de orden de caballería, cuasi como los de la Nueva España, aunque no con tantas ceremonias ni a tanta costa, puesto que, por ventura de más alta guisa; y debía ser para obligar los caballeros a hacer valentías en las guerras. Esta era la de los Orejones, la cual no podía ninguno tomar ni profesar sino los del linaje de los Señores Ingas, y con licencia y privilegio del Rey. Las ceremonias que para esto hacían eran estas: el que había de ser orejón y armado caballero, había de ayunar cuatro días sin comer cosa alguna, y al cabo dellos; hacíanle correr por unos cerros mirándolo todo el pueblo. Después mandábanle luchar con otros mancebos, y ejercitado y probado en esto, horadábanle las orejas por el cabo de abajo, que lo más blando dellas, y metíanle por el agujero un palillo delgado [44] y pequeño. Luego hacíanles más grandes aquellos agujeros, y más y más, hasta ser tan grandes que puedan meter por ellos un rollete de muchas vueltas como un aro de cedazo chequito con que suelen los taberneros colar el vino. Si es gran Señor el caballero, póneselo de oro o de plata. E aína parecerán estas orejas a las de los fanesios, gentes de unas islas que están en el Océano septentrional; los cuales, según Plinio (lib. 4.º cap. 27) (40), viven desnudos, pero tienen unas orejas tan grandes, que les cubren todo el cuerpo.

Esta era y es la suprema hidalguía y honra y caballería entre ellos,

y manera de armarlos caballeros o hacer profesión en ella, después de ser Supremo Señor en aquella tierra. Ninguno podía usar de esta insignia, que era tener las orejas tan grandes como dicho es, sino los del linaje del Señor Supremo, ni sin su autoridad y licencia, ni sin haber hecho las ceremonias ya dichas. Hacía, empero, el Rey mercedes, aunque raras veces, a algunos señores grandes que pudiesen hacer estas [45] ceremonias y usar de aquel privilegio, yendo las orejas de aquella manera.

Después que los españoles entraron en aquellos reinos, muchos de los Señores que hay usan ya libremente de aquella preeminencia, como falta quien se lo impida; pero en tiempo de los Reyes ninguno lo osara hacer.

En estos actos y ceremonias se les ponía el nombre con que aquellos caballeros para toda su vida habían de quedar, quitado el que hasta allí habían tenido. Había costumbre entre todas aquellas gentes de mudar tres veces los nombres: uno ponían al niño y la niña de cuatro días nacido, el cual era puesto ab eventu (conviene a saber) por alguna cosa que a él o a otros aquel tiempo acaeciese segundo, en llegando el niño a los ocho años, y entonces le tresquilaban los cabellos y poníanle aquel nombre que su padre o agüelo había tenido cuando niño. La tercera mutación del nombre acostumbraban hacer a los diez y ocho años, y tresquilábanlo otra vez, poníanle nombre comúnmente de su padre o agüelo, y con éste se quedaba y nunca más se había de tresquilar; pero a los señores y caballeros de la dicha caballería, ponían el nombre con que había de quedar en aquellos actos [46] de la profesión que dijimos, lo cual concluido, todos los parientes y amigos hacían muy señalada y regocijada fiesta de comer y beber, con bailes y danzas y todas las maneras que tenían de alegría y regocijo. Y con esto se fenecían las ceremonias de aquella orden y caballería, y así quedaban en gran dignidad y estima de todos, aquestos los caballeros armados así, aunque harto a menos costa de trabajos y penitencia y ayunos y vigiliias y devoción y bendiciones sacerdotales, y también peligros, que los caballeros de la Nueva España que profesaban la orden y caballería de Tecuitli; y aunque parece aquesta de los orejones de más autoridad y dignidad y estima, empero la de los Tecuitles cierto más pomposa y más célebre y adornada de ceremonias y con más propios y trabajosos actos del caballero que la profesaba se merecía. Y esto, cuanto a la tercera parte de la república bien ordenada y que es estar proveída de gente de guerra, que la hobo entre aquestas indianas gentes, sufficiat. [47]

Capítulo VI

De la riqueza de los Señores y particulares. -Comercio y moneda
Los Reyes y gentes del Perú asaz ricos eran y sufficientísimamente proveídos estaban de las cosas necesarias para las guerras que quisiesen mover contra otras gentes (como parece por el capítulo precedente), y pocos Reyes del mundo leemos que tal provisión para ellas ni tal orden hobiesen tenido; y si de oro y plata hablamos, pocos o ninguno de los Reyes, que se leen fueron tan ricos. Sobraba pues, la provisión que tan abundante y cierta y continua y prompta y perpetua tenían en aquellos depósitos, para que cuanta gente de guerra quisiesen los Reyes juntar

fuese muy suficientemente proveída. Era mirable la industria, orden y providencia que los Reyes tenían puesta en que aquellas alhóndigas y depósitos estuviesen siempre llenos de todas las cosas necesarias, no sólo para la guerra, pero para otros bienes públicos. Estos depósitos estaban edificados junto a los Caminos Reales, y a sus trechos y jornadas, convenientes en los despoblados y otros [48] en las ciudades. Cada provincia comarcana era obligada, por título de tributos para el Rey, a labrar o hacer labranzas y sementeras cuando el pan, ques el grano del maíz, y las otras cosas de mantenimiento de los frutos de la tierra, en ciertas tierras que estaban señaladas e se nombraban del Rey e Señor. Cogidos los frutos, encerrábanlos en aquellos depósitos, que eran unas casas muy grandes. Lo mismo se hacía de las carnes y pescados en cecinas; lo mismo de las mantas para vestidos y calzados; lo mismo de las armas y de todas las otras cosas que arriba se señalaron, porque todo esto tributaban. Y estas casas de depósitos y las cosas que en ellas se metían y guardaban, tenían título del Rey, como quien dijese las Atarazanas Reales.

Cuando estas provisiones no se gastaban, porque no había guerras o porque de las fiestas que los Reyes hacían (porque de aquellos depósitos para ellas gastaban) sobraban, y también porque no se dañasen, tenían ordenado y mandado que cada tres años se renovasen y tornasen a hinchar de todas las cosas que de antes llenas estaban. Y lo que para reyes gentiles y sin lumbre de fe, y aun para reyes católicos y buenos cristianos, es cosa de grande [49] ejemplo e imitable, que tenían tanto cuidado de los pobres, que cada vez que los depósitos se renovaban, todo lo que en estos había de lo viejo, se repartía por los pobres, comenzando de las viudas y huérfanos y otras personas necesitadas. Esta obra y providencia era digna de rey prudentísimo, piísimo y digno de reinar y gozar de sus reinos por muchos años.

Item de ganados había muchas personas riquísimas, que ni los ganaderos de Soria ni aun los Padres antiguos parece haber tenido tan grandes ayuntamientos Y hatos de ovejas, ni en tantas partes como aquéllos tenían.

Cuanto a los tratos, comercios y contrataciones, en los reinos del Perú tenían también sus comercios y lugares señalados para ellos, donde compraban y vendían, y la moneda, o en lugar de moneda, que usan, es cierta yerba, que llaman en su lengua Coca, que es como hoja de arrayan, la cual, trayéndola en la boca, no sienten hambre ni sed por todo el día. Yo la he visto traer continuamente (si quizá no es otra) (41) a la gente de la provincia de Cumaná y aquella [50] costa que dicen de Paria abajo, hacia donde se solían pescar las perlas; la cual les causaba «una grande fealdad, que teniendo los dientes de su naturaleza, muy blancos y muy buenos, se les hacía sobrellos una costra gruesa tan negra como si fuera de azabaja [azabache]. También se usa traer yerba en la boca en las provincias dentro en la tierra que van a Popayan, y así debe ser por toda aquella tierra y reinos o por mucha parte dello, puesto que no sabré decir si es toda una la Coca del Perú y las yerbas que por las otras provincias traen las naciones dellas en la boca. Si son diversas, deben tener la misma virtud, y el fin de traellas debe ser por conseguir el mismo fruto.

Capítulo VII

De los dioses, ídolos y fábulas religiosas

Primero que descendamos a la multitud de los dioses, se ha de saber que antes que el capital enemigo de los hombres y usurpador de la reverencia que a la verdadera deidad es debida, corrompiese los corazones humanos, en muchas partes de la Tierra Firme tenían cognoscimiento [51] particular del verdadero Dios, teniendo creencia que había criado el mundo y era señor dél y lo gobernaba, y a él acudían con sus sacrificios, culto y generación y en sus necesidades. Y en los reinos del Perú le llamaban Viracocha, que quiere decir Criador y Hacedor y Señor y Dios de todo (42).

Y para que se tenga noticia de los dioses que aquellas tan infinitas naciones tenían y adoraban, es de tomar por regla general, que por todo aquello que se sabe de aquella vastísima Tierra Firme, al menos desde la Nueva España y atrás mucha tierra de la Florida y de la de Cíbola, y adelante hasta los reinos del Perú inclusive [52], todos veneraban el Sol y estimaban por el mayor y más poderoso y digno de los dioses, y a éste dedicaban el mayor y más sumptuoso y rico y mejor templo, como parece por aquel grandísimo y riquísimo templo de la ciudad del Cuzco, y otros en el Perú. El cual en riquezas nunca otro en el mundo se vido, ni en sueños se imaginó, por ser todo vestido de dentro, paredes y el suelo, y el cielo o lo alto dél, de chapas de oro y de plata, entretegidas la plata con el oro, no piezas de a dos dedos en el tamaño ni delgadas como tela de araña, sino de a vara de medir, y de ancho de a palmo y de dos palmos, gruesas de a poco menos que media mano, y de media y de una arroba de peso. Los vasos del servicio del Sol, tinajas [53] y cántaros, de los mismos metales, tan grandes, que, si no los viéramos, fuera difícil y casi imposible creerlo; cabían a tres y cuatro arrobas de agua o de vino o de otro licor, como arriba más largo en el capítulo 2 lo referimos.

Entremos ya finalmente a tratar y fenecer la materia de los dioses en las grandes regiones y reinos del Perú, donde tanta multitud de naciones y tan bien ordenadas y regidas vivían, y muy dadas y ejercitadas en la religión. Todas ellas tenían sus ídolos y dioses artificiadados de piedra y madera, cada pueblo y quizá cada casa y vecino en particular. En ellos, según se decía, les aparecía el Demonio en diversas figuras, conviene a saber, que aparecía a los sacerdotes y hablaba con ellos; porque no se tiene el traidor en tan poco, que se deje ver de todos.

Dos especies de gente eran más que las otras religiosas y a los dioses más devotas (conviene a saber), las que vivían en las sierras y las de la costa. Los serranos, por lo que toca a sus sementeras, las cuales muchas veces se les perdían, dellas por falta de lluvia y dellas por sobra de nieves o hielo; los de la costa de la mar por sus pesquerías. Por estas necesidades tenían sus dioses que en aquellas cosas [54] presidían, y a ellos, cuando les convenía, con sus devociones y sacrificios acudían. Tenían para ellos sus templos en los picos de las sierras altísimas y asperísimas, y en la mar dentro de algunas islas. A todas las cosas que les parecía tener alguna cualidad señalada más que las otras, como si una sierra tenía un pico o alguna peña que diferenciaba de las otras y parecía mejor puesta o de más agradable, a su parecer, hechura, o alguna

concauidad, creían tener alguna participación de deidad, por lo cual le tenían especial devoción y le hacían reverencia y sacrificio.

En aquellos tiempos se tuvo por dios una muy rica esmeralda en la provincia de Manta, que es la que agora llaman Puerto Viejo, la cual ponían en público algunos días y la gente simple la adoraba. Y cuando algunos estaban malos, íbanse a encomendar a la esmeralda, y llevaban otras piedras esmeraldas para le ofrecer, por persuasión del sacerdote, dándole a entender, que por aquella ofrenda la salud le sería restaurada.

Tenían también a los Señores que les habían bien y justamente y con amor y suavidad gobernado y sido provechosos a los pueblos, por más que hombres, y a poco vinieron a los estimar por [55] dioses y a ofrecelles sacrificios y acudir a ellos, invocándoles en sus necesidades.

Estas y otras cosas tenían en veneración las gentes de aquellas provincias en todo el tiempo que precedió al señorío y reinado de los Reyes Ingas, mayormente al primero, que llamaron Pachacuti Inga, que quiere decir «Vuelta del Mundo» y porque los puso en mucha y más polida policía que la que antes tenían, y por esta polidez y mejoría les parecía que se volvía el Mundo de un lado a otro.

Pero este Rey y sus sucesores, más discreto y verdadero conocimiento tuvieron del verdadero Dios, porque tuvieron que había Dios que había hecho el Cielo y la Tierra, y el Sol, y Luna, y estrellas y a todo el Mundo, al cual llamaban Conditibiracocha, que en la lengua del Cuzco suena, «Hacedor del Mundo». Decían que este dios estaba en el cabo postrero del Mundo, y que desde allí lo miraba, gobernaba y proveía todo; al cual tenían por Dios y Señor, y le ofrecían los principales sacrificios. Afirmaban que tuvo un hijo muy malo, antes que criase las cosas, que tenía por nombre Taguapicaviracocha; y éste contradecía al padre en todas las cosas, porque el padre hacía los hombres buenos y él los hacía malos en los cuerpos y en [56] las ánimas; el padre hacía montes, y él los hacía llanos, y los llanos convertía en montes; las fuentes que el padre hacía, él las secaba; y finalmente, en todo era contrario al padre; por lo cual, el padre, muy enojado, lo lanzó en la mar para que mala muerte muriese, pero que nunca murió (43). Parece aquesta ficción o imaginación significar la caída del primer Ángel malo, hijo de Dios por la criación, pero, malo por su elación y siempre contrario de Dios su Criador. Fue lanzado en la mar, según aquello del Apocalipsi, capítulo 20: *Diabolus missus est in stagnum*, etcétera. Decían también que el Sol era el principal criado de Dios, y que es el que habla y significa lo que Dios manda; y no iban en esto muy lejos de la verdad, porque ninguna criatura (sacados los ángeles y los hombres) así representa los atributos y excelencias de Dios (según San Dionisio, 4.º de los Divinos nombres), como el Sol. Y así, como tenga y produzga tan excelentes y diversos efectos ¿qué otra cosa parece sino manifestar y publicar las excelencias [57] y operaciones que en estas cosas criadas obra el Criador y verdadero Dios? Por lo cual lo servían y honraban y ofrecían sacrificios; pero primero y principalmente a Conditibiracocha, Hacedor del Mundo, como a Señor de todo.

Aquel Rey Pachacuti, como comenzó a gobernar aquellos reinos, como fueran muchos juntos, como se dirá, lo primero en que puso orden fue en las cosas del cultu divino, y para esto quiso informarse de todos los

dioses que cada pueblo y provincia y casa tenía; y cuando le venían a dar la obediencia, inquiría qué dioses tenían y ofrecían sacrificio y acudían en sus necesidades. Cada uno le daba cuenta de su dios, diciendo unos que tenían por su dios a la mar, como los pescadores; otros a las peñas altas, o sierras como los labradores y gente serrana; otros a las aves o a tales aves; otros a los árboles o a maderos que ellos labraban; otros había que adoraban las zorras, o leones o tigres, porque no les hiciesen daños y por persuasión de los demonios que en aquellas bestias o en figuras dellas respondían y hablaban con los sacerdotes. Otros, también decían que veneraban a Señores que habían tenido, porque los habían blanda y suavemente gobernado; y así poco a [58] poco vinieron en opinión que aquellos eran más que hombres.

Dándole cada uno cuenta de los dioses a quien servían y adoraban, dicen que de muchos de los dioses que le referían se reía y burlaba y dando a entender que aquellas cosas no eran dignas de ser dioses, y así se lo declaró diciendo que era escarnio tener y adorar cosas tan bajas y viles por dioses, y que no los debían de reverenciar ni ofrecer sacrificio; pero que, por no dalles pena, les daba licencia que los tuviesen como antes los tenían, si quisieren, con tal condición que sirviesen y reverenciasen por sumo y mayor dios que todos los dioses al Sol. Porque, decía él, que el Sol era la mejor cosa de todas y la que más bienes y provechos hacía a los hombres, por lo cual los hombres eran obligados a servirlo y venerarlo más que otra cosa alguna por Dios y Señor. Y para inclinarlos más a la veneración y reverencia y aceptación por cosa más veneranda que otra, después de Dios, al Sol, por su mismo ejemplo dedicó luego las casas que tenía en la ciudad del Cuzco de su padre y agüelo, y predecesores, donde al presente, su padre, que aún era vivo, y él habitaban, para templo del Sol; de las cuales se salieron y en ellas hicieron [59] aquel solenísimo, riquísimo y admirable templo, de que arriba en el cap. 2 hecimos mención. Estas Casas y Palacios Reales hasta entonces se llamaban Chumbichuncha, y de allí adelante se llamaron Coricancha, que quiere decir «cercado de oro», porque hizo labrar en muchas piezas excelentes más y mayores que las que había de piedra maravillosamente labrada, cercadas de planchas de oro y plata enrededor, y por mezcla en algunas partes se puso plata, como en el cap. 55 (44) ya se refirió.

Puso en una pieza muy rica y señalada dellas la estatua del Sol, de bulto, toda de oro, con el rostro de hombre y los rayos de oro como se pinta entre nosotros. Esta sacaban algunas veces al Sol, porque decían que le comunicaba el Sol verdadero a aquel de oro su virtud. Hacíanle cada día dentro de aquella capilla o pieza rica grandes sacrificios, como se dirá. Mandó hacer mucho número de mazorcas de maíz, todas de oro fino, que estaban delante del Sol. Tenía dentro del mismo templo o del circuito de los edificios una huerta mediana, que hoy también vive, trayendo [60] la tierra muy fértil de muy lejos para plantalla, y para la regar se trujo una fuente de luenga distancia por caños labrados de maravilloso artificio, que hoy también sirve de su oficio en la misma huerta. En esta huerta se sembraba cada año maíz e otras sementeras para comida, que se ofrecía todo al Sol en sacrificio. Esta huerta cavaba y sembraba con sus propias manos el mismo Rey Pachacuti Inga y sus hermanos y deudos más

cercanos, y esto estimaban por grande honor y dignidad, así en el tiempo del sembrar como en el de la cosecha. En estos dos tiempos se hacían grandes fiestas, convites, alegrías y regocijos.

Puso en este templo, para servicio del Sol, gran número de mujeres y doncellas, hijas de Señores, unas, las más principales, consagradas para mujeres del Sol; otras para criadas y sirvientas suyas; otras para criadas destas mujeres; otras para criadas de sus criadas. Sus mujeres y criadas le servían haciéndole ropa muy rica labrada por maravilla, y vino y las comidas que le ofrecían. Todas estas mujeres y criadas eran doncellas vírgines, y guardábase con tanto rigor, que si se quebrantara se tuviera por inexpriable delito, y no se castigara con menos que con crudelísima [61] muerte. Afirman nuestros religiosos, muy entendidos y expertos en aquella lengua, que muchas veces oyeron afirmar a los viejos dellos, nunca haberse hallado jamás falta en esto en aquellas mujeres. Era inestimable honra y dignidad ser del número dellas. Llamábanse Mamaconas, que en su lengua quiere decir Señoras Madres. Puso eso mismo en aquel templo sacerdotes que celebrasen y ejercitasen su oficio cerca del culto del Sol. Adornolo de maravillosos y ricos y grandes vasos de oro y plata para servicio del Sol. Finalmente, lo proveyó en edificios, vasos, ministros varones y mujeres, riquísima y abundantísimamente, como prudentísimo y religiosísimo, devoto y magnánimo Rey o Señor. En tanto grado se halla este Rey haber sido estudioso y vigilante cerca del cultu del Sol, tenido cuasi por Dios, aunque falso Dios, que afirman los nuestros que pluguiese al verdadero Dios, que, a ejemplo de aquel que le ignoraba, nosotros que por su benigna (sic) condescendencia le cognoscemos, cerca de su servicio fuésemos tan solícitos y devotos como él lo era para con el Sol, que creía, y estimando erraba, ser poco menos que Dios, o quizá lo igualaba con Dios, aunque confesaba haber sido hechura del verdadero Dios. [62]

Hizo edicto público y universal en todos sus reinos y señoríos, mandando a todos los Señores y sus antiguos subjectos, y a todos los que de nuevo por sus nuevas y fama loable, venían a se le subjectar, que cada uno hiciese en los pueblos de su señorío y gobernación, conforme a la calidad del Pueblo, un templo al Sol, y lo adornase y proveyese de suficiente servicio, sacerdotes y otros ministros, a la manera de aquel que en la ciudad del Cuzco él había constituido; y que puesto que les dejaba los dioses antiguos que cada uno tenía, esto no era porque aquellos fuesen dioses, sino por condescender con ellos y contentarlos; por tanto, que ya que se quedasen con aquellos, tuviesen por principal Dios y Señor al Sol y como a tal le edificasen los templos y adorasen y sirviesen. Lo cual se puso así por obra por todas las tierras de su Señorío, que ni poco ni mucho era sino unas mil y tantas leguas.

Y así, en cada provincia, aunque había templos dedicados a particulares dioses, siempre el más principal y suntuoso y de mayor veneración era el del Sol a ejemplo y semejanza del que el gran Rey constituyó, en la ciudad Real del Cuzco al Sol. Del cual está hoy en pie la mayor [63] parte de los edificios, aunque no con la riqueza y servicio que antes tenía, porque allí se hizo un convento de la Orden de Santo Domingo; pero hay hoy vivos algunos viejos, que eran de los dedicados al servicio de aquel templo, y viejas de las vírgenes Mamaconas.

Digna cosa es esta de mucha consideración, que un hombre sin fe ni

cognoscimiento del verdadero Dios, o al menos no parecía que tenía más que los otros, con sola la lumbre de la razón natural conosciere que aquellas cosas que los otros estimaban y servían por dioses, no merecían tal reverencia y servicio como se debe a Dios; e ya que él erraba, escogía al menos la más excelente de las criaturas por Dios, entendiendo y confesando tácitamente, que la cosa que en las cosas es la mejor, aquella merecía y merece ser Dios; y cuanto más que, como arriba queda dicho, expresamente cognoscía que el Sol era criatura del verdadero Dios.

Consideremos también, que si aquél alcanzara fe y cognoscimiento del verdadero Dios, ¿qué fueran los templos, cuáles los ministros, cuántas las riquezas, las ceremonias, los sacrificios que constituyera por honra del divino nombre y ejercicio de la cristiana religión? Al menos, creíble [64] cosa es, que si no pudiera hacer más y mejores las cosas, hiciérelas con mayor certidumbre y confianza de la remuneración, y más íntima y suave devoción que las hacía por el Sol.

Con esto cierro la materia y relación de los dioses de más de tres mil leguas de tierra destas nuestras Indias; lo cual basta para conjeturar que todas las demás naciones que hay, de que aún no tenemos noticia, serán en esto semejantes a las referidas, poco menos o poco más.

Capítulo VIII

De otros templos famosos que había en el Perú, su forma y edificio Resta, para concluir esta materia de templos, referir en breve lo mucho que había que tratar de los templos solenísimos y riquísimos más que alguno pueda con exceso encarecer, que tenían las ciudades y pueblos celebratísimos de los reinos del Perú. Y sólo se ofrece decir de la forma de sus edificios, la cual no del todo se me ha expresado, porque los primeros que allí entraron no curaron de la especular (45). [65]

Dos maneras de templos hobo en aquellos reinos, que diferían en la forma. Una dedicada a los dioses antiguos que aquellas gentes, antes que reinasen los Reyes Incas, reverenciaban por dioses, y otra los templos consagrados al Sol. Ya queda dicho arriba, cómo, cuando comenzó a reinar aquel prudentísimo y religioso Rey Pachacuti, primer Inga, quisiera quitar todos los dioses de la tierra, por parecelle que no merecían ser dioses, pero por no dar pena ni entristecer a los pueblos, permitió que se quedasen cada uno con los suyos, con tanto que rescibiesen y venerasen al Sol por verdadero y principalísimo Dios. Y para diferenciarlo de los otros dioses, ordenó muchas ceremonias, sacrificios y servicios y ministros servidores, y otras cosas cuantas pudo.

Entre aquellas fue una, conviene saber: que los templos se le edificasen de otra manera y en otros lugares que a los otros dioses (de quien él burlaba) solían edificarse. A los otros edificaban los templos dentro de los pueblos y en lugares llanos y bajos. Todos los aposentos y retretes y partes dellos eran muy menudos y escurísimos, que a cualquiera que hobiese de entrar en ellos, había primero de se angustiar y temblarle las carnes. Bien [66] parecía que el que allí quería ser reverenciado, en tinieblas vive y en tinieblas anda; y a los que le sirven, a las tinieblas sempiternas negocia de llevar.

Pues como el Rey Pachacuti estimase de aquellos dioses o que eran falsos o que eran malos, como en la verdad lo eran, porque el Demonio en algunos aparecía y quería ser adorado, y tuviese al Sol por dios bueno y mejor que los suyos, y, por consiguiente, siempre quisiere de aquellos diferenciarle, mandó hacer los templos del Sol siempre en los lugares más eminentes y altos; esto es, que los mandaba edificar en los cerros que las ciudades por su eminencia y altura señoreaban; y si cerros o sierras no había naturales, por ser la tierra toda llana, mandaba hacer los altos de tierra junta mucha, que se allegaba con industria humana. En el cerro o sierra natural o hecho industriosamente de tierra aquel mogote alto, la forma del templo desta manera se ordenaba: Hacíase una cerca de pared muy gruesa y redonda, de cinco o seis estados alta; dentro de aquella y apartada por alguna distancia, se edificaba otra, también redonda, y, según la proporción que convenía, alta; y en algunos templos se hacían cinco cercas, y la postrera ya era en lo postrero del cerro, [67] que era suelo llano o porque lo allanaban. Allí, en aquel suelo, edificaban cuatro cuartos en cuadra, como los que tienen en los monasterios los claustros. Las paredes tienen muchas ventanas y muy grandes por donde entra la luz y están todas las piezas muy claras.

Dentro de aquel cuadro o cuartos estaban los altares, y allí era la Sancta Sanctorum del Sol. Estaban cubiertos de su madera muy bien labrada, cómo el que llamamos zaquizamí en nuestra España. Tenía el templo dos grandes portadas por donde se entraba, y subían a ellas por dos escaleras de piedra mucho bien labradas, cada una de treinta gradas. Todo lo alto del zaquizamí estaba cubierto de planchas de oro, el suelo y las paredes lo mismo, y muy pintadas, y en ellas ciertos encajes donde se ponían ovejas de oro y otras piezas dello, que se ofrecían al Sol. A una parte del templo había cierta pieza como oratorio hacia la parte del Oriente donde nasce el Sol, con una muralla grande, y de aquella salía un terrado de anchura de seis pies, y en la pared había un encaje donde se ponía la imagen grande del Sol de la manera que nosotros lo pintamos, figurada la cara con sus rayos. Esta ponían, cuando el Sol salía, en aquel encaje [68] las mañanas, que le diese de cara el Sol; y después de mediodía pasaban la imagen a la contraria parte, en otro encaje, para que también le diese cuando se iba a poner, el Sol de cara.

Dentro de las dos cercas que primero dijimos, estaban los aposentos de los sacerdotes y de las vírgenes consagradas al Sol, y de los otros ministros y servidores y oficiales del templo, y oficinas para labrar y guardar las joyas y las ropas de lana finísima y de algodón para el Sol, y para bodegas de los vinos y las aves y Otras cosas vivas y no vivas que se le ofrecían y sacrificaban, que eran cuasi sin número. Y estos eran anchos y grandes, y así, el número y circuito e capacidad de todo el templo y de los aposentos y cámaras o piezas dél, no podía ser sino muy grande; y todo ello era muy claro por todas partes, para diferenciar (como dijimos) el templo del Sol, que a todas las cosas hace claras, de los templos de los otros dioses, que eran todos oscuros y tristes y atenebrados.

Esto pareció muy bien cuando los primeros españoles en el Perú entraron y llegaron a la ciudad de Pachacama, donde hallaron el templo del dios Pachacama o demonio, que así se llamaba, el cual estaba [69] muy oscuro y hidiondo y muy cerrado, a donde tenían un ídolo de palo hecho,

muy sucio y negro y abominable, con el cual tenía mucha gente gran devoción, y venían a serville y adoralle de trescientas leguas con sus votos y peregrinaciones y dones y joyas de oro y plata.

Creyeron los españoles, y así debía ser, que el Demonio entraba en aquel ídolo y les hablaba. Y habíales hecho entender que él era el que había hecho la tierra y criado los mantenimientos y todo lo que en ella está; y así, Pachacama quiere decir en aquella lengua «Hacedor de la tierra». Y después que por la ida de los religiosos y por su predicación, plugo a Dios que algunas gentes de aquellas se convirtiesen, hizo mucho del enojado y fuese a los montes o al Infierno, que siempre trae a cuestras, no queriendo muchos días venirles a hablar. Pero viendo que por aquella vía perdía más que ganaba, determinó llevar otro camino y apareció a quien solía, que son los sacerdotes, a quien suele (como queda dicho) primero engañar, y díjoles: «Yo he estado de vosotros muy enojado, porque me habéis dejado y tomado el dios de los cristianos, pero he perdido el enojo, porque ya estamos concertados y confederados el dios de los [70] cristianos y yo que nos adoréis y sirváis a ambos, y a mí y a él que así se haga nos place». Porque se vea cuantas mañas y cautelas tiene aquel malaventurado para llevar consigo las ánimas. Sabía bien que por esta vía y con esta industria, no sólo no perdía nada, pero ganaba mucho más; porque, baptizándose la gente y baptizados adorando los ídolos juntamente, a Dios causaban mayor ofensa y mayores tormentos a los que por este camino engañaba. Y que usase deste nuevo engaño débese tener por verdad, porque nuestros religiosos por cierto lo averiguaron.

El templo del Sol que allí había, estaba deste sobre un cerro hecho a mano de adobes y tierra bien alto desviado, con cinco cercas y maravillosamente labrado, todo muy patente, lleno de luz y claro, según que los Reyes mandaban así edificarlos. De la materia de que todos aquellos templos se hacían, y cuán polida, rica, sumptuosa y artificiosamente los edificaban, en los capítulos 2 y 7 queda bien declarado. [71]

Capítulo IX

Sobre la riqueza y hacienda de los templos. -Ganados

Y en lo de las riquezas que procedían de los ganados pertenecientes a los templos, es tan inmensa la ventaja que a todas aquellas riquezas que de los ganados salían hacían los ganados que los templos de los reinos del Perú dedicados al Sol poseían, y también las muchas y grandes heredades y sementeras de vino y de todas las cosas de mantenimiento, para los sacrificios y sustentación de los sacerdotes y ministros de los templos, que duda ninguna tienen los que de los nuestros de aquello tuvieron alguna noticia y que no subiesen de más en numero de un millón o cuento de ovejas las que había consagradas al Sol en aquellos templos, cada una de las cuales tiene más valor en carne y en grandeza, en lana y su fineza, que cuatro de las nuestras; lo mismo era en las otras heredades y haciendas. Los hatos de éstas tenían sus dehesas muy grandes y muy complidas, que llamaban moyas, también dedicadas al Sol y como cosas sagradas y diputadas al culto divino, donde pascían; y los pastores, [72] cuyo nombre era

michi, que las guardaban, diligentísimos en la guarda y en la conservación dellas fidelísimos; y aunque anduviesen sin guarda, ninguno fuera osado a hurtar o hacer menos una ni ninguna, ni aun una verija de lana dellas, que no creyera ser luego hundido debajo de la tierra. Y esto era harto de maravillar, por la creencia, reverencia y devoción y fidelidad que al Sol, que por dios estimaban, tenían; lo cual es más de estimar que los milagros que dice Tito Livio que cerca de los ganados de la diosa Juno hacerse fingían. Que también los templos del Sol, no uno, sino muchos, y todos los de las provincias del Perú, al segundo de que habla Tito Livio edificado y dedicado a Júpiter en Antiochía, en magnificencia y riqueza hayan excedido, parece muy claro por las muchas, ricas, admirables y nuevas cosas que de aquellos templos en los capítulos 2 y 7 quedan referidas.

De aquel de Júpiter dice Tito Livio que tenía el zaquizamí labrado de oro y las paredes con hojas de oro cubiertas o cerradas, pero que hobiese oro en el pavimento o suelo no dice nada. De los templos del Perú sabemos de cierto ser verdad que no sólo el zaquizamí y las paredes [73] estaban cubiertas y enforradas de oro, pero el suelo sobre que se andaba era de oro fino cubierto y aforrado. Y es aquí de notar, que las láminas de oro de que dice Titu Livio (sic) que estaban cubiertas las paredes de aquel templo de Júpiter, significan en latín comúnmente hojas delgadas como las hojas de Milán; pero las piezas de que estaban cubiertos aquellos templos del Perú, no eran hojas que pudiera pesar cada una, cuando más pesara, diez castellanos, sino eran planchas de tres palmos de largo y de un jeme bueno de ancho y de un dedo de grueso o de alto, de la hechura de los espaldares de nuestras sillas de espaldas, que cada una pesaba quinientos castellanos, como queda declarado.

Y qué comparación puede haber de la riqueza y magnificencia de aquel templo que así encarece Tito Livio y de todos los demás, que fueron, cuando muchos, tres o cuatro o cinco los que hallamos muy celebrados entre los idólatras y gentiles antiguos, al templo de gran majestad que había pasada la provincia de Pasto, hacia la de Quito, del cual agora se veen aún las señales de planchas de oro y plata en las paredes, donde parece haber estado todas chapadas y cubiertas de oro y plata (46) [74]; donde también hobo grandísima copia de vasijas de oro y de plata para los vinos y las otras cosas de los sacrificios y servicios del templo? Era cosa en el mundo nunca vista ni oída entre los antiguos gentiles, según el número, cantidad, diversidad, hechura y grandeza y riqueza dellas de que estaban todos los templos del Sol proveídos. De los cuales mucho número y admirables piezas en hechura y grandeza en ESTA Isla Española vimos; pero muchas más y de admiración dignas se vieron por todo el mundo (porque así lo diga) no una, sino muchas naos descargar, que iban cargadas dellas, en Sevilla.

Hicieron los templos destes nuestros indios a todos cuantos edificaron y tuvieron los idólatras antiguos señalada y extraña ventaja. Los templos de la provincia del Quito, lo mismo. El templo de la ciudad de Tacunga, adelante del Quito, donde allende las chapas o planchas de [75] que las paredes eran cubiertas, estaba mucho número encajadas en ellas de ovejas y otras figuras de bulto, todas de oro fino. ¿Qué comparación puede haber deste templo al de los antiguos? Y el templo famosísimo y nunca otro tan rico jamás imaginado cuanto menos oído ni visto, que estaba en la

ciudad de Thomebamba, las paredes del cual no sólo eran chapadas y cubiertas de oro y esculpidas en ellas muchas figuras, pero encajadas muchas ovejas y corderos y aves diversas y manojos de pajas, todo de fino oro; y en muchas partes del templo, mayormente en las portadas y en algunas piezas señaladas, número de esmeraldas y otras piedras de diversas especies preciosas, puestas y asentadas, y todo hecho y labrado por maravilloso artificio, allende de otras muchas piezas pintadas con donosos colores, que el oro las ilustraba y hermoseaba. Pues las tinajas y cántaros e infinitas otras vasijas de oro y de plata con otro mucho tesoro, ¿quién lo apreciará? ¿Pues qué comparación se puede hacer deste tal templo a cuantos en el universo mundo se alaban? Bien, será, pues, que los que fueren prudentes juntamente y de buena voluntad, concedan a este templo la ventaja, y a los que lo constituyeron juzguen no [76] por de menos juicio y sutileza de ingenio que a las mas sotiles y prudentes naciones antiguas e idólatras pasadas; antes pueden colegir argumento desto y de muchísimas otras cosas de las ya dichas, para tener a estas gentes por más vivas, sotiles, prudentes y racionales.

Y aunque aqueste ya encarecido templo sobre para mostrar la ventaja que a todos los del mundo que los infieles tuvieron hace, considérese otro que a este y los demás sobrepujaba, que tuvo nombre Pachacama. Este fue de los más antiguos, y quizá el más que todos antiguo de todos aquellos reinos, y con quien mayor devoción y más universal, aun antes de la gobernación de los Reyes Inguas (sic) se tenía. Ya arriba queda dicho que solían concurrir a él las gentes de trescientas leguas en romería con sus votos y con sus dones, como al mayor y más estimado y único santuario donde creían recibir remisión de sus pecados y salud para sus ánimas. Éste, allende tener la hechura y edificios, oro y plata y vasos riquísimos y todo el ornato y atavío que el pasado y que los otros, tenía más debajo de sí, en algunos soterraños, grandísimos tesoros, por la infinidad de las joyas de oro y plata que de tantas tierras y de tantas gentes [77] cada día se le ofrecían; y puesto que el pasado y otros muchos eran riquísimos, pero este a todos en riquezas excedía. De aquí fue originada la grande y extendida fama que por todos aquellos reinos de las riquezas ayuntadas en este templo, sobre todos los demás florecía; por lo cual principalmente Francisco Pizarro envió a su hermano Hernando Pizarro, luego que entraron en la tierra, más que a otra parte, para que cogiese las riquezas, que no habían sembrado ni sudado, que había (como ellos decían y escribieron) en esta mezquita. Dícese, y así por algunos se ha escrito, que aunque Hernando Pizarro halló y sacó deste templo, y después dél otros, gran suma y peso de oro y plata; pero que cuando él llegó, ya estaba puesto en cobro por los sacerdotes y Señores la mayor cantidad de los tesoros, que se cree haber sido sin número. Algunos dicen que se alzaron más de cuatrocientas cargas.

Pues el templo de Vilcas, donde había la muy rica figura del Sol, y los Asientos Reales en una piedra de once pies de largo y siete de ancho, cubiertos de joyas riquísimas de oro y de piedras preciosas adornados, y cuarenta porteros que lo guardaban, y cuarenta mil personas por todos los que para el servicio del templo y de [78] los Palacios Reales estaban deputados. Item el celebratísimo y real templo del Cuzco, Ciudad Real y cabeza de aquellos reinos y que tanto quisieron noblecer y adornar y

enriquecer los Reyes Ingas, el cual fue fundado y ampliado en los Palacios Reales, como arriba queda dicho, y de donde tan extrañas riquezas e incomparables tesoros se sacaron, como vimos de lo cual principalmente se hinchó una casa o sala o cuadra que tenía veinte y cinco pies en largo y quince de ancho, y era tan alta que un hombre alto no llegaba a ella con un palmo, que fue lo que se ofreció el rey Atabalipa dar, cuando lo prendieron los españoles, porque lo soltasen, y de plata diez mil indios cargados y que se hiciese un cercado en medio de la plaza, y que lo hinchiría de tinajas y cántaros y otros diversos vasos de plata; y esto cumplió y mucho más de lo que había ofrecido; qué templo en todo el Orbe, aunque fuese soñado o de industria compuesto y fingido, se pudo comparar con este. Y no sólo aqueste tan estupendo y nunca suficientemente loable ni encarecible había solo en aquella ciudad del Cuzco y pero muchos otros menos principales, aunque de oro y de plata toldados y cubiertos, y de vasos grandes y chicos [79] muy proveídos y muy ricos. Tampoco, y aun mucho menos, tuvo alguno de todos los del mundo cualidad ni cantidad ni riqueza para poderse comparar al templo del Tambo, en el valle de Yucay, cuatro o seis leguas de la ciudad del Cuzco, donde los Reyes, por su templanza y amenidad, lo más del tiempo conversaban; cuyo edificio fue construido de aquellas monstruosas y espantables piedras que en el capítulo 2 dimos relación (47), las cuales tenían por mezcla, a vueltas de cierto betún, oro derretido, de donde los españoles hobieron mucho oro antes que los indios hobiesen derrocado muchas partes de aquellos edificios.

Este fue muy rico templo y muy nombrado y afamado, y por las señales que en los muros y paredes y edificios y piedras dellos y otros vestigios y riquezas de oro, y plata que dél se hobo, y la fama que tenía, y tener los Reyes más afición a la morada y habitación de aquel valle, por ser tal la tierra y ser los Aposentos Reales allí sumptuosísimos y los Reyes al Sol devotísimos, se arguye haber sido este [80] templo mucho más que los pasados o que los más dellos riquísimo y venerabilísimo; sino que los nuestros no curaron de mucho escudriñar estos secretos, como estuviesen tan ocupados en allegar el oro y plata que podían, viniese de donde viniese (48).

Capítulo X

Del sacerdocio y de los ministros de los templos y dioses

Del sacerdocio y ministros de los templos y dioses de los reinos del Perú, no se ha podido colegir su cierta orden, su número y distinción, más de que había Sumo Sacerdote, que llamaban en su lengua Vilaoma, y otros sacerdotes a aquel sujetos e inferiores, y aun esto no se sabe decir en particular; los sacerdotes que había dicen que eran casados. La causa fue, que, como las riquezas que había en aquellos reinos fueron las mayores que juntas se hallaron en todo el mundo, y éstas, por la mayor parte, poseían los templos, y las guardaban y conservaban [81] los sacerdotes, como los nuestros entraron tan de súbito y todo su principal negocio era recoger y no dejar punta de todo aquello que fuese y aun que pareciese oro, y lo primero que los sacerdotes, cuando lo pudieron hacer, procuraron, fue

trasportallo y ponello en cobro; por miedo de que no los atormentasen, desaparecieron, y así se cuasi enterró aquel nombre de sacerdote. Sucedió la eversión y el deshacimiento y anichillación (sic) intempestiva, celérrima y momentánea de toda su república, que los nuestros en más breves días que en ninguna de las otras regiones destas Indias hicieron con sus mismas que entre sí tuvieron discordias; y así, como desapareció tan presto el sacerdocio de la manera que se ha referido, no se ha podido alcanzar en particular la distinción y número de sus individuos y su orden. Podrá también haber concurrido alguna inadvertencia de los religiosos que después supieron las lenguas, los cuales, como preguntaron y escudriñaron muchas otras cosas de la religión, no miraron con preguntar lo que tocaba a esta del sacerdocio (49). Solamente [82] no se ha podido ignorar, por ser cosa más que otra señalada y muy notoria, la orden que en los templos había de las monjas.

Éstas, según que arriba en el cap. 7 se dijo, eran en cada templo muchas, y entre ellas había distinción y orden y gran religión, consagradas todas al Sol; y oficio tenían de sacerdotes, pues ofrecían sacrificio de muchas cosas que por sus manos obraban para el divino culto y servicio, principalmente del Sol y quizá también de otros dioses. Destas, todo su negocio era obrar de sus manos ropa, de lana finísima para el templo, teñida de diversas y muy vivas y graciosas colores. Hacían del más excelente y fino y delicado vino, para ofrecer en sacrificio al Sol, que en la tierra se usaba, porque diversos vinos parece que entrellos se solían beber y usar.

Servían de noche y de día en los templos del Sol con gran cuidado y solicitud, y de creer es que las ceremonias y devociones que ejercitaban debían ser muchas y muy de notar, pues tan religiosos y diligentes y esmerados y curiosos fueron los Reyes Ingas cerca del culto divino, mayormente del Sol. Los cuales, en todo lo que perteneció a toda especie de gobernación, [83] en grande manera (como por mucho de lo que queda dicho y se dirá parecer), sobre muchos Príncipes del mundo se señalaron; y así, no pudo ser si no que fueron muchas y notables las ocupaciones que para el servicio espiritual que en los templos se había de obrar, los Reyes ordenaron. Porque tanto número de vírgenes hijas de Señores, que pasaban muchas veces de docientas, y para el culto divino allí ayuntadas, no habían de estar ociosas ni en obras profanas ocupadas, luego creer debemos que entendían en los sacrificios y tenían muchos ejercicios espirituales.

De tres en tres años se renovaban estas vírgenes desta manera: quel Rey, si estaba presente, o su Gobernador y Virrey, que se llamaba Tocrico [Tucuiricuc], en su ausencia, hacíalas presentar ante sí, y de las que ya estaban en edad de casarse, escogían tres, o cuatro o cinco, las más hermosas y de mayor dignidad, para mujeres del Sol; apartaba otras tres o cuatro, las de mayor hermosura, para sí mismo el Rey, o si estaba ausente, apartábalas el susodicho Tocrico o Gobernador; las demás casábalas con hijos de los Señores, y algunas daba el Rey a grandes Señores, sus vasallos, aunque tuviesen otras mujeres, lo cual ellos tenían por muy gran favor y merced; [84] las que restaban, que no eran de tan buenos linajes, daba licencia a sus padres para que buscasen con quien las quisiesen casar. Casadas todas las que había para casar, mandaba el Señor a los

oficiales que dello tenían cargo, que tornase a hinchir el número de las vírgines que faltaban de diez años arriba, hijas de Señores, para que, como las pasadas, en el templo se criasen y sirviesen de los oficios en que aquellos se habían ejercitado.

Como arriba en el cap. 7 se tocó, guardaban estas monjas Mamaconas en sí, al menos exteriormente, tanta castidad, que se cree no haber habido personas en alguna parte del mundo que más dignamente puedan de esta virtud ser alabadas. Religioso de los nuestros alcanzó a ver y bautizar una destas ya bien vieja y que había sido escogida para mujer del rey Guaynacaba, padre de los Reyes Guascar y Atabaliba, y porque murió el Rey presto, no llegó a su tálamo, y viviendo ella muchos años después, jamás quiso casarse, y así permaneció en su virginidad; al tiempo de cuya muerte, llorándola un Señor hermano suyo, entre otras cosas de que la loaba o causaban lástima, decía: «¡hermana mía, que mueres virgen a cabo de tantos años!» [85]

Y con esto acabamos lo que de los ministros y sacerdotes de los templos y dioses tenían en su religión supersticiosa estas gentes que arriba comentamos.

Capítulo XI

De las pensiones y rentas para sustentación de los sacerdotes y otros ministros de los templos, reparación de sus edificios y gastos del culto

Y porque los templos y sacerdotes y ministros de los dioses, que eran muchos (como parece por lo dicho), hacían muchos gastos, necesaria cosa es dar noticia de qué o de dónde se mantenían y proveían. Para sustentación, pues, de los sacerdotes y otros ministros y para refeción y reparación de los edificios y para los otros gastos ordinarios que en los templos se hacían, había en los reinos del Perú (50) provisiones y réditos propios de los templos y sacerdotes de aquellos reinos; y puesto que no nos conste muy en particular cuántas ni cuáles fueron, podemos, [86] empero, de la gran religión que los Reyes allí tuvieron y devoción a los templos del Sol, y de la señalada prudencia y solicitud que tuvieron en la gobernación conjeturar que no fueron cualesquiera, si no muy grandes, opulentas y copiosas más que en ninguna otra parte, cuanto más que de lo poco que vieron aún los nuestros, de que arriba hemos hecho alguna mención, podemos tener por constante.

Tenían, pues, los templos de los reinos del Perú, mayormente los consagrados al Sol, grandes heredades y en las más fértiles y gruesas tierras para sus trigos o maíz e las otras cosas de comida y cosas que se habían de sacrificar; las cuales, primero que las de los Reyes se mandaban labrar y cultivar, cuyo cargo tenía toda la comunidad de la provincia. Para la cosecha y guarda o encerramiento de los frutos, había grandes trojes y graneros Reales. De estas se mantenían los sacerdotes y ministros del templo y suplíanles otros gastos que se habían de hacer.

Tenían también grandes hatos de ganados, carneros y ovejas de todas especies, como en el cap. 9 se refirió, para los sacrificios que se hacían en honor del Sol y mantenimiento de los sacerdotes y ministros [87] y de las monjas y los demás servidores. Estos ganados eran innumerables en cada

provincia y pueblos, y si se hobieran de vender, fueran de grandísimo valor.

Todas las dichas heredades y ganados, y pastores que los guardaban, tenían título de ser dedicados para servicio del Sol; y así, se llamaban las heredades, los ganados, las dehesas, los hatos, los pastores del Sol.

Más particularidades de lo que está dicho no habemos podido alcanzar; por esta cuasi generalidad desto y de lo demás se podrá mucho entender y juzgar.

Capítulo XII

De los sacrificios, ritos, adoraciones, fiestas religiosas

Réstanos de aquí adelante por referir, para fenecer la materia que traemos entre manos, los sacrificios que las naciones infinitas de los reinos del Perú ofrecían a Dios y a sus dioses. Para comienzo de lo cual, hase de considerar que dos estados tuvieron aquellos reinos principales: uno fue antes que los Reyes Ingas comenzasen a reinar, cuando las gentes dellos vivían más [88] simple y rudamente contentándose con solo natural, sin tanta delicadez de policía como después introdujeron los Reyes Ingas. En este tiempo primero fueron muy religiosos para con sus dioses, los cuales arriba dijimos, hablando dellos, eran los buenos Señores que bien y amorosamente los habían gobernado, y otros, en cuyo error la ignorancia e industria de los malos ángeles los había precipitado. A estos servían con gran vigilancia, y en cuanto ellos podían los agradaban o agradarlos imaginaban mayormente los habitadores de la sierra y los que cerca de la mar moraban. Los primeros, porque los dioses les diesen los frutos de la tierra; y los de la costa, que comúnmente suelen ser pescadores, porque les deparasen buenos lances de pescado y los guardasen de los peligros de la mar; por lo cual tenían sus templos en ciertas isletas. Las ofrendas y sacrificios que les hacían eran de ovejas, de plumas pintadas, de maíz, de vino, y de ropa hecha de lana de muchos colores, y de todas las otras cosas que ellos tenían entonces por preciosas. Nunca se ha entendido que por aquellos tiempos se ofreciesen hombres.

El otro estado y tiempo fue después que comenzaron a señorear y gobernar [89] los Reyes Ingas, los cuales en lo temporal y espiritual fueron muy delicados y muy proveídos en la orden que dieron en su policía. Desde aqueste gobierno destes Reyes Ingas, comenzó la religión, así como todo lo demás, a florecer y afinarse más que en los tiempos antiguos. Fueron, pues, los sacrificios destes tiempos postreros en dos maneras: unos generales, que se ofrecían por toda la república y en su nombre; otros, particulares, que cada persona particular ofrecía por su devoción y según sus necesidades.

Los generales fueron en tres maneras: porque unos eran cuasi diarios y comunes; otros, en ciertos tiempos del año; otros en tiempo de algún infortunio y necesidad de hambre, o enfermedades o semejantes adversidades. Los comunes eran como haciendo gracias a los dioses, principalmente al Sol, por los beneficios rescebidos y que se recibían cada día; y éstos eran de cosas comunes, como de unos animalejos que parecen gazapos de conejos, que en la lengua de la isla Española llamaban

curies (la penúltima sílaba luenga), y sebo de animales, ovejas y carneros, uno o dos dellos. Estos sacrificios se ofrecían en los templos principales del Sol cada día, quemando todas aquellas [90] cosas los sacerdotes que estaban deputedos para ello. También ofrecían de sus vinos en mucha cantidad, y ofrecíanlo desta manera: que tenían en los templos una pileta de piedra muy linda, debajo de la cual había un sumidero, donde lo derramaban y se consumía (51).

Otros sacrificios se ofrecían en ciertos tiempos, unos cada mes al principio que parecía la Luna: estos eran de las mismas cosas, puesto que en mayor cantidad como tres veces más de lo común de cada día. Otros eran más grandes, dos veces en el año (conviene a saber), una cuando hacían sus sementeras, porque fuesen fértiles y prósperas; y otra cuando las cogían, porque se las había dado de Dios o el que ellos pensaban que lo era.

Estos sacrificios eran de las mismas cosas, pero en mucho mayor cantidad y copia, y de otras cosas particulares, como de la yerba coca, que tanto entrellos vale y es preciosa. Ofrecíanles también ropa de lana hecha en vestidos; vestidos de varón si fingían el ídolo ser hombre, y de mujer, si la fingían diosa mujer. [91]

Tenían otros sacrificios generales en los tiempos de gran necesidad, de hambre o mortandad, la cual, si era muy grande, sacrificaban niños y niñas inocentísimas, que no tuviesen pecado alguno; y éstos sin los animales y las otras cosas, porque tales sacrificios eran más que otros copiosos, siempre más o menos, según el infortunio que ocurría era mayor o menor.

Todos estos sacrificios eran de bienes de la comunidad, y para que siempre hobiese provisión, había ovejas en gran número, y otros animales que el Rey había mandado recoger de todo el reino y de las ciudades, dedicados y consagrados a esto de muchos años antes. Daban también de sus ganados para estos sacrificios, por su devoción, muchas personas particulares. Todo lo cual se contaba y se hacía trato o tratos dello, y con aquel título se guardaba y beneficiaba.

Ya dijimos arriba en el cap. 7, donde hablamos de los dioses, cómo en aquellos reinos principalmente se adoraba Conditiviracocha, que tenían ser el Criador del Mundo y Señor dél y de todas las cosas; y que el Sol decían ser el mayor y mejor criado suyo, el cual hacía todo lo que su señor Conditiviracocha le mandaba y que hiciese ordenaba. Y así, todos los sacrificios [92] que hacían, principalmente al Criador y Señor de las cosas Conditiviracocha los enderezaban. A éste, pues, en especial, tenían costumbre de sacrificar cada Luna nueva, cuatro o cinco hombres, mujeres y mancebos, todos vírgines, que no tuviesen alguna mancha de pecado. Estos sacrificaban en dos isletas que había en dos lagunas, la una en el Collao, cuyo templo se llamó Titicaca; la otra laguna es en la provincia de los Carangas (52), Al Sol, que era el principal, criado de Dios Criador, honraban y sacrificaban grandes sacrificios, quemándole ovejas, carneros y sebo, coca y otras cosas muchas, cosas (sic) que se podían quemar; vino (sic) y de lo mejor de sus vinos. Ofrecíanle chaquira, que son unas cuentas muy menudas comí o aljófár muy menudo, y aquella de oro, que es de las más artificiosas y preciosas que ellos hacen y en más estiman. Algunas veces, dicen, que, aunque muy raro, le ofrecían algún hombre. Pero para más dar a entender, porque es digno de oír e nuestros españoles vieron una

fiesta que hacían al Sol, dándole gracias, mayormente por la cosecha de los frutos, será bien aquí referilla. [93]

Había un llano a la salida de la ciudad del Cuzco, hacia donde sale el sol, al cual sacaban en amaneciendo todos los bultos de los Reyes y Señores pasados que estaban en los templos de la ciudad, que eran muchos. Los más dignos y de mayor autoridad ponían debajo de muy ricos toldos hechos de pluma, por muy lindo artificio hermosos y labrados. Desta toldería y de una banda y de otra se formaba una gran calle, que tenía un tiro bueno de herrón de treinta pasos de ancho. Salía el Rey Inga con más de trescientos Señores, todos orejones caballeros de gran nobleza y sangre, a los cuales ninguno se allegaba, por Señor que fuese, si era de otro linaje. Hacían dos coros estos Señores, como procesión, en medio de la calle, tanto a una como a otra parte. El Rey Inga tenía su tienda en un cercado con una silla y escaño de oro muy rico un poco apartado de la hila de los dos coros. Salían todos aquellos caballeros orejones muy ricamente vestidos con mantos, camisetas ricas de argentería y brazaletes y patenas en las cabezas, de oro fino muy relumbrante. El Rey siempre salía más rico que todos. Salidos allí, estaban muy callando esperando que saliese el Sol, el cual, así como comenzaba a salir, comenzaban ellos [94] a entonar con gran orden y concierto un canto, meneando cada uno dellos un pie a manera de compás, como nuestros cantores de canto de órgano. Y como el Sol se iba levantando, ellos entonaban su canto más alto, y al entonar, levantábase el Rey con grande autoridad (53) y poníase en el principio de todos y era el primero que comenzaba el canto, y como decía, decían todos. E ya que había estado un poco en pie, volvíase a su silla y allí estaba negociando y despachando a los que negocios traían; y algunas veces, de rato en rato, íbase a su coro (54), y estaba un poco cantando y volvíase a su silla y negociaba y proveía lo que ocurría ser necesario. Y cuanto el Sol se iba encumbrando hasta el Mediodía, tanto, levantaban ellos las voces; y de Mediodía abajo las iban ellos bajando, teniendo gran cuenta con lo que el Sol caminaba; y así estaban todos cantando desde que el Sol salía hasta que se ponía del todo.

En todo este tiempo se hacían grandes oblacones al Sol. En una parte donde cerca de un árbol estaba un terraplano, [95] estaban unos indios que en un gran huego echaban muchas carnes de ovejas donde las quemaban y consumían en él. En arte mandaba el Rey echar muchas otra ovejas a la gente pobre que allí estaba llegada, que anduviesen a la rebatiña, quien más pudiese haber, cosa que causaba mucha alegría y pasatiempo. A las ocho del día, salían de la ciudad más de docientas mujeres mozas, cada una con su cántaro nuevo grande, que cabía más de arroba y media, llenos de chicha, que es su vino, embarrados, con sus tapaderos, los cuales todos eran todos nuevos y de una misma forma y manera y con un mismo embarramiento. Venían éstas de cinco en cinco con mucha orden y concierto, esperando de trecho en trecho, y ofrecían aquello al Sol y muchos cestos de la yerba coca, que ellos tienen por tan preciosa.

Hacían muchas y diversas cerimonias, que serían largas de contar, y baste decir que, a la tarde, cuando el Sol quería ponerse, mostraban ellos en el canto y en sus meneos gran tristeza por su ausencia enflaqueciendo de industria las voces mucho; e ya cuando del todo desaparecía el Sol de la vista dellos, hacían una grande admiración, y alzadas o puestas las

[96] manos, lo reverenciaban con profundísima humildad. Luego alzaban el aparato puesto para la fiesta, quitándose la toldería o tiendas y cada uno a su casa se iba, llevando las estatuas a sus adoratorios. Todo esto hicieron ocho y nueve días arreo con la misma orden e solemnidad y autoridad quel primero.

Aquellos bultos o estatuas que ponían en los toldos, eran de los Reyes Ingas pasados, Señores de la ciudad y reino del Cuzco; cada uno de los cuales tenía muchos hombres de servicio, que les estaban todo el día mosqueando con unos ventalles de Pluma de cisnes de espejuelos, muy ricos. Ternían también sus mujeres Mamacomas en cada toldo doce y quince, las monjas y beatas que habemos dicho.

Concluidas todas las fiestas, el último día llevaban muchos arados de mano, los cuales antiguamente solían ser de oro, y acabados los oficios, tomaba el Rey un arado y comenzaba a romper y arar la tierra, y lo mismo hacían todos los otros Señores, para que de allí adelante por todos sus reinos hiciesen lo mismo; porque sin que el Rey hiciese esto, ningún hombre había que osase arar la tierra ni tocar en ella, porque tenían por cierto que ningún fruto daría. [97]

Hacíanle otra manera de servicio y honra: que tenían su imagen o figura hecha de bulto de oro toda, con su rostro de hombre, con sus rayos alrededor, como le pintamos nosotros. Esta tenían siempre aposentada en cierta capilla dentro del templo muy rica de oro, la cual sacaban ciertas veces al Sol, porque tenían opinión que le daba virtud el Sol, sacándolo a él. Terníanle también hechas mucha cantidad de mazorcas de mahíz (como arriba dijimos hablando de los templos), todas macizas de finísimo oro, puestas antes que entrasen donde estaba el Sol. -El Sol escondieron los indios que nunca pareció. Dicen los indios que el Inca que esta alzado lo tiene consigo (55). -Ningún indio común osaba pasar por la calle del Sol calzado, ni aunque fuese gran Señor entraba en las casas del Sol con zapatos. Y esto todo cuanto a los sacrificios generales y comunes.

Cuanto a los particulares que cada uno de su voluntad ofrecía sin necesidad y por su devoción o según la ocasión que se le ofrecía, era sacarse los pelos de las cejas y soplábalas hacia el Sol o hacia el templo; echar plumas pintadas; echar coca; [98] quemar sebo y de (sic) los animalejos dichos curíes. Si la persona que ofrecía tenía más caudal, quemaba ovejas; echar vino de lo que ellos tienen por mejor; ofrecer pedacillos de oro y de plata y de cobre, cada uno del metal que puede y así la cantidad.

Lo mismo era de las comunidades, que según cada pueblo y lugar era poderoso, en bienes y riquezas, así más o menos en los sacrificios se esmeraba. Para cumplimiento de lo cual tenían sus ganados y heredades y bienes hechas y contribuidas (sic) por toda la comunidad. Y esto conforma mucho con lo que el Filósofo dice, en el 7.º de la Política, cap. 10, De la ciudad bien ordenada (conviene a saber), que los sacrificios que se han de ofrecer a los dioses por la ciudad, se contribuyan y cojan de todos los vecinos, dando cada uno su parte: *praeterea in sacrificiis cultuque, deorum, sumptus communes esse debeat totius civitatis, etc. Hec Philosophus.*

Todas las veces que comían coca, ofrecían coca al Sol, y si se hallaban junto al fuego, la echaban en él, por manera de adoración o

reverencia, como a criatura de Dios. Cada vez que sobían algún puerto de nieve o frío, en la cumbre tenían un gran montón de piedras como por altar, [99] y en algunas partes puestas allí muchas ensangrentadas saetas, y allí ofrecían de lo que llevaban. Algunos dejaban allí algunos pedazos de plata, otros, de oro, otros, pelos de las pestañas, otros, de las cejas, otros, de algunos cabellos. Tienen por costumbre caminar por allí con gran silencio; porque dicen que si hablan, se enojarán los vientos y echarán mucha nieve y los matarán.

El fundamento sobre que fundaban toda la veneración del Sol, era porque decían que criaba todas las cosas y que les daba madre. Al agua, porque mojaba la tierra, decían que tenía madre, y teníanle hecho cierto bulto. Al fuego, y al maíz y a las otras sementeras decían que tenían madre y a las ovejas y ganados. Del vino, decían que la madre era el vinagre. A la mar decían que tenían madre (sic) y que se llamaba Machimacocha [sic, por Mamacocha]. El oro tenían que eran lágrimas del Sol cuando el Sol lloraba.

Era tanta la religión y ejercicio della que aquellas gentes tenían, que si les nacía un hijo o tenían alguna prosperidad o cosa que les diese placer, o habían de comenzar alguna obra, primero ofrecían sacrificios al Sol, por el beneficio rescebido, dándole gracias copiosas. [100]

Todos los sacrificios dichos que se hacían a los ídolos y cosas inanimadas, aunque iban todos enderezados, como se dijo principalmente a Conditiviracocha, Criador de todo, también los hacían a los cuerpos muertos de los Reyes y de otras notables personas que habían hecho algunos bienes señalados a las repúblicas; para lo cual tenían heredades y hatos de ganados y servicio de hombres y mujeres que las servían, y vasos de plata y oro como lo tenían y eran servidos cuando eran vivos.

Hacían una cerimonia como penitencia cuando se hallaban haber ofendido en algún pecado, y esta era, que se iban al río y se desnudaban y lavaban todo. Creían, como ya es dicho, muchas naciones, que las aguas tenían virtud de quitar o lavar los pecados; y esta errónea opinión creo que tenían y tuvieron todas estas indianas naciones, pues tan frecuentes y espesas veces se lavaban todos, no sólo cuando estaban sanos, pero cuando muy enfermos y como primer remedio y último. Y en ESTA ISLA e islas fue muy ejercitada y frecuentada esta cerimonia y uso. Si sentía el pecador que su pecado era grande, tomaba por penitencia y remedio quemar los vestidos que a la sazón tenía cuando lo cometió. [101]

Ya se dijo arriba, cuando de los sacerdotes y monjas que había en aquellos reinos del Perú, cómo ordinaria y perpetuamente aquellas tenían cargo de hacer y labrar muy rica ropa y alhajas y hacer los vinos y tener provisión y abundancia dellos, todo para los sacrificios y servicio y cultu del Sol.

Y con todo, esto damos fin a la materia de los sacrificios antiguos de las gentes idólatras antiguas y de las modernas, que para que las convirtiésemos enseñándoles la vía de salvación nos las descubrió Dios: ¡gracias a Dios! Creo que por los unos y por los otros ritos y religión tantos y tan innumerables han sido los que hemos recitado, que no puede descubrirse alguna otra nación que por pocos o por muchos diversos y exquisitos que sean los que a sus dioses ofrezca, que no se pueda reducir a alguna especie de los dichos, y lo mismo de la que más concierne a la

religión o superstición. [102]

Capítulo XIII

De la honestidad y recato en la práctica de sus ritos y ceremonias religiosas

Lo postrero que resta para cerrar esta principal y quinta parte de la bien proveída y ordenada república que el Filósofo dice (conviene a saber), del sacerdocio y sacrificios, es contejar (sic) la religión de los reinos del Perú a las otras gentes antiguas; de lo cual, placiendo a Dios, pronto nos expediremos, porque, aunque fueron muy religiosos y devotos, tuvieron menos ceremonias, y no muchos sacrificios, ni de muchas especies de cosas de que los formaban, ni aun tanto número y diversidad de dioses, como las gentes de la nueva España; y en todo esto dellas fueron los del Perú sobrepujados.

Fueron en su religión y culto, principalmente del Sol, muy solícitos y diligentes, temerosos, humildes, modestos y devotos; fueron lo mismo discretos, prudentes y honestísimos sobre todo. No se hallará que en sus fiestas y sacrificios, ni ceremonias, ni en cosa que tocase a su religión interviniese cosa deshonesto ni desordenada, ni de burlerías y gasajos, sino [103] todo bien ordenado y razonable, con mucho seso y reposo, gravedad y auctoridad y atención y duración dispuesto y celebrado, etc., etc. (56)

Capítulo XIV

Del nombre Perú y de cómo se gobernaban las gentes de él en los tiempos primeros de su gentilidad

Queriendo comenzar la relación de la gobernación que las gentes del Perú tenían en tiempo de su infidelidad, y en que las hallaron nuestros primeros españoles que allí entraron, será bien primero acordarnos de lo que queda escrito en los capítulos precedentes de los edificios, de los templos, de la religión, de los dioses y de los sacrificios y de la gente de guerra y de otras muchas cosas que quedan explanadas y otras tocadas, que no podían introducirse y usarse y conservarse sin grande prudencia y [104] sabiduría natural de los gobernantes, y de los gobernados también, y digna de ser a otras muchas naciones puesta por dechado y ejemplo de bien y de muy ordenadas y suficientísimas repúblicas; lo cual, en la memoria reducido, sin que más dello tratásemos, podría y debería bastar sin duda, para que todo el mundo tuviese a aquellas gentes por capacísimas y ordenatísimas y ejercitadas muy mucho en los actos del bueno y sutil juicio de razón, y florecer en todas las tres especies de prudencia monástica, económica y política, de que arriba en el capítulo 42 y siguientes (57) a la larga queda escrito. Pero todavía más en particular y copiosamente quiero referir la perfección y suficiencia de sus repúblicas, cuanto a la Real y única gobernación, según que ya es público, no sólo a religiosos, que son los que más desas cosas de los indios antiguos por trabajar de saber las lenguas, para las predicar, penetran y alcanzan,

pero a los mismos seglares que a aquellos reinos han pasado: y dellos tengo también por escrito mucho de lo que aquí diré, que me han dado.

Es, pues, de saber, para principio desta [105] nuestra relación, que este vocablo o nombre Perú, por el cual los españoles llaman y significan todos aquellos reinos, no es nombre que los indios jamás conocieron, sino que, porque la primera villa que poblaron y llamaron Sant Miguel, fue poblada en un valle que los indios llamaban Piura, la última luegua (sic, por luenga) (58), de allí se originó nombrar los españoles todas aquellas grandes tierras y reinos Perú. Y las tierras y reinos que los nuestros por el Perú, son todo lo que se comprende desde la provincia de Quito, donde fundaron una villa que dijeron de Sant Francisco y que parte límites y términos con la provincia que dijimos de Pasto, hasta la villa de la Plata con los suyos. Esta distancia, de largo, será de más de setecientas leguas, y de ancho terná, por lo más, ciento y diez o ciento y quince leguas, y por lo menos, más de cincuenta. Esto es lo que llaman nuestros españoles Perú. Y pues hablamos de nombres, digamos aquí cómo aquellas gentes no sólo habían puesto nombres a cada provincia, pero a cada pueblo, y no solamente a cada pueblo, mas aun a cada [106] cerro y valle y rincón de toda la tierra, que aun no es mal indicio de tener buena policía.

Y cuanto a la especie de su gobernación, es de saber que siempre fue desde su principio Real y de uno, que es la más noble y más natural, como muchas veces arriba se ha dicho; y esta tuvo dos estados, o se hobo de dos maneras. El uno fue a los principios, que duró, según se ha podido examinar por nuestros religiosos, hasta quinientos o seiscientos años. Todo este tiempo se gobernaron aquellas naciones por Reyes o Señores, y estos eran como parientes mayores y padres de familias, de quien se puede conjeturar que habían todos aquellos procedido; cuya jurisdicción y poderío no excedía los términos de cada pueblo; y estos pueblos unos eran mayores y otros menores. Teníanles todos gran reverencia y obediencia, y ellos los tractaban y amaban como a hijos. Tenían gran rigor en que unos a otros no hiciesen agravios e injusticias, y señaladamente castigaban el hurto y fuerza de mujeres y adulterio. Y esta gobernación es naturalísima como trae Aristóteles cuasi al Principio de su Política, de la cual queda en los capítulos de arriba hecha larga mención. [107]

Destos Señores y Reyes pequeños (que pluguiera a Dios así fueran hoy los de todo el mundo), cada uno tenía su manera de gobierno en su pueblo, según que mejor le parecía convenía al bien público de su Comunidad; y así cada uno abundaba en su sentido, según dice cierto decreto de las provincias (59). Tenía cada pueblo su policía; tenían sus comercios y contractaciones, comutando unas cosas con otras; tenían sus leyes particulares y costumbres; su peso y medida y cuenta en todo, y lengua particular, por la cual entre sí comunicando se entendían. Tenían poca contratación con otros pueblos y provincias, si no eran estos muy propincuos. Vivían a los principios muy pacíficos pueblos con pueblos, contentos cada uno con lo que tenía; después hobo entre unos pueblos y otros algunas guerras y discordias (porque los hombres, desde la primera quel Demonio tuvo con nosotros, por simples y buenos de su naturaleza que sean, siendo muchos y se multiplican [do]? mucho, no se pueden evadir que algunas veces no rifen), principalmente sobre aguas y tierras y términos dellas. De donde vino que hacían sus pueblos en los cerros más altos y en

[108] peñas, donde subían los mantenimientos y bebida con harto trabajo; y tenían sus fortalezas muy fuertes de cantería para su defensa, como queda tocado arriba.

Las armas suyas principales eran hondas; no tenían flechas ni arcos, más de unas como rodelas para se defender de las piedras. Esto era en las gentes de las sierras; pero en los llanos que llamaban yungas peleaban algunos con flechas sin yerba; en otras partes con dardos hechos de unas cañahejas, y en lugar de caxquillos, puntas de palmas o de güeso, y tirábanlos con amiento, los cuales eran en tirallos muy diestros y certeros. Por aquellos llanos o valles hacían los Señores sus casas en cerros, y si no les había, con amontonar mucha tierra los componían por artificio.

Toda la tierra que decimos ser comprendida en lo que llaman el Perú, nunca se supo qué fuese comer carne humana, sino fue un pedacillo de tierra, en la entrada, hacia Panamá (60). En toda la cual, [109] eso mismo tuvieron siempre por abominable el vicio nefando de contra natura, excepto en alguna parte de la costa de la mar, como se dice de Puerto Viejo, que algunos y no todos cometían el tal vicio; pero no por eso se dejaba entre ellos de tener por cosa vilísima. En las montañas, algunos andaban desnudos; en todo lo demás de toda la tierra, todos andaban vestidos.

La costumbre y ley que tenían de suceder en los estados y Señoríos, era: que cuando el Señor se vía viejo, y cercano por naturaleza o por enfermedad a la muerte, ponía los ojos en el hijo que para la gobernación del pueblo y bien de los súbditos le parecía; y sino tenía hijo que fuese ya hombre y para regir dispuesto, consideraba un hermano suyo o otro pariente, el más cercano, si de hermano carecía; y finalmente, si no tenía pariente, nombraba otra persona, que, consideradas muchas, escogía, que tuviese [110] prudencia para regir o procurar la utilidad del pueblo y a él fuese agradecido. Éste, así, dentro de sí, elegido y por tal cognoscido, encomendábale para proballo cosas del gobierno. Enviábalo con negocios y para que mandase poner en ejecución algunos mandamientos suyos en el pueblo; lo uno para quel pueblo cognosciese que aquel había [de ser] el sucesor en el Señorío, y ser su Rey e Señor, y comenzasen a tratar con él y a cobralle amor; lo otro, para que él se ejercitase y entendiese la práctica de los negocios y la gente, y cobrase buena opinión entre ellos, haciendo algunos buenos actos de gobernación, y así, se enseñase a mandar y gobernar, teniendo aún el Señor vivo, que le corregiría y enmendaría lo que errase. Esta era infalible regla y costumbre allí, e aún en todas las Indias, según lo que tenemos entendido: nunca encargar la gobernación a muchachos, aunque fuesen sus propios hijos. Tampoco cometían gobernación a quien no supiera bien gobernar y tuviese autoridad con el pueblo. Finalmente, la sucesión de los Señoríos en aquellos tiempos, era por elección del Señor de aquella persona que mayor probabilidad y concepto se tenía que había de gobernar bien y a provecho de la [111] república, y no por herencia, puesto que, si se hallaba hijo o pariente cercano del Señor, si era tal aquél era preferido a los demás. Créese haber sido la razón, parte el amor natural que los hombres a los hijos y a los que más les toca [tienen]; parte, porque parece que cuanto la persona fuese más conjunta al Señor pasado, el pueblo le tendrá mayor respecto, reverencia y amor. En algunas provincias de los yungas que se llaman tallanas, y algunos de los

guacauilcas [sic, por huancavilcas] ciertas naciones tenían costumbre que no heredaban varones, sino mujeres; y la Señora se llamaba capullana (61). Los yungas son las gentes de Los Llanos. [112]

Capítulo XV

En el cual se prosiguen la gobernación antigua y costumbres de las gentes del Perú, (conviene a saber), la diligencia que tenían en cultivar la tierra, de las acequias, de los tributos que daban en aquel tiempo primero a los Señores, de los casamientos, de las sepulturas y muchas cerimonias en ellas notables

(62)

Tenían estas gentes gran policía y cuidado en la labor y cultura de las heredades, que allá llaman chacaras, en todo género de comida. Labrabanlas y cultivabanlas mucho bien. Tenían lo mismo gran policía por la industria que ponían en sacar las aguas de los ríos para las tierras de regadíos, primero por acequias principales que sacaban por los cerros y sierras con admirable artificio, que parece imposible venir por las quebradas y alturas por donde venía. Comenzabanlas de tres y cuatro leguas y más de donde sacaban el agua. Después, [113] de aquellas acequias grandes sacaban otras pequeñas para regar las heredades, y en esto tenían muy delicada y maravillosa orden, y en repartir el agua para que todos gozasen della, que una gota no se les perdía.

Los tributos que por aquellos tiempos daban a los Señores, estos eran, (conviene a saber): que se juntaba todo el pueblo a edificarles sus casas y hacerles sus sementeras y beneficiárseles en sus tiempos, y hacían de común todas las otras cosas públicas; y así eran muy pocos y muy livianos los tributos que daban los pueblos a los Reyes y Señores. Hacíanles algunos servicios de algunas cosas menudas de comer, como fructas y otras semejantes. Cuando la comunidad se juntaba a hacer cosas que pertenecían al servicio y utilidad del Señor o de la república, el Señor los mantenía.

Guardaban grande orden cerca de sus casamientos. Ninguno se casaba con su hermana, ni con su prima hermana, ni con su tía, ni con su sobrina, hija de su hermano o hermana de su padre. Teníase tal abuso por gran delito, porque no solamente llamaban hermanas, ni madres ni hijos, a los que verdaderamente lo eran, pero a los primos hermanos llamaban [114] hermanos y a los tíos padres y a los sobrinos hijos. Casábanse siempre con sus iguales: los Señores con Señoras y los plebeyos con las plebeyas. La edad de que se casaban era desde llegaban y subían de veinte años. Cuando se casaban los Señores que tenían licencia de tener muchas mujeres, con la mujer que recibían por principal, que siempre tenían entre las demás una dellas por tal, obraban ciertas cerimonias más que con las otras en señal de que había de ser la principal; y destas eran comer y beber y hacer ciertos bailes y danzas y otras alegrías más que en las otras esmeradas. Cuando había entre ambos, marido y mujer, igualdad o mayoría de parte de la mujer, siempre el varón daba a los padres de la mujer algunos dones, como eran cantidad de ovejas, carneros, vasos de plata, ciertas sillas o asientos de los en que se solían asentar (63), y algunas veces alguna

mujer. Todo esto daban en reconocimiento del beneficio que por dalle su hija rescibían, y en señal de la confirmación de la perpetua confederación, deudo y amistad que por el tal casamiento entrellos se contraía. También para que la misma mujer [115] cognosciese que tenía mayor obligación a amar y servir a su marido, por el servicio que por aquello se hacía a sus padres. Y puesto que, como es dicho, se hacían algunas cerimonias para hacer diferencia de la mujer que se admitía por principal, pero de tal manera tomaban aquella una, que se casaban también con otras más o menos cuanto al número, conforme a la cualidad y posibilidad del que se casaba, no derogando a la que se admitía por principal; y esta era comúnmente la que era de más noble generación y más ilustre linaje; y si acaecía ser algunas iguales o cuasi iguales, aquella lo era que servía a su marido mejor o era dotada de algunas gracias naturales, como de mayor hermosura y disposición, o más alegre y afable, o tejía más rica ropa, o guisaba mejor de comer para su marido, y así en lo demás. Por manera, que siempre había de ser una principal, y esta tenía cargo y cuidado de la guarda de las obras y mandarles lo que habían de hacer, y con esta tenía el marido más frecuente comunicación en lo público y secreto, porque con las demás se había más como con criadas que como con mujeres iguales. Y así, los hijos de aquella principal eran más favorecidos y en todo mejorados; y si alguno [116] dellos salía tal que merecía suceder en el Estado y Señorío, era preferido en él a los demás. La gente común y vulgar comúnmente no tenía más de una; tratábanse ambos como hermanos en las obras y amor, y así se llamaban entre sí hermanos.

En las gentes de las sierras, el oficio de los varones comúnmente era entender en las cosas del campo, como en las sementeras y heredades, y cazas y pesquerías y otras semejantes; y el de las mujeres en criar sus hijos, hilar y tejer y hacer ropa para sí o sus maridos y familia, guardar y curar y administrar las cosas domésticas y de por casa. Iban también con los maridos a los ayudar en las labranzas, cuando había necesidad. En algunas provincias o pueblos particulares, aunque raro, tenían costumbre contraria; porque las mujeres salían a ejercitar las obras del campo, como las labranzas, y los maridos se quedaban en casa hilando y tejendo y haciendo lo demás. Y aunque parece costumbre irracional, pero bien hay quien los excuse della, pues hobo algunas naciones que primero la usaron, y aun las de España, según queda declarado atrás. Y aquello era sólo en algunas partes de los serranos: en las gentes de Los Llanos, que [117] llaman yungas, nunca la mujer se ocupaba en las cosas del campo, sino en las de casa; los maridos en las cosas que requirían salir fuera, como queda declarado.

No tenían moneda alguna para contratar, sino sólo aquello que al principio enseña la razón natural, que se llama y es el derecho de las gentes, (conviene a saber): comutar unas cosas por otras, como, ropa por comida, carne por pan, frutas por pescado, y así en las demás de que unas personas carecían y otras abundaban. En aquellos tiempos vivían muy templadamente cuanto al comer y beber y el apetito de mandar y señorear. Contentábanse con lo que había en su tierra y pueblo. No hacían pan de mahyz, sino que lo comían tostado y cocido, excepto en la provincia de Puerto Viejo, que hacían pan dello. Era gente muy partida y que comunicaba y partía con los demás cuanto comían, como si fueran ejercitados en obras

de verdadera caridad. Y esto es en tanto grado y en todas las Indias común y general (de lo cual en otras gentes podríamos dar verdadero testimonio, por lo haber visto muchas veces), que, si están comiendo, por poco que sea lo que tienen, y llegan otros, aunque sean muchos [118], todo lo reparten y todos han dello de gustar y aunque no sea lo que uno cupiere sino tanto como una uña, y porque lo resciba, si no quisiese, lo han de forzar.

Era grande el cuidado que tenían cerca de sus entierros y sepolturas y difuntos, en lo cual eran en gran manera religiosos, celando y guardando los cuerpos de sus difuntos. Los yungas, que son las gentes de Los Llanos hacían sus sepolturas grandes y güecas en los campos y arenales, debajo del arena, donde los enterraban. Éstas eran de forma de una alberca cuadrada de quince o veinte és de cuadra y honda de dos estados, unas mayores y otras menores, según era la cualidad de la persona que se había de sepultar. En cada pared de las cuatro, por la parte de adentro, hacían una bóveda donde cupiesen cuatro o cinco personas, tan alta como un hombre, con una puerta pequeñita y angosta. Dentro de aquella bóveda entierran al Señor con algunas personas que él más amaba y con algunos servidores que le iban a servir allá, no tantas como de algunos de la Nueva España. Entierranlas alrededor dél y allí todas sus joyas y vasos y piedras preciosas, y tornan luego a cerrar la portezuela [119] con barro y piedra o adobes, que parece no haber allí nada. Hacen lo mismo a las otras tres partes o bóvedas, que son para en que los hijos y nietos se han de sepultar. Después hinchén de arena todo el hoyo, que dijimos ser como alberca cuadrada, hasta con el otro suelo la emparejar. Otras veces la ciegan de arena hasta el medio, por no tener quizá tanto trabajo. La gente común hace sus sepolturas mayores o menores, según la calidad de cada uno, pero todos se entierran en hueco y cubiertos con maderos y barro y como tienen la posibilidad.

Sepúltanlos a todos envueltos en muchas mantas, cada uno según tiene el caudal, cubiertos los rostros, calzados los pies, y los hombres con sus paños menores. Lávanlos primero que los envuelvan en las mantas. Entierran con los hombres los instrumentos con que la tierra o las otras cosas de sus oficios labraban; con las mujeres las ruecas y husos y los telares y aspas con que tejían y devanaban. Poníanles comida y bebida para tres o cuatro días, guisada, y en ellos no cerraban las sepolturas, parece que creyendo que habían menester comer aquel tiempo que debía de durar el camino que llevaban. Poníanlos echados, el rostro hacia [120] arriba, y atábanles con unas cuerdas recias los muslos y los brazos junto al pecho, como nosotros, e cruzados.

De la misma manera que los servían en la vida era servido después de muerto de sus familiares, (conviene a saber), poniendo delante la sepultura comida y bebida, donde la quemaban; desta traían mucha todos los que lo venían en su muerte a honrar. Renovábanle la ropa, y del ganado que poseía cuando vivo, le señalaban cierta parte, que también le quemaban. Finalmente, en muchas cosas le servían después [de] muerto, como en la vida servirle acostumbaban, creyendo que su ánima vivía en otro mundo, aunque de la presente faltaba. Teníanle gran reverencia, veneración y amor y temor, lo cual, después de muchos tiempos, yendo creciendo, llegaba y se convertía en idolatría; porque muchas veces acaecía que, habiendo sido algunos Señores buenos y para sus pueblos provechosos y dellos muy amados,

acaecía (sic) que, andando el tiempo, crecía tanto el amor y veneración, que por dioses los reputaban, y con sus ofrendas y sacrificios y plegarias ocurrían a ellos en sus necesidades, como a tales. Y este discurso al principio llevó en el mundo poco a poco, cuando se introdujo [121] estimar los hombres ser dioses, la idolatría, como parece por el Libro de la Sabiduría, cap. 14, donde se asignan della algunas causas; y aunque los errores destas gentes, haciendo de hombres dioses, los movían a ofrecerles dones y sacrificios, y a los ídolos ropa, maíz, vino, plumas, ovejas, oro y plata y otras cosas preciosas suyas; pero, que en los tiempos antiguos, que ofreciesen hombres, nunca se ha entendido ni sospechado.

Después de sepultado el cuerpo volvíanse todos los que a las obsequias habían venido a la casa del difunto, y allí comían y bebían lo que habían traído y ofrecido los parientes y amigos antes, y si era Señor o persona principal, juntábase todo el pueblo y también pueblos comarcanos y hacíase gran limosna a los pobres que concurrían, dándoles de comer y de beber y también de vestir, al menos a algunos. A la comida estaba presente la silla o asiento en que se solía el Señor asentar, y si el Rey o Señor principal era el difunto, había un bulto en el mismo asiento, y si no, estaba la ropa de su vestir. Poníanle también delante la comida que si él fuera vivo había de comer. Los yentes y vinientes que entraban y salían, hacían grande acatamiento al mismo [122] asiento, como si allí estuviera viva la persona real. Tenía cuidado de todo este oficio funeral y que se cumpla y ordene todo y no falte alguna de las cerimonias, y de cómo y dónde se ha de abrir la sepultura y de lo que en ella con el difunto se había de sepultar, el que sucedía en el estado, y él era solo el que los ojos le cerraba de la manera que arriba dijimos que en tiempo de Santa Lucía se acostumbraba por los romanos; lo que no habemos dicho tampoco entre aquestas gentes visto, ni oído ni hallado (64). Este lo amortajaba y hacía todas las otras cosas principales que hacerse convenía por su persona, y otras que en su presencia se hiciesen mandaba.

Llorábanlo cinco y seis días y aun diez, y si era el Señor, concurría todo el pueblo a llorallo. Había mujeres que tenían el oficio de endechaderas, como dejimos arriba que las tenían los varones ilustres de Roma (65). Éstas lloran por todos y cuentan las perfecciones y virtudes del difunto y el bien que hizo al pueblo, la [123] falta que por su muerte al bien público y casa y deudos hace llorando y cantando, a la cual responde otro gran número de gente, también llorando, al propio de lo que las endechaderas y endechaderos cantan esto estando el cuerpo del difunto puesto en una plaza o patio antes de sepultado; andan en rededor dél, y en algunas partes traen los lloradores bordones en las manos, al cuerpo ceñidas las mantas. Hay otros que tallen dolorosamente flautas. Después que aquellos están cansados, asiéntanse y levántanse a llorar y hacen otro tanto. Así le lloran de noche y de día hasta que acuerdan de lo sepultar. Pónenle cada día ropa y vestidos nuevos sobre los que tiene, sin quitalle nada. Así mismo le sirven de comida fresca, quemándosela delante. Está la cabecera la principal mujer en amor y la madre, si la tiene, y la segunda mujer a los pies; las demás llorando bajo al rededor. De cuando en cuando todos los llorantes levantaban un ahullido muy alto y doloroso que causaba espanto. De las ovejas que para la comida mataban, las asaduras tenían puestas en unos palos colgadas delante del cuerpo todo el tiempo que no lo

sepultaban, las cuales miraban de [124] rato en rato los sacerdotes y adivinos o hechiceros, y según de la color que se paraban, mayormente los livianos decían el estado en que el difunto en la otra vida estaba.

Encima de las sepolturas edificaban ciertas paredes y casas sin cubierta del mismo tamaño, y allí echaban la comida ordinaria y quemaban ovejas y sebo y conejos y otras cosas, como por sufragios que, según creían se consolaban las ánimas. Sus mujeres andábanlos llorando por las heredades y por los otros lugares donde más ellos conversaban, y en algunas partes traían bordones en las manos. Por luto se tresquilan las mujeres y traen un paño grande sobre la cabeza y guardan el luto por lo menos un año; y muchas traen luto toda la vida.

De diversa manera se habían las gentes de la Sierra en hacer las sepolturas y en los entierros y cerimonias, porque en algunas provincias dellas hacían por sepolturas unas torres altas. Eran güecas en lo bajo dellas, obra de un estado en alto; lo demás todo era macizo, que, o era lleno de tierra o de piedra y canto labrado, y todas muy blanqueadas. En unas partes las hacían redondas y en otras cuadradas muy altas y juntas unas con otras y en el [125] campo. Algunas hacían en cerrillos, media o una legua del pueblo desviadas, que parecían otro pueblo muy poblado, y cada uno tenía la sepultura de su abolorio y linaje. Metían los cuerpos en unos cueros de ovejas, cerrados por de fuera, señalados los ojos y narices; vístenles sus ropas; tienen el rostro descubierto de la ropa, aunque cubierto con el pellejo de la oveja. Ponen los cuerpos asentados; las puertas de las sepolturas todas al Oriente; ciérranlas con piedra y barro por espacio de un año; ya que los cuerpos están secos, luego abren las puertas dellas; y en algunos lugares, donde los vivos duermen y comen, ponen y tienen los cuerpos de sus difuntos. No hay mal olor, porque, allende que los meten dentro de aquellos cueros y les cosen muy junto y recio, con el mismo frío que siempre allí hace, tórnanse los cuerpos como carne momia. Los Señores ponían sus cuerpos en una pieza grande y principal de su casa, y en ella las joyas y vasos de su servicio y vestidos que se vestía y plumajes con que hacía sus fiestas; y el mismo servicio que se le hacía y tenía siendo vivo, se le hacía y tenía después de muerto; porque se le hacía su sementera de mahyz y de las de más comidas, y su vino y guisados de [126] manjares, y poniánsele delante como si estuviera vivo. De allí se repartía entre sus criados y los que le servían como él lo solía hacer cuando vivía. Las fiestas que él celebraba y bailes y danzas viviendo, se le hacen y festejan después de muerto, y traen su cuerpo en unas andas por la plaza y por las heredades más principales por donde solía él andar. Esto era cuando eran muy grandes Señores y habían sido buenos para sus repúblicas; y todo lo proporcionaban más o menos, según la grandeza del estado y dignidad del Señor era mayor o menor.

Tenían en gran reverencia y usaban y guardaban exactísima religión con sus difuntos y sepolturas y entierros, y ninguna injuria se les podía cometer ni que más sintiesen, que tocarles a sus difuntos y violalles sus sepolturas. Y cerca desta materia dicen nuestros religiosos que habría muchas cosas notables que decir, si el tiempo diera lugar. Pero las dichas sobran para entender a cuantas naciones de las arriba recitadas hicieron ventaja en este tan señalado indicio y obra de razón (conviene a saber),

en tener tan notable cuidado y solicitud de las sepolturas, entierros y obsequias y honra de sus difuntos; y no sólo a las naciones que fueron [127] en esto tan negligentes y cuasi bestiales, pero a muchas de las que cerca dellos fueron solícitas y cuidosas y bien racionales; y también no poca hicieron en algunas particularidades a las de las (sic) Nueva España, como podrán ver los que las cosas referidas de los unos y de los otros leyeren y consideraren.

Capítulo XVI

De la gobernación de los Ingas, su origen, y sucesión hasta Pachacútec
Todo lo que dicho queda en estos dos capítulos precedentes, pertenece al primero y más antiguo estado y gobierno de Reyes que en aquellos reinos del Perú antiguamente hobo; de aquí adelante converná decirse lo que tocara al segundo que sucedió a aquél después de buenos quinientos o seiscientos años. En este segundo estado se cuenta todo el tiempo que reinaron los Reyes llamados Ingas, cuyo imperio y Señorío Real duró hasta que llegaron nuestros españoles cristianos. No he oído qué tiempo duraría este imperio ni cuantos años. Según nuestros religiosos expertos en la lengua de aquellas gentes han podido con diligencia [128] inquirir y escudriñar las antigüedades de aquellos tiempos de los más viejos y más sabios a quien vino la noticia por relación de otros y por sus romances y cantares de mano en mano, porque carecían de historia escrita como todas las demás destas Indias, lo que más semejanza tiene de verdad, no curando de lo que algunos escriben, que, no teniendo ni sabiendo la lengua, hobieron lo que dijeron truncada y confusamente y a pedazos, y por consiguiente no se pudo sino en algo y mucho errar, es, sacado en limpio, lo que aquí parecerá (66).

Para dar noticia del origen de los Reyes Ingas, primero quiero referir una fábula que cuentan los indios, que parte puede contener de fábula y el fundamento pudo ser historia, como harto de esta mezcla hobo entre las gentes antiguas.

Junto con la ciudad del Cuzco, cuatro leguas, está un pueblo muy antiguo, llamado Pacaritango (67), donde hay ciertas cuevas antiguas, en las cuales dicen los indios que habitaban tres hermanos con otras tres hermanas suyas y mujeres; los [129] cuales dicen que los crió allí Dios. Llamábase el mayor dellos Ayarudio, el segundo Ayarancha, el tercero Ayarmango (68); la mujer del primero Mamaragua, la del segundo Mamacora, la del tercero Mamaoclo. La conversación dellos con ellas no era como de marido y mujer, sino solo como de hermanos y hermanas. Salidos de las cuevas los tres hermanos con sus mujeres y hermanas, para poblar en el valle donde después fue la ciudad del Cuzco edificada y hoy está en el medio del camino, a las dos leguas está un cerro llamado Guaynacauri (69), donde los dos primeros hermanos con sus mujeres desaparecieron y nunca después se supo qué se hobiesen hecho; por lo cual tuvieron opinión, y dura hasta hoy que se subieron al Cielo. De la manera que los romanos tuvieron que de Rómulo fue lo mismo. Y hobo entrellos persona de grande autoridad que afirmó haberle visto él por sus ojos subir con juramento; y otras opiniones vanas tuvieron los gentiles desta manera, según que arriba

queda escrito (70) [130]. Provino de allí, que aquellas gentes tuvieron en gran reverencia el dicho cerro, en el cual edificaron un solemnísimo templo, del cual hasta hoy duran los edificios.

El tercero hermano menor, llamado Ayarmango, con su mujer y hermana Mamacillo (sic), dicen que vino al Cuzco, que estaba ya poblado de alguna gente, y allí moró con ellos mansa y pacíficamente. Los del pueblo le cobraron mucho amor, por verle persona quieta y prudente. Edificó sus casas en el asiento donde, muerto él y pasando mucho tiempo, se constituyó aquel riquísimo y admirable templo del Cuzco, de que ya grande mención arriba hecimos (71). Pudo ser que aquellos le elijesen por Señor y de allí los yngas tener origen, y así fundarse la fábula sobre alguna parte de historia. Pero lo que parece a los religiosos que con diligencia tuvieron muchas pláticas de propósito sobre esto con viejos y diversas veces, y examinaron y coligieron lo que más verisímile y conforme a razón y a verdadera historia [131] era, es esto: que debió de vivir algún señor o persona principal en el susodicho pueblo llamado Pacaritango, que tuvo los tres hijos y hijas, las cuales quizá no fueron hijas sino mujeres de los hijos, y muerto él y oyendo ellos la fama de la fertilidad y buena tierra del valle del Cuzco, que distaba de allí (como se dijo) cuatro leguas, se quisieron venir con sus mujeres, que por la simplicidad de aquel tiempo llamaban hermanas (como Abraham llamó hermana a Sarra, su mujer, y con sus familias a vivir a él; y en el camino, llegando al cerro dicho de Guaynacauri (sic), los dos hermanos mayores con sus mujeres o se murieron, o se apartaron (lo que es más verosímile según aquellos tiempos) a poblar en otra tierra o provincia; y con el poco tracto y comunicación que tenían entonces unos pueblos con otros, no se supo más dellos; de donde pudo salir la fábula y ficción que se habían subido al Cielo.

Venido, pues, Ayarmango al Cuzco, rescibiéronlo con buena voluntad y diéronle lugar donde hiciese su casa y tierra para su heredad o heredades; después, viendo su buena y pacífica conversación y cordura, y que parecía ser hombre justo y de buena gobernación, acordaron de [132] elegille por Rey y Señor de común y uniforme consentimiento. Tuvo en su mujer un hijo llamado Cinchiroca Inga, el cual sucedió al padre en la casa y señorío. Tuvo éste por mujer una Señora que llamaron Mamacoca, natural e hija de un Señor de un pueblo media legua del Cuzco. En esta hobo un hijo llamado Lluchiyupangi (72). Este fue tercero inga; el cual casó con otra Señora que tenía por nombre Mamacaguapata, hija de un Señor de un pueblo nombrado Omas, tres leguas del Cuzco. Este tuvo un hijo en su mujer, que dijeron Indimaythacápac, que fue el cuarto inga; el cual tomó por mujer una señora dicha Mamadiancha (73), hija de un Señor, de un Señor (sic) de un pueblo que se llamaba Sañe (74), una legua del Cuzco. Este Indimaythacápac era ya Señor de aquellos pueblos de donde eran las mujeres de su padre y agüelo y suya. [133] Éste tuvo entre otros un hijo que nombró Capacyupangi (sic), el cual, muerto su padre, sucedió en el Señorío y casó con una Señora hija del Señor del pueblo Ayarmacha (75) cerca del Cuzco; llamábase la señora Indichigia; fue aqueste quinto inga. Hobo aqueste Capacyupangi un hijo en su mujer y que tuvo nombre Ingarocainga, que sucedió en el estado a su padre; casó con una Señora hija del Señor del pueblo Guayllaca, en el valle de Yucay, llamada Mamamicay; el cual fue sexto inga. Tuvo un hijo en ella que se llamó Yaguarguacacingayupangi, el cual sucediendo en el

Señorío y siendo el séptimo inga y tomando por mujer una Señora llamada Mamachiguia, hija del señor del pueblo Ayarmacha cerca del Cuzco, tuvo en ella un hijo que nombró Viracochainga, que sucedió al padre en el Señorío; casó con una Señora llamada Miamaruntocaya (76), hija del Señor del pueblo de Antha en el valle de Jachijaguana (77) cuatro leguas del Cuzco. Éste fue señaladamente muy bien querido de los suyos, y de quien sonaba la fama por los [134] otros pueblos; de donde, un cierto Señor, llamado Pinagua, del pueblo de Mohina cinco leguas del Cuzco, por pura envidia movido, juntó consigo cuatro Señores otros comarcanos y vino a darme guerra; la cual le dieron cerca del pueblo dicho Mohina cabe una laguna grande que allí había; el cual salió vencedor, sujetando al envidioso Pinagua y a los que trujo en su ayuda; de donde quedó por Señor de toda aquella provincia. Dicen los indios que los venció por haber sido provocado y acometido sin razón y justicia. Este fue octavo inga; tuvo hijo en su mujer que llamó Pachacutiingayupangi (78), el cual fue Señor después dél. En cuyo tiempo ya el nombre de los ingas era muy afamado y estimado por muchas provincias y habíase multiplicado en mucha gente su Señorío, así por los muchos años que habían reinado, como porque, como tenían muchas mujeres, tenían muchos hijos, y así crecieron en gran número. Éste tuvo muchos hermanos, entre los cuales fueron tres dellos muy valerosos. Casó con una hija del Señor de un pueblo llamado Chuco, cerca del Cuzco, llamada [135] Mamahanaguarqui. Fue muy gran Señor, creó cuasi todo lo que hoy llamamos Perú. Creció su Señorío para ser tan grande, por esta manera:

Hay una provincia principal, treinta leguas del Cuzco, que se llama Andaguaylas, de la cual eran Señores dos hombres muy esforzados y de grande autoridad, hermanos; el uno se llamaba Guamanguaraca, y el otro Atcosguaraca (79). Estos, o con causa justa o con injusticia, tuvieron muchas guerras con otras gentes comarcanas, y ganáronles, subjectándolos, sus tierras y provincias y otras más desviadas de las suyas, y llegaron hasta la provincia que agora se llama de Condesuyo, cosa muy principal y de mucha gente y poblaciones, y pasaron más adelante a la de Collasuyo, más grande y de más gentes y poder. Finalmente, viéndose tan poderosos, no se contentaron con señorear todo lo que está dicho, pero pretendieron ampliar más su estado y subjectar y señorear los Ingas, Reyes y Señores del Cuzco.

Con este propósito salieron con mucha gente de guerra, camino del Cuzco, y venían subjectando todas las gentes que se [136] hallaban en las provincias por donde pasaban. Llegados cerca del Cuzco, Viracochainga, padre deste Pachacutiingayupangi, era ya viejo, aunque todavía señoreaba y mandaba; pero viendo el gran poder que traían los dos hermanos, Señores de Andaguayas (sic) y cómo casi toda la tierra les obedecía, por no podelles resistir, hobo miedo y quísose absentar con su casa y gente a ciertas fortalezas que están en el valle de Xaquijaguana, el cual propósito dijo a sus hijos y mujeres y criados y a todo el pueblo; y así se retrujo con toda su casa, hijos y mujeres y los que del pueblo le quisieron seguir. Fuese a una fortaleza que está en el cabo del valle dicho, llamada Caquixacxaguana, muy fuerte.

El Pachacuti, hijo menor de aqueste Señor, que sería hasta de catorce o quince años, era de más esfuerzo y valeroso ánimo que los demás, y

procuró de persuadir al padre y a la demás gente que no desmanparasen la ciudad, y que no tuviesen temor, porque el Sol le había aparecido una noche soñando y le había dicho, que no se fuese de la ciudad ni tuviese miedo a la gente que venía, porque le ayudaría para que los venciese a todos, y después lo haría muy gran Señor. Esto persuadió [137] al pueblo, fuese verdad el sueño o lo fingiese, para animar al padre y a la gente. Finalmente, no pudo con su padre ni hermanos persuadirles a que esperasen, y así se fueron a la fortaleza dicha.

Con todo eso, dos tíos suyos, hermanos de su padre, llamados Apomayta y Vicaquiray, viendo el gran ánimo del muchacho, determinaron de quedarse con él con la más de la gente de la ciudad que quiso esperar, y puesta la gente toda en orden de guerra para se defender, y sus espías y corredores de campo, ya que los contrarios llegaron medio cuarto de legua del Cuzco, en un llano que se hace arriba de Carmenga, llamado Qujachilli, salió el mozo Pachacuti con sus tíos y la gente que con él había querido quedar, animándolos con gran esfuerzo y dándoles certidumbre de vencer y salir con la victoria, y afirmándoles que el Sol le había della dado palabra, y que no le había de mentir. Finalmente, llegado al llano con su gente, aunque mucha menos que la de los dos hermanos, y rompiendo por ellos con gran ímpetu, como leones, hízoles gran daño; y aunque de una parte y de la otra cayeron innumerables, porque duró mucho, la batalla, pero dióse tan buena maña e industria el buen muchacho Pachaquitingayupangi [138] con sus tíos y con la fe que tuvo que el Sol le había de ayudar, que al cabo desbarató la muchedumbre de gentes que traían los dos hermanos, y a ellos y a sus capitanes prendió, y a otros muchos Señores y personas principales, y así quedó por él el campo.

Dicen los indios, que las piedras que había por aquel llano y comarca, se tornaron hombres por mandado del Sol, para que le ayudasen, por cumplir su palabra.

Habida tan señalada victoria, los Señores hermanos presos enviaron luego sus mensajeros a todos los capitanes y gentes que tenían repartidos en diversas guarniciones y partes, mandándoles que luego viniesen a hacer reverencia y subjectarse al Señor Pachaquitingayupangi, porqué él merecía reinar por el valor y esfuerzo de su persona, y dende adelante lo tuviesen todos por Señor. Los cuales vinieron luego, y tras ellos todos los Señores y principales de las tierras y Señoríos que los dichos dos hermanos tenían subjectos, corrieron a dalle gracias, porque los había libertado de la tiranía con que los capitanes de aquéllos y gentes de guerra los comenzaban a oprimir, habiéndolos contra justicia subjectado por fuerza de armas, suplicándole que desde adelante [139] los rescibiese por suyos y fuese su Señor, para que los defendiese y tuviese en paz. Lo mismo hicieron muchos de las provincias lejanas que eran infestados con guerras injustas de otros, oída y estendido por muchas regiones su gran valor y fama.

Sabida por Viracochainga la victoria de su hijo y bienandanza no esperada dél, al menos, no será menester con encarecimiento decir haber rescibido alegría inestimable. Diose luego priesa con sus mujeres y hijos y toda su casa [a] venirse a la ciudad del Cuzco, donde grandes fiestas y solemnes regocijos y con maravillosas cerimonias se celebraron. Visto por el viejo la prudencia y esfuerzo y valor de su hijo Pachaquiti, y que con

el Sol tenía tan familiar privanza, determinó de renunciarle el reino y estado quél poseía, con todas las provincias que se le habían venido a ofrecer al mochacho. El mozo aceptó la renunciación del padre y comenzó a gobernar los reinos con tanta prudencia, majestad, gravedad y auctoridad, como si fuera de sesenta años, y con tanto amor y acepción de todos los pueblos, que por ser tan alta y tan recta y tan felice y tan útil a todos los súbditos la gobernación que comenzó y tuvo, mereció [140] que le pusiesen aqueste nombre Pachaquti, que quiere decir, «vuelta del mundo»; porque pareció a los pueblos, que por la reformation y nuevo lustre y utilidad que les había sucedido entrando él a gobernar a todos aquellos reinos y provincias, se había vuelto el mundo de una parte a otra, o que había renovádose el mundo, o aparecido otro nuevo mundo. Antes se llamaba Pachaquti Ingayupangi, que quiere decir «vuelta del mundo (sic)», y por esta hazaña tan señalada, que si fuera entre cristianos se tuviera por miraculosa, le añadieron un sobrenombre, Y este fue Pachaquti capac ingayupangi, que significa «el Rey que volvió y trastornó el mundo, digno es de ser amado y reverenciado» (80).

Voló esta fama por todo aquel mundo, por la cual, muchos Señores de partes muy lejanas, como a otro Salomón la Reina Saba, le vinieron a visitar y hacer reverencia, y darle salud con sus presentes y dones.

[141]

Capítulo XVII

Que continua el reinado y sucesión de los Ingas, con los hechos y obras memorables de Pachacútec

Aquí ocurre buena materia de considerar el modo por qué los Reyes Ingas que a este Pachacuticapacingayupangi sucedieron, fueron tan grandes Señores y tuvieron tan dilatados reinos como se dirá. Fue el mismo (al menos en cierto tiempo) con que los romanos, según cuenta San Agustín en los libros de la Ciudad de Dios, alcanzaron la monarquía del mundo viejo de por acá, conviene a saber: que puesto que a los principios los romanos algunas guerras injustas movieron, o fueron causa que contra ellos e otros justamente las moviesen, como fue la de los Sabinos, por la maldad y engaño que les hicieron, fingiendo ciertas fiestas, para que fuesen las hijas dellos a festejallas a Roma, y después alzáronse con ellas, tomándolas por mujeres contra su voluntad, como cuenta Titulivio, libro I.º de la déc. I.ª, y después de ya ser poderosos la codicia y ambición de dilatar su Imperio, como toca San Agustín, lib. I.º, capítulo [142] 32º de la Ciudad de Dios, y en otras partes hicieron hartas injustas guerras, y dello también testifica Paulo Orosio y otros muchos historiadores; pero, en el tiempo del medio, las guerras injustas que algunas naciones contra ellos movieron, fueron causa que ellos, por su defensión peleando, los venciesen y subjectasen, porque desde adelante no presumiesen a se levantar. Así lo testifica el mismo sancto, lib. 4.º, cap. 15º, diciendo: «Iniquitas, n. eorum cum quibus justa bella gesta sunt, regnum adjuvit ut cresceret; y más abajo: Multum. n. ad istam latitudinem imperii, eam

scilicet iniquitatem alienam cooperatum videmus, que faciebat injuriosos ut essent cum quibus justa bella gererentur et augetur imperium». Hec ille. Los cuales, vencidas algunas batallas de los enemigos, que sin razón movían guerras contra ellos, volaba la fama de su valentía y esfuerzo y buen gobierno, de donde muchos se les vinieron a ofrecer por amigos y otros por sujetos, y así fueron mucho creciendo como hizo éste. Desto hace mención el lib. I.º y cap 8.º de los Machabeos, donde se dice que Judas Machabeo, oídas las nuevas de las virtudes de los romanos y su gran esfuerzo, envió embajadores para confederarse [143] en amistad con el pueblo romano.

De lo dicho parece cuanto más justo y recto fue el imperio y reinado y dilatación de la monarquía que tuvo este Rey Pachaquticapacyngayupangi (81), al menos en todo su tiempo, que el de los romanos; pues hasta este tiempo que rescibió en sí el reino, no se ha visto que sus predecesores lo hubiesen aumentado por injustas guerras, según lo que habernos podido entender con verdad.

¡Tornando a la historia de la excelencia del Estado Real, dilatado imperio, suave y felice gobernación del Rey Pachaquti, lo primero en que, rescibido el reino en sí por la renunciación de su padre, se ocupó, fue en ordenar y proveer las cosas de la religión, obra digna de Príncipe óptimo, prudente y devoto, y que no puede no ser felice y bienaventurado, haciendo principio en su gobernación de lo divino, que es lo mejor; y cuanto más cierto estará de la felicidad espiritual y temporal cuando el Príncipe, habiendo profesado la verdadera religión, las cosas concernientes a ella entre todos sus cuidados tuviere ante los ojos! Ejemplo singular imitable da este [144] Príncipe infiel guiado por sola lumbre natural, a los Reyes y Emperadores católicos, cómo se deban haber en las cosas de Dios, y cuán gratos hayan de serle a quien en tan soberano estado los sublimó, pues éste tan agradecido se monstró al Sol, que según su errónea opinión le ayudó a conseguir tan maravillosa victoria, y por ella tan temprano al Estado Real subió.

En el cap. 7 queda largamente dicho, cómo al principio de su reinado trató de introducir en todos sus reinos el culto y religión del Sol, y mandó que todos le constituyesen templos en los lugares más eminentes, y como para por su ejemplo animarlos, sus Palacios y Casas Reales, donde los Reyes, sus antecesores, habían morado, y su padre y él actualmente habitaban, saliéndose dellos, los dedicó para templo del Sol, el cual fue uno, y quizá único, el más rico de oro y plata y proveído de servicio que hobo en el mundo, y lo adornó de grandes y admirables vasos de oro y plata y riquezas otras; inextimables (sic), y de aquellas monjas doncellas, hijas de Señores, para que siempre vacasen al servicio y ministerio del Sol, Con otras cosas admirables que allí referimos. [145]

Ordenadas las cosas espirituales del cultu divino y todo lo que concernía a la religión, dióse luego este bueno y prudentísimo Rey a ordenar lo que convenía a la gobernación y común utilidad de sus reinos, a polir y a esmerar todas sus repúblicas con hermosa y perfecta (cuanto sin fe de Dios verdadero fue posible) y nueva manera de policía. Esta comenzó a fundar en su Real ciudad del Cuzco, para que todos los Señores que le obedecían, en sus ciudades y pueblos, y todos sus gobernadores que en su lugar en las provincias y pueblos grandes ponía, tomasen de allí el

ejemplo y forma cómo habían de ordenar las repúblicas, polir e las gobernar. Y para tener crédito con todas sus gentes y que las cosas que determinase tuviesen autoridad, usó desta industria, llamándose hijo del Sol; y así se intitulaba por este vocablo Capaynga, que quiere decir «sólo Señor», y añadía otro título de que más él gloriaba por gran excelencia, y este era Indichuri, que significa «hijo del Sol». Y así decía que el Sol no tenía otro hijo ni el tenía otro padre sino al Sol. Y así, cuanto hacía y ordenaba, decía que lo hacía y ordenaba y mandaba el Sol. Semejante fue esta industria, para cobrar con los pueblos autoridad, a la de Numa Pompilio, segundo [146] Rey de Roma, que fingió tener por mujer a la ninfa Egeria, y que de noche tenía con ella sus coloquios y conversación, y que de parecer della constituía las leyes, así las del regimiento temporal, como las que tocaban a la religión; aunque más honesta fue la industria deste que la de Numa, llamándose hijo del Sol.

Lo primero que cerca desto hizo, fue dividir toda la ciudad del Cuzco, que ya era muy populosa, en dos barrios o partes o bandos. El uno y más principal llamó Hanancuzco, que quiere decir «la parte o barrio o bando de arriba del Cuzco», a la otra puso nombre Rurincuzco (82), que significa, «la parte o barrio de abajo del Cuzco». El barrio y parte Hanancuzco, que era principal, subdividió en cinco barrios o partes: al uno y principal nombró Cápac aylo, que quiere decir «el linaje del Rey»; con éste juntó gran multitud de gente y parte de la ciudad, que fuesen de aquel bando; al segundo llamó Ñaca panaca; el tercero Cucco panaca; el cuarto Auca yllipanaca (83); el quinto Vicaquirau panaca; a cada uno de los cuales señaló su número grande de gente, y así repartió [147] por bandos toda la ciudad. Del primer barrio o bando hizo capitán a su hijo mayor y que le había de suceder en el reino; el segundo y tercero señaló a su padre y descendientes por la línea transversal; el cuarto a su agüelo y descendientes también por la línea transversal; el quinto a su visagüelo, por la misma línea (84).

Asimismo la parte y bando segundo y principal de la ciudad que llamó de Rurincuzco barrio de abajo del Cuzco, subdividió en otras cinco partes o parcialidades: a la primera llamó Uzcamayta, y deste hizo capitanes a los descendientes del segundo hijo del primer Rey Inga; a la segunda nombró Apomaytha, de la cual constituyó capitán y capitanes al segundo hijo y descendientes del segundo Inga, a la tercera parcialidad o bando puso nombre Haguayni, del cual nombró por capitán y capitanes al segundo y descendientes del tercero Inga; al cuarto barrio nombró Rauraupanaca, cuya capitanía encomendó al segundo hijo y descendientes del cuarto Inga; al quinto barrio llamó Chimapanaca, y dióle por capitán y capitanes al segundo hijo y sus descendientes del quinto Inga. [148]

Esta orden y división hizo (según cuentan los viejos, en quien permanecen las historias de sus antigüedades) por dos razones o para dos efectos: el uno, para que estando así divididos por sus barrios y capitanías o parcialidades, y reducidos a orden, se pudiese tener con toda la gente y comunidad mejor y más cierta cuenta y razón, así para las obras públicas que se hobiesen de hacer, como para los tributos que habían de pagar. Lo segundo, para que como hombres que tenían diversas partes y lugares diversos de la ciudad, y les eran más propias que las de los otros, y así estaban como contrapuestos, cada y cuando que hobiesen de ser

llamados para efectuar cualquiera obra, presumiesen los de cada barrio o bando o parcialidad de hacerla mejor que los de la otra, cuasi emulando y teniendo envidia virtuosa los unos de los otros, como vemos entre nosotros en las ciudades questán repartidas en collaciones, que cuando son llamados los vecinos dellas para guerra o para otras obras del bien público, cada una presume de se aventajar sobre la otra, así en sacar mejor lebreá (sic), como haciendo lo mejor que puede la parte que le cabe; y, esto es harto natural.

No fue chico argumento esta división [149] y orden que este Rey puso, de su gran prudencia, juicio sutil, largo discurso de razón y amplísima capacidad. Hizo deste edito público, mandando que todos los Señores y gobernadores de todo su reinado dividiesen cada provincia en dos partes principales, y cada una dellas se subdividiese en otras cinco, de la misma manera que en la ciudad del Cuzco había hecho y ordenado. Después dividió toda la tierra en otras dos partes, debajo de términos y vocablos más generales, conviene a saber: de Hanan y Rurin; e mandó que todos los de la parcialidad de Hanan que se llamasen hanansaya, que quiere decir «el bando de los de arriba»; y a todos los de la de Rurin se llamasen rurinsaya, que quiere decir «el bando de los de abajo»; como si dijera los andaluces, por los de Andalucía, los castellanos por los de Castilla. Y así, cuando alguna provincia por mandado del Rey había de hacer alguna obra pública o contribuir con tributos o servicios, todos los de Hanan, como todos los andaluces, acudían a una, y cada parcialidad de aquellos a su parte por sí, como digamos cada ciudad; y de cada ciudad, cada bando o parcialidad de las ciudades acudía con lo que le cabía. Los de Rurinsaya, como los castellanos, [150] hacían lo mismo y acudían de la manera dicha; lo uno, porque hobiese orden y concierto en todo y se evitase confusión; lo otro, porque, a porfía los unos de los otros, cada uno lo hiciese mejor y se señalase más en la parte que le cupiese de la obra. Lo mismo era en las guerras y fiestas y juegos y sacrificios que se hacían

Capítulo XVIII

Continúa la gobernación, sabias providencias y hechos memorables de Inga Pachacútic

Tuvo este Rey Pachacuti otra notable providencia para perficionar las policías y repúblicas, y esta fue que salió a visitar por su Real persona toda la tierra y provincias comarcanas de su ciudad del Cuzco, donde principalmente residía; en la cual visita miró y consideró la disposición de cada provincia y de cada pueblo, y los términos que tenía y los vecinos dello, y si hallaba que en algunos pueblos no había oficiales de algunos oficios y había necesidad dellos y en el pueblo disposición para habellos, sacaba de otro pueblo donde los había los que le [151] parecía, sin daño del mismo pueblo, con sus mujeres y hijos y familia, y mandábalos ir a vivir al pueblo donde faltaban y dallos sus tierras y solares y hacerles las casas para que allí usasen sus oficios como en el otro los usaban. Otras veces se trocaban, yendo los de un pueblo a otro; como, si en éste sobaban plateros y faltaban labradores, iban deste al otro plateros; y de aquél venían a éste labradores, cuando labradores para la sustentación de

aquél, labradores (sic) le sobraban. Y así trocaba las heredades y casas, haciendo recompensa en otras cosas, si las de los unos hacían a las de los otros en valor ventaja.

Consideraba en esta visita de la tierra, si se podía hacer alguna semilla o árboles y frutales que no frutificaban, o no tanto, en otras partes, y era necesaria, y traía de otra tierra hombres que la supiesen sembrar y cultivar y a los naturales de allí lo enseñasen; a los cuales mandaba galardonar y repartir tierras y solares para sus casas y heredades. Consideraba así mismo la condición e inclinaciones de las gentes, y si entendía que eran orgullosos o inquietos, traía de otros pueblos, mayormente de los que tenía más cognoscidos y experimentados por fieles y obedientes, [152] aprobados y leales, donde mandaba que morasen y usasen de sus oficios o ejercicios que en su naturaleza usaban, para que los de allí aprendiesen a vivir quietos, y para que, entendiendo que el Rey los mandaba poner allí por esta causa, temiesen de hacer novedades, como quien tenía cabe si las espías y testigos que habían luego de avisar al Señor, y por consiguiente, de causar en el pueblo inquietud se descuidasen.

En todas las fronteras y límites de su imperio traía de los más esforzados y belicosos de su reino con sus mujeres y casas, mandándoles que allí poblasen y rompiesen las tierras para sus labranzas, dándoles privilegios y exenciones, para que con mejor gana lo aceptasen. Hacíales edificar fortalezas para su defensión y de los pueblos y provincias comarcanos; y esto principalmente se hacía en los confines de las gentes que vivían en las montañas, porque era gente indómita y que salían muchas veces a inquietar y dañar los pacíficos, haciendo saltos. Cuando sentía que algunas gentes de su imperio eran bulliciosas, sacábalos de aquella provincia y dábales tierras en otra parte donde no tuviesen ocasión de bullir o levantarse, cuidando siempre que el temple de [153] la tierra donde los pasaba fuere al de la tierra que dejaban semejante (85). Estos que así ponía, y los que mandaba en otros pueblos, llamaban mithimaes. Dejábalos en su vestido y traje y en su lengua, puesto que les mandaba que aprendiesen la natural del pueblo. Subjectábalos a la jurisdicción del Señor o gobernador que allí presidía. Tenía también singular cuidado que los vecinos que de una parte a otra mandaba, fuesen a tierra que tuviese el temple mismo y cielo y disposición, o muy propincua de aquella de donde los traían e mandaban; porque esta es regla general en todas las Indias, que mudándose los indios de tierra caliente a fría, o de fría a la caliente, o que tenga mucha diferencia en estas cualidades, que han de perecer de la gente que hace esta mudanza la mayor parte.

Tuvo una diligencia, como Príncipe prudentísimo, en tener cuenta de todos sus vasallos, conviene a saber: el número de los viejos y viejas, de los de mediana edad, por sí los mancebos, los mochachos, los niños de cuatro años abajo, de los recién [154] nacidos y de cuatro hasta diez años; a otra parte, los de diez hasta diez y ocho; a otra desde allí hasta veinte y cinco; y en este tiempo entendía en mandar que se casasen, y tuvo en esto tanto cuidado, que no había persona, chica ni grande y de cualquiera edad en su reino, que no tuviese cuenta della y no supiese dónde y de qué lugar.

Dividió y puso esta orden en todas las provincias, (conviene a

saber): que cada cient indios, que llamaban padiaca (86), tenían uno como jurado o capitán o principal; y cada mill hombres o vecinos, que llamaban guaranga, otro; cada provincia, que contenía diez mill, que llamaban hemo (87), tenía otro; y estos eran sus propios y naturales Señores que tenían de antes que fuesen sus vasallos; y sobre la tal provincia de diez mill vecinos ponía él una persona muy principal y de autoridad, y era uno de sus deudos, como corregidor o justicia mayor, que se llamaba tocrico (88), que quiere decir «veedor de todas las cosas»; porque tenía éste cuenta de ver y entender todo lo que se hacía en [155] toda su provincia y en no consentir que los Señores de los pueblos hiciesen agravio a los menos principales, ni ellos ni los menos principales al común y personas bajas.

Los Señores menos principales tenía cada uno cargo particular de sus vasallos, y tenían la jurisdicción limitada, por que no podían matar por algún delicto ni hacer otros castigos graves en sus mismos vasallos; solamente cognoscían de los agravios menores, como eran rencillas livianas, si acaecían entre unos particulares y otros, componiéndolos y dándoles algunos castigos moderados. Los Señores de mill vecinos entendían en otros negocios y causas mayores, pero nunca o muy raro a muerte condenaban, al menos sin dar noticia del delicto y del castigo que parecía que se debía dar, al teocrico, que parece tenía oficio y poder como el que tenía el procónsul e legado de que hacen mención las leyes de los Emperadores, según parece en el Digesto.

Cuando el delicto era muy grave, principalmente si el delincuente acaecía ser algún Señor, dábase parte al rey Inga, siendo caso de muerte, y la justicia se hacía por su mandado y no sin él.

Item, en esta cuenta no entraban sino los hombres casados, y no todos, sino de [156] cincuenta años abajo, porque de todos los que de allí subían no se hacía caso para algún servicio ni trabajo ni guerra ni otra cosa de caudal. Los de veinte y cinco años abajo que no eran casados, contábanse por una misma cosa los padres o deudos que los tenían en cargo y debajo de cuyo gobierno estaban, y todos aquellos no eran contados sino por una casa (89).

Hizo una provisión admirable, obra de Príncipe prudentísimo y providentísimo y pío, digno de inmortal memoria y aun de vivir eternos años. Esta fue, que cerca de los caminos reales, que fueron dos muy señalados, como se dirá, mandó edificar en todas las provincias en los lugares altos y más eminentes, allende sus aposentos que allí había, muchas y grandes casas en rengleras, unas juntas con otras, para alhóndigas y depósitos, Señaló tierras y heredades de las más fértiles y mejores después de las que mandó señalar para los sacrificios y servicio del Sol, con título y nombre de suyas, donde se sembraban todas las cosas de comer y mantenimientos [157] que por toda la tierra era posible hallarse y fructificar. Sembraba estas tierras y cogía y beneficiaba la comunidad los frutos dellas, y a la cosecha, llevaba cierta poca cantidad al Cuzco o a donde el rey residía, más por reconocimiento de la superioridad real que no por otro respecto. Todos los frutos, demás desto, que sobraban, y eran en grandísima cantidad, se reponían, encerraban y guardaban en los depósitos y alhóndigas susodichas grandes, para cuando fuese menester o hobiese de pasar gente de guerra, o cuando querría celebrar algunas fiestas y hacer nuevos y extraordinarios sacrificios.

Había en aquellos depósitos infinito mahíz, frisoles, habas, papas, camotes, xicamas, quinuas, y otros géneros de raíces y semillas que son grandes mantenimientos. Había depósitos de mucha cantidad de sal, gran provisión de carne al sol seca, otra mucha copia de salada, pescados secos al sol y otros salados; de axí o la pimienta que entre todas las más gentes de las Indias es tenido por gran parte de mantenimiento, había abundancia.

Grandes depósitos también de ovejas y carneros vivos, así para comer carne fresca, como para llevar las cargas. Infinita [158] copia de lana, muchos montones de algodón en pelo y hilado, y otro en capullos donde ello se cría, ya secos. Sin número de camisetas de algodón y otras de lana, que, son los vestidos que traen; mantas de las muy ricas y de las comunes. Cabuya y pita, que son diversas especies de cáñamo o sirve de cáñamo; la cabuya es más gruesa y la pita más delgada; mucha hilada y torcida, otra en cerros, della mucho número, de sogas y cordeles y cabestros. Infinita cantidad de cotaras (90), que son el calzado de los pies, de diversas maneras artificiadadas, para que se calzasen los Señores y los de menos calidad y la gente común. Había mantas de las muy ricas de lana y pintadas, que solos las vestían los grandes Señores; de las naguas, que son las faldillas que se visten las mujeres, muy ricas para las Señoras, y otras comunes para las que no lo son. Había grande abundancia de depósitos de toldos, que son las tiendas para por el campo en tiempo de guerra; innumerables armas ofensivas y defensivas, como infinitos arcos y flechas, hachas de armas y porras de cobre [159] de plata; hondas, y para ellas piedras infinitísimas; rodela, barras y picos de cobre para cortar las sierras y adobar los caminos; plumajes y bixa, que es la color bermeja, y otras colores con que se pintan para se parar feroces y bravos. No se podrá encarecer cuanta provisión había de todas las cosas dichas y con cuán grande abundancia, y esto, en todo tiempo, para paz y para guerra, nunca jamás faltaba; siempre los depósitos estaban llenos y proveídos y las cosas susodichas aparejadas.

Tenía grandes y muy diligentes y fidelísimos mayordomos y guardas, con gran recaudo sobre los dichos depósitos, que los meneaban y limpiaban, para que no se corrompiesen.

De tres en tres años tenía cuidado el Tocrico, que era como se dijo el procónsul o legado que estaba en lugar del Rey, de visitar todos aquellos depósitos y hacellos renovar. Todo lo que allí estaba se repartía por los pobres, comenzando por las viudas y huérfanos, de los cuales siempre aqueste Príncipe y todos sus sucesores tuvieron singular cuidado, como parecerá.

Repartidas por los pobres todas las cosas que allí estaban, tornábanse luego a [160] hinchar de nuevo los depósitos de los bastimentos y provisiones como de antes estaban. Estas provisiones tenían cargo de traer por sus tributos las provincias de los depósitos más cercanas, cuyos señores y súbditos estaban obligados a ello; porque así estaban los lugares donde los había proporcionados.

Comúnmente, donde se hacían estos depósitos, como siempre la tierra y comarca della era fértil e graciosa, mandaba edificar sus palacios reales y los templos del Sol, como en el cap. 7 se dijo, donde se iba en sus tiempos ordenados a recrear con sus mujeres y casa. Veníales allí el agua,

traída de muy lejos por atadores, a las albercas y estanques donde se lavaban y bañaban él y ellas; y esto todo tan bien labrado y pulido como se pudiera edificar y pulir en Granada. Donde quiera que había calientes aguas, tenían notables edificios de baños, donde solo él y sus mujeres entraban a se lavar y bañar.

Frontero de las Casas Reales mandó edificar otros aposentos muy grandes, como arriba se recitó, y que tenían cuatrocientos pies de largo y cuarenta de ancho, donde se aposentase la gente de guerra cuando por allí pasase, por no dar molestia o enojo a los pueblos en aposentarla. [161]

Capítulo XIX

De los grandes y maravillosos caminos que mandó construir Pachacútec, uno por la Sierra y otro por Los Llanos, y de los chasquis o postas Otra provisión dignísima de ser admirada y engrandecida con inmortales alabanzas hizo este tan prudente Príncipe y, sin duda, en todo el mundo digno de ser por tal cognoscido y nombrado, que fue la de los dos caminos que hobo en aquellos sus reinos, los cuales parecieran cosa soñada, si los nuestros españoles no los vieran y todos, como por una boca, de loallos y encarecellos nunca acabaran; indicio manifestísimo también de la viveza y sotileza el excelente juicio de razón de todas aquellas gentes, que tales obras hayan por sus manos artificioado.

Mandó hacer dos caminos por donde se fuese a todos los reinos y tierra que señoreaba, que comenzaban desde cuasi la tierra de Pasto, arriba de la provincia de Quito, hasta las Chalcas (91), que al menos son ochocientas leguas, y a las provincias de Chile llegaba, que hay mill y tantas leguas [162] largas, según todos nuestros españoles afirman y claman.

El uno iba por la tierra y provincias de Los Llanos, cuya gente y moradores se llaman yungas, y el otro por las sierras y altos, que aunque ambos son admirables, pero este de la Sierra es estupendo y extraño. Religiosos prudentes y letrados dicen que estos caminos eran cosa admirable y divina, y discretos seglares afirman que ni romanos ni otras gentes algunas en los edificios destes caminos no les hicieron ventaja.

Las Sierras de aquella parte son altísimas y aspérrimas, por lo cual fue, para hacer el camino que por éstas y entre dos cordilleras va, necesario abrir y cortar sierras espantables y allanallas, y valles profundos hinchillos y levantallos.

Lo más angosto deste camino alto es tan ancho, que irán cuatro y seis de caballo corriendo por él a las parejas sin los unos a los otros estorbarse. Va tan llano, que aunque los que van por él a caballo y todos caminantes se veen ir por sierras tan altas y ásperas les parece caminar por los aires, pero la llanura y edificios y gracia o hermosura del camino les causa imaginar que caminan por muy llanos prados. Va tan derecho como si con nivel y [163] cuerda fuera trazado. Por las partes donde la sierra o cuesta no es posible desecharse, lleva unas escaleras de losas por las cuestas abajo, que en un jardín de un Reyno podría tal edificio en fortaleza y hermosura mejorarse. Por las laderas que pueden los pasos malos desecharse yendo el camino por ellas, es cosa maravillosa la

fortaleza que lleva de cantería la pared y reparos y baluartes, que ni por nieves ni por aguas puede jamás derrumbarse. Por la parte de arriba vienen sus acequias empedradas, y traen sus desagüeros tan ordenados, que cuando llegan al camino pasan por debajo dél cubiertas sin que resciba ningún daño.

Donde acaece haber ciénagas, está todo el camino en aquellos pasos maravillosamente empedrado.

En muchas partes deste camino tiene paredes de piedra, y en algunas, mayormente de la ciudad del Cuzco adelante hasta el Estrecho de Magallanes (92) y provincias de Chile, va señalado en el camino la legua y media legua; por manera que sin reloj ni otra cuenta alguna sabe el caminante donde va y que tanto camino ha andado. [164]

Pasaba por medio de la ciudad del Cuzco y por medio también de los Aposentos Reales que había, los más cercanos a seis leguas y los más lejos a doce. Y en medio destos había otros aposentos menores para parar de tres a tres, o de cuatro a cuatro leguas; porque esta era la jornada que caminaba el Rey Inga; y no quería caminar más, porque no se fatigase la gente de su servicio. Y en medio de aquellos había otros menores, llamados cama (93), como descansaderos, donde bebía él y mandaba que sus criados descansasen y bebiesen.

Tenía cada provincia cargo de los reparos deste camino según la parte que cabía y tocaba a sus términos, en lo cual se ponía suma diligencia.

El otro camino era el de los Llanos, no menos maravilloso, que el precedente de las sierras. Comenzaba desde Túmbez y duraba bien septicientos leguas. Estaban por todo él los aposentos, y templos, y depósitos y las casas de las monjas o beatas, que llamaban Mamaconas, que servían al Sol en sus Templos como en el camino de las sierras; y por haber más aparejo y por ser la tierra más fértil y de regadío había vergeles y casas de placer, [165] donde más se recreaba el Rey con sus mujeres, que podía haber en el de las sierras. Tenía de ancho buenos cuarenta pies; de una y de otra parte iba cercado de paredes por todos los valles por la mayor parte, y en especial, dos leguas antes de entrar en él y otras dos después de salido dél, iba todo empedrado, cosa digna de ver.

Todo este camino por ambos a dos lados iba cercado de arboledas fructíferas puestas todas a mano, lo uno para que hiciesen sombra a los caminantes, y lo otro para provisión de los pobres que no llevasen qué comer. Y señaladamente los árboles eran de unos garrobos cuya fruta es como nuestras arrobas, de que hacen cierta manera de pan con que se suelen mantener (94).

A ciertos trechos, por su orden, salían ciertos caños de agua para que no faltase tampoco el refrescarse y el beber. Salían por aquellos lugares hermosos chorros de fuentes frías, y donde salían callentes, había también baños comunes para que todos se aprovechasen, yentes y vinientes. [166]

Por los lugares que había piedra, iba este camino por entre hiladas de piedra; donde había arenales que carecían de piedras ni había posibilidad de sembrar o poner arboledas ni paredes, iba el camino por entre pilares hechos de madera; por manera, que los que querían caminar por aquel camino tan luengo y de tantas leguas (porque, como dije, iba y se estendía ochocientas, y aún llegaba a más de mill), no tenía necesidad

de preguntar por lo que estaba adelante ni tampoco miedo de perderlo. ¿Quién nunca tan luengos caminos ni tan maravillosos, tan proveídos y hechos con tan grande artificio vido en el mundo ni oyó decir? Cierto, según todos los nuestros que los vieron en su prosperidad y ser de la lindeza y artificio, grandeza, longura, anchura, orden y provisión, nunca cesan de contar maravillas.

No es de dejar de referir cerca destes caminos o del caminar por ellos, otra orden no menos digna de nación prudentísima: esta era, que de tal manera las provincias de las sierras con las de Los llanos estaban compuestas y proporcionadas, combinadas y hermanadas, que correspondía una de los Llanos a otra de las sierras, y una de las sierras a otra de [167] Los Llanos; por manera, que cuando el Rey Inga caminaba por el camino de la Sierra y llegaba a sus Aposentos Reales, se juntaban todos los Señores de aquella provincia a le servir e hacer reverencia; y allí también los de la provincia de Los Llanos que a aquella correspondía se hallaban. Y cuando iba camino por el de Los Llanos, hallábanse juntos los Señores de aquella provincia para le reverenciar y mostrar su obediencia, y descendían también los Señores de la provincia que a aquella correspondía de las sierras, y se hallaban juntos con los de Los llanos.

Esto tenía ordenado el prudentísimo Príncipe Pachacuti por tres respectos, según es pública voz y fama: el uno, porque, viniendo los unos a la provincia y casas de los otros, se tractasen, y tractándose y conversando juntos en presencia del Rey e Señor de todos. Naciese de allí amarse y hermanarse; lo segundo, porque, cuando caminase por el camino de las sierras, no le faltase de los pescados de la mar y de las frutas, y provisiones y regalos de Los Llanos, como fuesen más fértiles y hobiese más cosas deleitables que en las sierras, y cuando caminase por Los Llanos, fuese proveído su plato, y también su gente, de las cosas que había en la Sierra de que [168] carecían Los Llanos, lo tercero, porque visitando las provincias y pueblos del un camino, juntamente visitaba las gentes que vivían por el otro, sabiendo y pesquisando lo que en ellos pasaba, las necesidades que había, si acaecían delictos o pecados, si regían bien los que gobernaban, si se hacían a los que poco podían algunos agravios, si había memoria de algunas novedades.

Distaba el un camino del otro cuarenta leguas por lo ancho.

Eran grandes las fiestas y regocijos y alegrías que los Señores de las provincias y la gente dellas hacía cuando en ella entraba, como era de todos tan entrañablemente amado y porque nunca salía dellas sin que les hiciere mercedes, mayormente a los pobres, de quien tenía él muy especial cuidado.

Resta referir otra perfección de bien ordenada república no menos notable que cualquiera otra parte de señalada policia que toca a la materia destes caminos. Éstas eran las postas que tan ligeras este Rey e tan prestas en sus reinos, ordenadas y puestas tenía, que aunque no tenían caballos, ni camellos, ni otros animales que para ello sirviesen, la prudencia e industria del Príncipe halló otra mejor manera [169] dellas y más fácil que las nuestras y que mucho más corría. Mandó hacer en cada legua tres casillas o chozas junto al camino mill pasos la una de la otra; y allí estaban un mes dos indios, el cual pasado, venían otros dos estar otro. El uno velaba siempre de noche y de día, y el otro descansaba. Ponía

estos dos indios el pueblo en cuyos términos estaban las chozas.

Cuando el Rey, quería enviar algún mandamiento a algún pueblo o provincia, o a los Señores o gobernadores, o ellos respondían a lo que les mandaba o querían dalle aviso de algunas cosas de importancia, decíanla a los indios de la primera posta. El uno dellos, oído lo que se mandaba y fijado bien en su memoria, corría los mil pasos cuanto correr podía con toda furia, y llegado cerca de la otra posta o choza, iba dando voces de manera que el otro que estaba para ello prestísimo, habiendo entendido el mensaje, antes questotro llegase, ya se había partido corriendo con la misma presteza y furia; y desta manera iban de mano en mano todos los otros; y acaecía cada día, que desde Quito al Cuzco, que son casi quinientas leguas, iban las nuevas de lo que se quería hacer saber en poco más de tres días, y algunas [170] veces en menos. Por manera que se corrían más de ciento y sesenta leguas entre día y noche, las cuales no anda una nao aun con bueno y fresco viento en tres días naturales; cosa harto difícil, a prima haz, de creer, pero todos la afirman, religiosos y seglares. Y si bien se considera que intervenían en este camino mill y quinientos hombres corriendo a todo correr, sin parar, día y noche, sucesivamente, puestos en paradas, y tan ligeros y sin impedimento ni embarazos de haldas largas, sino desnudos en cueros, o encima de sus carnes una mantilla de algodón muy delgada, cuando más, no parecerá imposible.

Aquí es, no deberse tener por maravilla que aqueste Rey Inga y sus sucesores, estando en Quito, comiesen cada día pescado fresco, llevado de la mar de Túmbez, que hay ciento y veinte leguas, y así, por grandeza de su estado tenían los Ingas comer manjares y fructas traídas de muy lejanas tierras.

Para que se diese crédito al mensaje o mensajero, llevaba un cierto palo en la mano, de un palmo o palmo y medio, con ciertas señales, como entre nosotros se usa, que se da crédito al que trae las armas o sello del Rey.

Llamábanse estos correos en su lengua [171] chanquis (95), que quiere decir «el que toma», porque tomaba el mensaje el uno del otro.

Capítulo XX

De los puentes y acequias, templos y Casa Reales que ordenó Pachacútec; de los términos y mojones que señaló a cada provincia, y los tocados y formas de la cabeza con que se distinguían unos de otros los naturales dellas. Proveyó de mandar este Príncipe, que en todos los ríos principales, por ambos lados caminos reales, mayormente por el de la Sierra, se hiciesen puentes, los cuales se hiciesen maravillosos y de mucho artificio e ingenio. En lo más angosto de los ríos, que son caudalósísimos, por donde va el camino real, edificaron de una parte y de otra a la lengua del agua, ciertos pilares de cal y canto o piedra, muy anchos y muy altos. Del uno al otro iban cinco maromas tan gruesas como el muslo, de bejucos, que son como correas de la manera de las de la yedra, puesto que mejores y muy más recias. Sobre ellas tejían [172] de varas muy delgadas un cañizo tan ancho como braza y media. Dende los lados sobían otras sogas gruesas tejidas

como red, tan altas como hasta los pechos, a manera de barandas. Echaban mucha yerba como cáñamo y muy espesa en el cañizo, porque pasaban por las puentes hombres y mujeres y niños y bestias, las que ellos tenían, como ovejas y carneros, y lo que mucho más es, los españoles con sus caballos.

Había siempre dos puentes juntas, una por donde pasasen los hombres, y otra para las mujeres; y en muchas provincias, en especial en las de Los Llanos, había lo mismo dos caminos para ir a los lugares y pueblos, el uno de los varones y el otro de las mujeres.

El artificio con que sacaban las aguas destes poderosos ríos por acequias y traellas por las sierras altísimas y repartillas y aprovecharse dellas sin que se les perdiese gota, dicen algunos españoles, que, al parecer de muchos, pocos ningunos les hicieron ventaja de los nascidos. Descendían las aguas por aquellas acequias para regar los llanos y valles donde nunca jamás llueve, con las cuales regaban sus heredades y sementeras, que todos aquellos valles no parecían sino unos vergeles [173] hechos de mano, pintados todos de arboledas y yerbas por las hileras de las acequias, como si fueran cada un paraíso de deleites; y tanto los encarecen los nuestros, que afirman en todo lo más de la redondez del mundo más hermosos ni más bien labrados y adornados no se figurarían.

De los otros edificios de los templos y de sus Casas Reales que mandó hacer en diversas partes tan sumptuosos y tan riquísimos, y la fortaleza que hizo o mandó hacer en su ciudad Real del Cuzco, puesto que algunos indios la atribuyen a su hijo Tapa Inga (96), que le sucedió inmediatamente, asaz queda en los caps. 2 y 7 dellos dicho.

Mando que todos los pueblos pusiesen límites y amojonasen sus términos de ciertas señales o mojones pequeños, pero los de las provincias los pusiesen mayores y más señalados; porque los pueblos de cada provincia eran cuasi todos una misma cosa, por estar debajo de un Señor; mas, los de una provincia parece (sic) ser más distintos y haber otras distinciones, y así convenía que fuesen mayores.

Tenía ordenado por todos sus reinos, [174] que todos los vecinos de cada provincia, que eran diez mill vecinos, trujesen sobre su cabeza una señal en que fuesen cognoscidos de los de las otras; y así, unos traían unos aros de cedazos; otros los cabellos hechos cuerdas muy menudas y muy largas; otros unas trenzaderas negras de lana de tres o cuatro vueltas, de anchor de cuatro dedos; otros otras trenzas de largor de dos o tres brazas, de anchor de un dedo, también de lana; otros unas hondas de un hilo como de cáñamo; otros un gran pedazo de lana hilado, largo como madeja; otros unos pedazos muy largos y muy delgados de una toca muy de algodón, revueltos a la cabeza como almaizar morisco. Finalmente, no había provincia en toda la tierra, con ser innumerables, que los vecinos de cada una no trujesen su señal en la cabeza, que entrando en la plaza de la ciudad del Cuzco, en la cual entraban por cuatro partes, como en cruz, y viéndolos de lejos, no cognosciesen de qué provincia eran, sin que más del traje vieses; y esto hasta hoy dura.

A aquesta diligencia destas señales para cognoscerse las personas de qué provincias eran, parece poderse ayuntar la costumbre antigua, que también tenía cada [175] provincia, de formar las mismas cabezas, porque fuesen cognoscidos los vecinos de cada una della; y así, cuando infantiles, que acababan de nacer, y de allí adelante, mientras tenían las cabezas

muy tiernas, les ataban ciertas vendas o paños con que se las amoldaban según la forma que querían que tuviesen las cabezas; y así, unos las formaban anchas de frente y angostas del colodrillo; otros anchas de colodrillo y angostas de frente; otros altas y empinadas, y otros bajas; otros angostas; otros altas y angostas; otros altas y anchas, y otros de otras maneras; finalmente, que en las formas de las cabezas tenían muchas invenciones, y ninguna provincia, al menos de las principales, había que no tuviese forma diferente de las otras de cabezas.

Los Señores tomaron para sí e para todo su linaje, que se llamaba Ingas, tres diferencias de cabezas, puesto que después algunas dellas comunicaron a otros Señores de algunas provincias, sin que fuesen del linaje de los Ingas, por especial privilegio. La una era que acostumbraron a formar las cabezas que fuesen algo largas, y no mucho, y muy delgadas y empinadas en lo alto dellas, y lo que a mí parece; por haber visto alguno de los [176] Señores del linaje de los Ingas, la forma dellas era ni más ni menos que la de un mortero. La segunda fue, que andaban siempre tresquilados, no muy atusados sino como tresquilado de tiempo de seis meses. La tercera, que traían una cinta negra de lana del anchor de un dedo y de tres o cuatro varas en largo al rededor de la cabeza. Y allende desto, el Rey o Señor supremo, que antonomatice y por excelencia llamaban Inga o Capac (que significa emperador y soberano Príncipe), traía al cabo desta cinta una borla colorada o de grana, grande y de fina lana, que le colgaba sobre la frente hasta casi la nariz, la cual echaba él a un lado cuando quería ver; por autoridad y majestad echábasela en medio del rostro, porque no le mirase alguno en él sino cuando él quisiese que le vieses. [177]

Capítulo XXI

(97)

De la universal obediencia y sumisión que al Inca se tributaba; privilegios y distinciones; educación de los hijos de los nobles; castigo de los rebeldes; unidad de lengua; piedad y caridad de Pachacútec; comía en publico en las plazas como sus vasallos

Fue grande la auctoridad y majestad que este Rey Pachacuti e sus sucesores mostraron y tuvieron; y así, todos los Señores subjectos suyos y súbditos dellos y los de todos sus reinos los tenían en grandísima veneración y era suma la obediencia y amor que les habían. Ningún Señor y Rey, por grande y rico y poderoso que fuese, podía entrar ni parecer ante él sino descalzo de sus zapatos, que llaman uxotas, y con alguna carguilla a cuestras, la cual tornaba antes que llegase a la puerta de donde Inga estaba. Lo mismo ningún Señor se asentaba delante dél en las sillas bajas junto con el suelo que [178] los desta Isla española llamaban duohos (98), sin su especial mandado, sino que cuando se asentaba, era en el suelo. Tampoco podía tener silla en su casa ni en otro lugar alguno si él no se la daba y licencia para que se pudiese en ella asentar.

Él andaba sólo en andas de oro macizo todas sobre hombros de hombres, y era gran dignidad y favor ser uno de aquellos que a cuestras lo llevaban, y éstos eran en muchos honores y gracias muy privilegiados, como agora son

los de la boca del Emperador. Ninguno otro podía tener ni andar en andas de ningún metal ni de otra materia, por gran Señor que fuese, sin su particular licencia, y concedérsele era sumo privilegio, y en todos sus reinos no había seis a quien concedido lo hobiese, habiendo infinitos grandes Señores. A algunos Señores de los no muy grandes daba licencia y privilegio que pudiesen andar en hamacas, en que iban también a hombros de hombres, pero iban echados y envueltos como si fueran en una larga honda porque de aquella manera son; ni podían ir asentados que los vieses los circunstantes, aunque por la disposición [179] de la hamaca fuera posible, porque era privilegio ir en hombros de otros asentados que se pudiesen ver. Por manera que estas gentes tenían en suma reverencia a sus Reyes y les eran obedientísimas y en gran manera subjectas.

Todos los Señores eran obligados, por haberlo él así ordenado y mandado, de enviar sus hijos, desde llegaban a quince años, a la corte, que allí se criasen y sirviesen al Señor; y tenían en el Cuzco sus casas y servicio para que aprendiesen la lengua general de aquella ciudad y policía della, y cómo habían de obedecer al Rey, y así él les tomase amor y experimentase para cuánto podían ser por su prudencia y habilidad, y ellos se desenvolviesen y aprendiesen crianza y buenas costumbres, andando en el Palacio Real, y sobre todo, para tener prendas de todos los Señores de sus reinos que le serían subjectos y no harían novedad. Mayormente se les enseñaba la obediencia y fidelidad que al Rey debían tener, porque sobre todos los delictos aborrecía el Inga los que no obedescían y se rebelaban, y estos eran tenidos por las gentes propias y antiguas y súbditas de Inga, como los del Cuzco, en grande oprobrio, y siempre los vituperaban de palabra, y los llamaban [180] abçaes (99), que quiere decir traidores a su Señor; y esta palabra es la más ignominiosa y de mayor afrenta que se puede decir a hombre de todo el Perú; y así, el Inga que anda alzado contra los españoles, llama a los indios de todos aquellos reinos abçaes traidores, porque no le quieren obedecer y servir por miedo de los españoles.

Y a los que alguna vez se habían rebelado, este Rey Pachacuti no les dejaba tener algún género de armas, y siempre andaban abatidos y de todos corridos y vituperados. Y esto es cierto, que ningún hijo de Señor y Principal nascía en aquellos reinos, que no hobiese gran cuidado con él su padre sobre que aprendiese la lengua del Cuzco, y la manera que había de tener en saber obedecer y servir y ser fidelísimo, así al Rey Inga, como a sus mayores; y aquel que no sabía la lengua del Cuzco o para la saber era inhábil, no le daban jamás Señorío por la dicha causa; y aún agora se veen algunos de los Señores, puesto que todo está disipado y desordenado después que entramos en aquellas tierras; (100) el cual [181] mandaba a sus hijos que aprendiesen con diligencia la lengua española, y les enseñaba cómo habían de servir e de obedecer a los cristianos por la misma causa; y esto procedía de la loable costumbre que tenían en tiempo deste Rey Pachacuti Inga; y esto testifican así como aquí lo digo, los mismos seglares.

Cuando morían los padres de los niños generosos que se criaban en la corte, si eran de edad y para gobernar sabios, dábales licencia el Inga para que fuesen a heredar los Estados de sus padres y gobernar sus vasallos; pero si para gobernarlos había cognoscido no ser hábiles,

proveía de Señor o gobernador como mejor le parecía convenir al pueblo; y lo mismo si no eran de edad, para en tanto que lo fuesen.

Tenía también Pachacuti Inga esta orden: que a los hijos y descendientes de los que sublimaba, poniéndolos en cargos, gobernaciones y oficios honrosos, nunca se los quitaba, puesto que los padres hiciesen algún mal recaudo, a los cuales solamente con muerte o con otra pena, según la calidad del delito, castigase. Y en esto era harto conforme con la divina ley nuestra: *non portabit filius iniquitatem patris*, etc. [182]

También ordenó que todos los Reyes y Señores y personas principales de todo su Imperio hablasen la misma lengua de la ciudad del Cuzco, como más general; porque decía que así se comunicarían mejor, y comunicándose las provincias, engendrarsela entrelas amor, de donde se seguiría tener perpetua paz; y también porque los que venían de luengas tierras a negociar con él, no tuviesen de intérpretes necesidad.

No sin causa grande fue aqueste tan piadoso Príncipe de todos sus reinos muy amado, porque aunque carecía de lumbre de fe ni tenía noticia de aquel precepto divino: *quod superst date elemosinam*; y aquel que refiere Sant Juan en su Canonica: *Qui habuerit substantiam huius mundi, et viderit fratrem suum necesse haberet, et clauserit viscera*, etc.; no le faltaba piedad y compasión natural de hombre compasivo y humano para con los pobres y necesitados, ni providencia y cuidado real de bueno y virtuosísimo Príncipe, proveyendo a las necesidades extremas y ordinarias de sus indigentes vasallos. Todos a una boca, indios y religiosos y seglares, nuestros españoles cristianos afirman ser este Príncipe amicísimo y avidísimo de proveer las necesidades [183] de los pobres. Era solícito, y los Reyes sus sucesores siempre lo acostumbraron, de tener cuenta con los pobres y viudas y huérfanos y saber todos los que había en sus reinos, aunque eran mayores (porque diga las mismas, palabras que dice un seglar bueno que inquirió esto bien y nos lo dio por escrito) que España y Francia y Alemaña.

Tenía ordenado y mandado que todos los Señores y gobernadores que tenía puestos en las provincias, tuviesen cuidado de tener cuenta y razón, y enviársela, de cada uno de los pobres, viudas, huérfanos y menesterosos que había en su provincia, tierra y gobernación. Rescibida esta relación, mandaba que se les proveyese a todos de sus propias rentas de suficiente limosna, no sólo para la comida y sustentación ordinaria, pero para criar los niños huérfanos y casar las doncellas que no tenían padre ni madre. Y así, con los pobres, por muchos que fuesen, los pueblos de todos aquellos reinos no rescibían vejación ni pesadumbre alguna y estaban dellos descuidados. Y para esto tenía también ordenado que ningún indio particular se moviese a ir de una parte a otra de su provincia o pueblo sin sciencia y licencia e mandado [184] de sus Señores o gobernadores y principales; y los que aquesto quebrantaban y andaban desmandados, eran muy rigurosamente castigados. Y especialmente había mandado tener gran rigor en que no hobiese vagabundo alguno, sino que todos tuviesen y trabajasen para tener de comer en sus pueblos y repúblicas.

Hacía otra obra de benignidad real ejemplar no sólo de piadoso humilde Príncipe y en gran manera humano, pero de caritativo Rey e cristiano, conviene a saber: que no comía vez alguna que no mandase traer e pusiese a comer consigo tres o cuatro pobres mochachos o viejos de los

primeros que por allí se hallaban, que no se lee más de Sant Luis Rey de Francia.

Introdujo este Señor otra costumbre harto (por ser conforme a la simplicidad de los antiguos) loable. Esta fue, que todos comiesen en las plazas, y para la introducir, él fue quien mejor la usaba. En saliendo el Sol, él salía de sus palacios e íbase a la plaza; y si hacía frío, hacían fuego grande, y si llovía, tenían una gran casa conforme al pueblo donde se hallaban. Después de haber estado un rato platicando y la hora que acostumbraban de almorzar se allegaba, venían [185] las mujeres de todos los que allí estaban con sus comidas en sus ollitas guisadas y sus cantarillos de vino a las espaldas; y si allí se hallaba el Señor, por su comida y servicio comenzaban, y luego servían a los demás. A cada uno servía y daba de comer su mujer, y al Señor lo mismo, aunque fuese el mismo Inga, le servía la Reina, su principal mujer, los primeros platos y la primera vez de beber; los demás servicios hacían los criados y criadas. A las espaldas de cada vecino, se ponía su mujer espaldas con él espaldas; de allí le servía todo lo demás, y después del primer plato, comía ella de lo que había traído en su plato apartado, estando, como dije, a las espaldas.

Unos a otros se convidaban de lo que cada uno tenía, y se levantaban con ello a dárselo, así de la bebida como de los manjares. Nunca jamás bebían sin que de comer hobiesen acabado. Convidábanse con el beber, cada uno a su amigo, y cualquiera que convidaba al Señor, el Señor lo tomaba de su mano y bebía de buena gana.

Fenecido el almuerzo, si era día de sus fiestas, cantaban y bailaban y estábanse allí todo el día holgando; pero sí era día de trabajo, todos se iban luego cada uno a su oficio a trabajar. [186]

Esto hacían cada día al almorzar, que era su comida principal. A la noche, cada uno cenaba en su casa de lo que tenía; y nunca comían más de dos veces, y la principal era la de la mañana.

Comían todos en el suelo sobre un unas esteretas sentados, y diversidad de guisados, todos los más con ají o pimienta de la verde o colorada, y de cada cosa poquito, porque todo lo que aparejan para sus comidas es cuasi nada. Ninguno ha de estar mirando a los que comen que no coma de lo que los otros; porque, como ya he dicho arriba, no hay generación en el mundo que así lo que tiene con los que no tienen reparta. Y dicen de nosotros los cristianos que somos gente mala, porque comemos solos y no convidamos a nadie, y burlan de nosotros cuando nosotros nos convidamos parlando, y que ellos convidan de veras y de obra, no de palabra. Los cuales, aunque no tengan sino un grano de mahíz, lo han de partir con los que estuvieren delante, todo con abiertas entrañas, forzando de veras a los que rehúsan, cuando veen que tienen los otros poco, tomallo.

Son gente en el comer y beber muy templada; y aunque algunos en algunas fiestas solenísimas y regocijos grandes se [187] embeodaban, siempre lo tuvieron por vicio y por malo embriagarse. Y mayormente la gente noble tenía en poca estima el que de vino se cargaba; pero, si no se embriagaba, al que bebía mucho vino tenían por valiente hombre; y en algunas grandes fiestas se desafiaban a beber, poniendo grandes apuestas con esta condición, que aunque bebiese mucho, si se emborrachaba, nunca

ganase; porque decían, que, estando borracho, ya era otro del que había apostado, y así, no le pertenecía ganar algo.

Dije que comer en la plaza era conforme a la simplicidad antigua, porque así lo dice Valerio Máximo, libro 2.º, cap. I.º de *Institutis antiquis*: que antiguamente, cuando la simplicidad en el comer loable solía ser guardada y alabada, indicio de humanidad y de continencia, los grandes Señores no tenían por indecente cosa comer y cenar en público, aunque todo el pueblo los mirase.

La razón da Valerio Máximo, porque (dice él) no solían comer tantos ni tales manjares que tuviesen vergüenza de que el pueblo por ellos los reprendiese o detestase; porque tenían tanto cuidado de la templanza, que el más frecuente manjar que comer usaban, eran puchas (101) [188], que se hacen de harina y sal y agua. Destas puchas dice Plinio (lib. 18.º, cap. 8.º) que no poco tiempo por pan usaron los romanos.

Capítulo XXII

De la sujeción, veneración y reverencia a los Señores de su Imperio que Pachacútec impuso a sus vasallos, y entre ellos de los inferiores a los superiores, e influencia de esta orden en las costumbres, y especialmente en la conducta de la gente de guerra. Causas y razones que le movían a declararla y hacerla. Modo de pelear. Su prudencia política después de la paz o la victoria

Puso este Señor y Príncipe admirable ley e orden cerca de la obediencia que se había de tener a los otros Señores, sus inferiores, por sus vasallos, y gran sujeción, a lo cual todas aquellas gentes tenían y tienen, las que dellas hay, naturalísima inclinación, y quedoles esta obediencia y humilísima sujeción tan plantada y entrañada, que [189] como cosa en sus propias raíces naturales asentada y nacida o arraigada, difícilísimamente o nunca se puede, sino con tanta violencia que venza toda la fuerza natural, desarraigar la obediencia y reverencia a sus mayores y consideración de mayoría entre sí mismos unos con otros; así, no se les puede desentrañar ni por ningunas interposiciones o interpolaciones olvidar. Esto parece, porque acaece cincuenta y cien personas principales ir juntos, y tienen tanto miramiento en que el mayor vaya delante, y luego el qués mayor después de aquél, y luego el que por su mayoría debe tener el tercero lugar y así los demás, que no hay procesión de religiosos muy ordenados que mejor vayan puestos cada uno en su lugar, que todos ellos se componen y van por la razón y cognoscimiento y respeto que tienen al mayor guiados.

La misma orden guardan, sin faltar un punto, en el servicio de la comida y bebida, si comen y beben juntos; lo mismo en el hablar y en el responder; y desto harto habemos visto por nuestros ojos en otras partes destas Indias.

Semejantemente guardan en todas las otras cosas de buena crianza y respeto que se debe tener a los mayores; de aquí [190] es que tienen tanta reverencia y obediencia a sus Señores, que apenas les osan mirar por un momento a las caras, que luego, aunque le estén hablando, no bajen los ojos.

Destá orden y ley puesta por este Príncipe tan prudente, y de la natural buena inclinación de todas aquellas naciones, procedió ser la gente de guerra tan morigerada, soliendo ser aquel género de hombres tan viciosos e indisciplinables, que nunca fueron frailes en sus conventos más obedientes a su perlado ni más quietos sin hacer daños, que aquellos eran a sus capitanes y daño ni molestia hiciesen por donde pasaban. Esto no es fábula sino verdad de todos los nuestros que noticia tuvieron ocular, ingenuamente confesada.

Cuando caminaban, ninguno se había de apartar un dedo del camino real a ninguna parte, y aunque la fruta de los árboles que estaban por los caminos (como dejimos) colgase al camino sobre las paredes, ninguno había que osare alzar la mano a tomarla, porque no menor pena que la muerte se les había de dar. Y para esto había muy grandes recaudos de guardas para ver si alguno se desmandaba, y si lo hobiera, él o su capitán lo habían bien de lastar. [191] Y esto era cosa prodigiosa que acaecía ir cient mill hombres juntos de guerra, que de tan desenfrenada libertad para hacer mal suelen usar desde que se veen muchos juntos, y que fuesen con tanta modestia y tan recogidos y ordenados.

Por los caminos tenían todas las cosas que habían menester en abundancia o en los depósitos principales de que arriba hemos hablado, o en ciertas casas, que llamaban tambos, como mesones, de más de ciento y cincuenta pasos en luengo, muy anchas y espaciosas, limpias y aderezadas con muchas puertas y ventanas (102), porque estuviesen alegres y claras, llenas de provisiones para esta gente, a cada jornada. En ellas se daba la ración de comida que había menester cada persona dellos y sus mujeres y criados, y de todo lo demás de que tenían necesidad, o de vestidos o calzados o de armas; y esto sin bullicio y reñillas (sic), ni desabrimiento ni turbación alguna más que si fueran padres y hijos de una casa.

Cuando llegaban a los pueblos y ciudades, [192] o se iban derechos a las plazas, o fuera dellos en el campo se alojaban, y luego le era allí traído todo lo necesario. Ni tenían necesidad, ni ocasión por ella, de ir a buscar cosa que les faltare, ni osaban ir a buscalla, porque había gran cuidado y rigor y castigo contra los que hicieran al contrario; y así estaban los vecinos asaz seguros de recibir molestia ni algún agravio ni que cosa de sus casas les faltase.

Las causas de las guerras que este Señor movía comúnmente y los que le sucedieron, eran, o sobre que las provincias de su Señorío se venían a quejar que otros extraños les hacían algunos daños e injuriaban, o porque alguno de los Reyes o provincias de las que le eran sujetas se le rebelaba, o también alguna vez quizá buscaban algunos de los sucesores achaques para dilatar su principado. Y desto asaz tenemos ejemplos en muchas naciones pasadas, y entrelas las de los romanos; y pluguiese a Dios que no fuese peor hoy entre los que nos llamamos cristianos.

Primero que otra cosa, cuando había de hacer alguna guerra, enviaba un mensajero con una porra de armas en la mano, como rey darmas, o a un capitán con alguna [193] gente a los enemigos, y aquella porra llevaba cierta señal Real colgada, lo cual era señal de amonestación y amenaza. Con aquella porra era el que la llevaba tan recibido y obedecido, acatado y reverenciado, como si en persona propia fuera, y sino, era cierta la

venganza.

Si el Rey o provincia contra quien determinaba de se armar era no muy ardua o muy grande, constituía un deudo suyo por capitán general; pero si era cosa grande, iba con el ejército su persona real.

Por cualquier causa que la guerra fuese movida, cada y cuando que le saliesen de paz y lo diesen la obediencia, los recibía con benignidad, tomando alguna gente para se servir e dar a los capitanes como por esclavos; pero no era la servidumbre como la que nosotros usamos con muchas partes (sic); todo el menos daño que se podía hacer se hacía, por haberlo él así ordenado y mandado.

Los que sujetaba de nuevo mandaba luego vestir al uso del Cuzco ellos y sus mujeres, y que hiciesen casas de piedra y templos al Sol, y se proveyese de Amaconas (sic), beatas o monjas que le sirviesen, y del servicio demás; ítem, las Casas Reales y las casas para depósitos, y aposentos [194] también para la gente darmas de la manera questá dicho atrás.

No juntaba ejército que no lo pagase de sus rentas, servicios y tributos sin que a los pueblos causase alguna vejación.

La manera de pelear era esta: que cercada la una batalla de la otra y cuanto las piedras podían llegar lo primero con que peleaban era con las hondas y como nosotros con la artillería, y en esto eran muy diestros, ciertos y certeros como experimentados. Las piedras que tiraban eran hechizas y al propósito amaestradas. A su tiempo, cuando estaban más cerca desarmaban los flecheros sus arcos. De allí, acercándose más, peleaban los de las lanzas y rodela hasta picarse y matarse con ellas. Cuando ya poco a poco se llegaban a estar juntos, venían a las manos y peleaban con unas porras que traían ceñidas y eran de piedras horadadas, y otras de metal o cobre a manera de estrella con un astil que les pasaba por medio, cuasi de cuatro palmos. Con éstas se aporreaban bien y se mataban. Traían eso mesmo unas hachuelas pequeñas como de armas, al otro lado, las cuales se ataban a las muñecas con ciertas manijas de cuerda como fiadores, porque no se los soltasen peleando, con un astil como de tres palmos, [195] y con estas se hacían grande daño y cortábanse las cabezas como con una espada.

Al tiempo que ya se comenzaban a juntar y herirse con las manos, los orejones, que eran los caballeros, y que de morir en las guerras por el Rey Inga y por la patria, como caballeros, habían hecho profesión, subíanse luego a tomar los altos y las sierras y rebentones ásperos, porque este era su principal negocio y ocupación en el pelear. Para combatir fortalezas y pasos dificultosos y ásperos, tenían unas rodela (por mejor nombre creo que es llamallas mantas) tejidas de palo y algodón, con cada una de las cuales se cubrían lo menos veinte hombres y de cualesquiera golpes de piedras y de otras armas se mamparaban. Finalmente, alcanzada la victoria, no eran crueles; antes, después de vencidos los contrarios, fácilmente se aplacaban y perdonaban. Todo lo más desto queda dicho arriba en el cap. 5 a la larga. [196]

Capítulo XXIII

De los contadores mayores que instituyó este Inga y de sus cargos y

atribuciones, y cómo llevaban sus cuentas y con qué. De los tributos y distribución de las provisiones de boca almacenadas en los depósitos. Comparación de los Señores y gente de Los Llanos con los de la Sierra, en sus costumbres, trajes y género de vida

Proveyó este Rey prudentísimo que hobiese por las provincias de sus reinos contadores mayores en los asientos arriba dichos donde había grandes depósitos. Estos tenían tanta cuenta y razón en todo lo que se sustentaba y gastaba y repartía y a quién y cómo y cuándo y por qué causas, que era cosa digna de toda memoria y admiración. Tenían cuenta de todos los que nascían y se morían y de qué enfermedades; cuántos niños, cuántos muchachos y muchachas, cuántos viejos y viejas; cuántos se habían absentado de cada provincia y por qué causa; cuantos y de dónde a ella habían venido y todo el número de la gente que había, que uno solo no erraba. Este contador [197] mayor tenía en cada pueblo un teniente y contador menor, que llamaban Llactacamayoc, que quiere decir la guarda del pueblo. Estos daban cuenta muy por menudo al mayor, que habitaba en el asiento principal, de todas las cosas que a su cargo estaban, y el mayor luego en la suya lo asentaba.

Cuando el Rey pasaba con ejército o sin él, que se gastaba o distribuía mucho, poníase por cuenta todo el mahíz, todas las comidas, todas las ropas, los calzados, las armas, las hondas, los arcos, las flechas, las porras, las lanzas, las rodelas, y hasta las piedras cuántas se daban para tirar con las hondas; por manera, que no se daba cosa, aunque se diese y repartiese a cient mill soldados, que no se asentaba y quedaba del cuándo y cómo y cuánto y a quién, razón y memoria y recuerdo.

La cuenta de aquellas gentes del Perú no eran pinturas, como la de la Nueva España, y tampoco era como la nuestra, porque ambas fueran harto fáciles, sino otra más que todas memorable y admirable. Y eran unos ñudos en unas cuerdas de lana o algodón. Unos cordeles son blancos, otros negros, otros verdes y otros amarillos y otros colorados. En aquellos hacen unos ñudos, unos grandes y otros [198] chicos, como de cordón de Sant Francisco, de unidades, decenas, centenas y millares, por los cuales más fácilmente se entienden que nosotros con nuestras cuentas de algarismo y de las llanas; y lo que más de todo nos admira, que están tan diestros y resolutos en aquellas cuentas, aunque sean viejas de muchos años, que si agora se les pidiese cuenta de los gastos que se hicieron pasando la gente de guerra del Rey Guaynacapa, que murió más ha de treinta y cinco años, la darían tan verdadera, que un grano de mahíz no faltase. Tienen destos cordoncillos llenos de ñudos sus rimeros tan grandes y tantos, que tienen casas llenas donde saben o tienen memoria de sus antigüedades. Cosa dignísima de oír e de ver y saber más que admirable.

Cerca de los tributos con que las gentes de sus reinos le servían, ordenó este Príncipe, y después dél los sucesores siempre lo guardaron, que el principal tributo fuese aquellas sementeras que están dichas en cada provincia. Dellas le llevaban los más propíncuos alguna comida donde él estaba; lo demás se encerraba en los depósitos que para ello eran edificados, para gastarse en las obras que ya se han dicho. También si venía algún año estéril [199] sacaban de aquellos depósitos y repartíase por la comunidad. Servíanle eso mismo con tributos de las demás cosas que alcanzaban en sus tierras y con algún pescado que le traían de la mar y de

los ríos, todo en muy poca cantidad, más por el reconocimiento del Señorío, que por el provecho que dello había. Y por esta causa, nuestros religiosos, escudriñando esto, han oído a viejos indios, que de ciertos pueblos que había en los arenales estériles, donde pocas cosas provechosas se daban, se contentaba este Señor con que le tributasen algunas lagartijas, porque allí se criaban muchas.

Los Reyes y grandes Señores le servían con algún oro y plata y con vasos hechos dello, esto, no cosa limitada, sino lo que a cada Señor le parecía; y no de todas las tierras y provincias, sino de solas aquellas donde había minas.

Item, en todas las minas principales estaban indios cierta parte del año que le sacaban oro, no más de tres o cuatro de cada provincia, y de aquellas provincias quedaban junto con las minas. Estos estaban allí con sus casas el tiempo que les cabía, y dábales de comer la república que allí los ponía. Y esto era muy poco; porque aquellas gentes y los Señores dellas [200] hizo Dios y la Naturaleza muy desnudos de codicia de oro y plata, porque de nada les servía para la sustentación humana y natural, y como de cosa superflua, ya que lo habían en tanta cantidad, usaban destos metales para vasos y tazas para beber y comer, y para las sillas en que se asentaba el Inga, y algunas joyas para se adornar y que para esto era menester; y principalmente todo lo empleaban en el culto divino y para el servicio y honor de Dios verdadero, o de aquello que estimaban por verdadero Dios. Para esto (ya que faltaba la codicia de athesorar) bastaba lo que cada provincia daba, que era poco; sino que como eran muchas, allegábase mucha cantidad. Y no daba entonces a un Rey tan poderoso toda una provincia que tenía diez mill vecinos cuanto es lo que agora contribuye un pueblo de quinientos a uno de los españoles que llaman comendero (sic); y esto es cierto, y así lo afirman los que allí lo han examinado y averiguado, que son siervos de Dios.

Tributaban también algunos dellos ropa de lana, y éstos eran los serranos; y los yungas, que son los de Los Llanos, servían con la hecha de algodón. Esta era muy fina y muy curiosa, de diversidad de colores [201] finísimos, que hacen de ciertas yerbas. Era cosa de ver y digna de admirar. Y para la más della daba el mismo Señor Inga de sus ovejas la lana, y el pueblo solamente servía con la industria y artificio de hacella.

Ninguno daba tributo en cosa que en su tierra no tuviese.

Destas ropas andaban todas aquellas gentes vestidos, por orden y mandamiento de Inga, este Príncipe (sic), los de la Sierra las vestiduras de lana, y los de Los Llanos, de algodón, hechas todas de una misma hechura: los hombres unas camisetas como camisas, sin collares, las mangas hasta los codos, y de largo hasta poco más de la rodilla, y encima de las camisetas unas mantas de dos varas y media en cuadro, y estas se cubren sobre las camisetas como capa. Traen todos unos pañicos menores como los religiosos de Sant Francisco, excepto que los serranos usaban aquellos pañetes desde que eran de diez y ocho años arriba, y los de Los Llanos, los niños cuasi desde que nascían. Las mujeres serranas traían sobre las camisetas unas mantas grandes hasta en pies (sic), ceñidas con unas cintas grandes de lana de muchas vueltas y tan anchas como un palmo, y presas aquellas mantas [202] con unos alfileles muy grandes, tan largos como un

palmo y tan gordos como una paja de trigo, sin cabezas, y en lugar dellas, unas como hojas de naranjo, Son estos alfileles de oro y de plata y de cobre, según el estado y calidad o dignidad de la persona. También aquellas cintas que dije, traían los Señores de oro y de plata muy primas. Encima destas mantas traían cubiertas unas otras (sic) mantas como mantellinas largas, que cubren los brazos y hastas (sic) las corvas.

El traje de las mujeres de Los Llanos es una saya larga de hasta la garganta del pie. Las Señoras la traen ceñida, y encima desta una mantellina como las de la Sierra; todo esto de algodón, hábito, cierto, honestísimo, porque sube hasta el cuello.

Estas naciones de Los Llanos tenían en gran veneración a los de las sierras, así Señores como súbditos, así como un escudero tiene respecto a un Grande, y por el contrario, los de las sierras estimaban en poco a los de Los Llanos; lo uno, porque los de las sierras eran más valientes hombres en las guerras, que docientos dellos acometían a dos mill de Los Llanos, lo otro, porque los señores de las sierras tenían por muy regalados y haraganes, [203] holgazanes, soberbios y viciosos a los de Los Llanos, y por eso los tenían en poco.

Los Señores de Los Llanos servíanse con grandes cerimonias; siempre que caminaban era en hamacas, y lo mismo en ellas llevaban a sus mujeres; y el mayor Señor se mostraba en llevar más hombres que llevasen las hamacas, como si un Señor entre nosotros, para mostrar su grandeza, llevase consigo muchas literas para remudar de una en otra cuando quisiese, o para ostentación de su grandeza. Y así, había Señor en Los Llanos que llevaba en sus caminos docientos y trecientos hamaqueros suyos y de sus mujeres.

Mostraban también estos Señores de Los Llanos su autoridad y potencia en que, cuando iban caminos largos o cercanos, llevaban consigo gran taberna; porque a donde quiera quel Señor parase, mientras allí estuviese, había de ser beber de su chicha, ques como cerveza.

Mostraban en más su auctoridad, que cada vez que salían de su casa, llevaban tres o cuatro trompetas, que son como clarines, y sus truhanes, que les están solaciando mientras comen y beben, y diciendo gracias. Lo mismo para sus mujeres no faltan truhanes; las cuales aman y tienen [204] en mucho y son celosísimos dellas, en tanto, que ninguno hombre de muchos que tenían en su servicio, había de ser sino castrado del todo, raso.

Los vecinos todos de las sierras era gente áspera, no nada delicada, ni curaba de regalos, y así, era guerrera. Donde quiera que iba llevaba sus armas consigo y sus toldos o tiendas, debajo de que dormían ellos y sus mujeres, que llevan (sic) consigo para que los sirviese, por los grandes fríos y nieves y aguas. Los Señores y Señoras, por grandes que fuesen, tenían por afrenta ir en hamacas y en hombros de hombres; y así, también como los súbditos, iba a pie, y sus mujeres no menos, sino era cuando era muy viejo o estaba enfermo, y la Señora si estaba preñada. De sus mujeres, una le lleva (sic) sus mantas y camisetas; otra la comida; otra la ropa de su cama; dos o tres pajes le llevan sus armas. Précianse de hombres dispuestos y feroces. Tienen en poco a sus mujeres; así, que si les cometen adulterio aquellos lo sepan o barrunten, luego las matan.

Comen asentados en sus duhos o asientos bajos, que les llevan siempre de camino, y muchos manjares, o de diversas maneras guisados,

sirviéndoselos sus propias [205] mujeres, lo que no hacen los Señores de los Llanos, porque tienen para ello sus cocineros y oficiales. Comen los de la Sierra por pan mahíz en grano tostado y cocido, y beben chicha, con otros guisados y bebidas que sus mujeres les hacen. Y acordémonos que, antiguamente, por pan comían pulchas (sic) de harina y agua y sal, no poco tiempo, los romanos.

Quiero aquí añadir una virtud común a todas aquellas gentes, grande y admirable, y esta es, que si una vez prometen o juran (y creo que el juramento es por el Sol) de guardar secreto y no decir lo que se les ha por secreto encomendado, escusado es sacárselo, aunque les hagan pedazos. Argumento es esto, que, rescibiendo nuestra santa fe, haciendo juramento, temerían de ofender a Dios en quebrantallo. [206]

Capítulo XXIV

En el cual se contienen algunas de las leyes que había este Rey establecido, mayormente la costumbre que tenía de honrar y solenizar los matrimonios de sus vasallos; cómo no había mala mujer alguna; y de la virtuosa honestidad que las mujeres guardaban, etc. (103)

Puso ley e orden aquel Rey Pachacuti en los casamientos y matrimonios, y tenía cuidado de que sus vasallos se casasen. Ya se dijo arriba cómo de tres en tres años tenía ordenado que los depósitos se renovasen; así quiso que por aquel tiempo se renovasen los hombres tomando nuevo estado. En aquel tiempo tomaba cuenta a los contadores mayores del número de toda la gente de las provincias y de los que habían nascido en ellas y de los muertos y de los absentes y de los venidos a ellas de nuevo, y de los solteros y de los casados. Para esto mandaba juntar toda la gente de cada pueblo por sus parcialidades o collaciones, en grandes plazas [207] o casas para ello deputadas, donde concurrían todos los mancebos y doncellas que habían llegado a edad de se casar. Salían también allí las que se habían criado con las Mamaconas en el templo, las doncellas a una parte y los mancebos a otra. De las que se habían criado [con las] Mamaconas en aquel encerramiento y religión, escogíanse cuatro o cinco de las más principales y más hermosas para mujeres del Sol, y otras dos o tres, si allí estaba el Señor, las que más le contentaban, para mujeres suyas; y si no estaba presente, aquella elección hacía el tocrico, o procónsul y legado, para el Señor. De las otras criadas en el templo con las Mamaconas, casábanlas con los mancebos hijos de los Señores; algunas daba de su mano el Señor a algunos principales Señores, por dalles favor, y ellas no lo rescebían menor. Las doncellas de más de todo el pueblo y provincia, casábanlas con los mancebos de su suerte, dando licencia a los padres que tractasen con quien les placía casarlas. Luego allí se concertaban y se concluían los casamientos, porque, antes que allí viniesen, lo habían tratado y concertado.

Repartidas por esta vía las doncellas y para cada marido cada una señalada, el [208] Señor les hacía una plática muy larga persuadiéndolos y exhortándolos a que se amasen, y los varones que hiciesen buen tratamiento a sus mujeres, y a ellas, que a los maridos amasen y reverenciasen y los sirviesen, para que el Sol los prosperase y hiciese bien aventurados. Hecha la exhortación, de discreto Príncipe y virtuoso, mandaba traer ropas y joyas y otras alhajas que les donaba y hacía de merced, en que cumplía oficio de Príncipe humano y Rey magnánimo. A otros mandaba dar cierto

número de ovejas y otras dádivas. A algunos hijos de Señores que quería hacer más favor y merced, mandábales dar sillas y licencia para que desde allí adelante en sus casas y Señoríos pudiesen sentarse. Apercebía y mandaba luego allí a los que desto tenían oficio y cargo, que tornasen a recoger las doncellas de diez años arriba hijas de Señores, para que se criasen con las Mamaconas o monjas sirvientas del Templo en aquella religión y encerramiento, en lugar de las que allí entonces se habían sacado que ya iban casadas.

Todo esto cumplido, daba luego licencia que hiciesen allí grandes fiestas, cantos y bailes y juegos, las mujeres por sí y los hombres a otra parte; y mandábales [209] sacar de comer y beber a todos las comidas y vinos que por su mandado les tenían sus oficiales aparejadas.

Esta solemnidad y diligencia de los casamientos hacia el Señor y con su presencia los favorecía y honraba; y si él no podía o no quería, siempre lo hacía su tocrico, procónsul o legado.

Acabados los casamientos en aquel pueblo o ciudad, y así toda la provincia, pasábase a celebrar lo mismo a otra provincia, y así por todo el reino y reinos que tenía, ordinariamente sin faltar cada tres años.

Con esta tan singular diligencia y admirable regimiento y cuidado de que todos sus súbditos y vasallos fuesen todos casados, con las costumbres buenas y orden de policía que había plantado, prohibía que no hubiese malas mujeres algunas, porque, ni con tal recaudo y cuasi divina gobernación de que las hobiese había ninguna necesidad. De aquí es haber sido entre aquellas gentes tenido por cosa nefanda y abominable que anduviese una mujer desmandada en torpes actos. Y desto dan testimonio nuestros españoles seglares haber visto esta tan señalada obra de virtud de la honestidad y castidad, cuando al principio, estando en su prosperidad [210] aquellos reinos, en ellos entraron. Y ellos mismo testifican que en la ciudad del Cuzco vieron gran número de Señoras muy principales, que tenían sus casas y sus asientos muy quietas y asesegadas, y vivían muy casta y honradamente, como muy honestas y buenas mujeres, cada una con quince o veinte mujeres que tenían de servicio y compañía en sus casas, honestas, bien traídas y aderezadas, y morigeradas. Y cuando salían, con grande autoridad, honestidad y gravedad y atavío a su usanza. Estas son palabras de un buen seglar escriptas que lo vido y notó y sobrello dice cosas harto notables; y añade, que cree haber entonces destas Señoras principales en la ciudad del Cuzco y en sus comarcas más de seis mill, sin las de servicio que con ellas en esta vida honesta y virtuosa moraban, que pasaban de veinte mill; y todas estas sin gran número de las Mamaconas que después de haber los españoles el templo del Sol desbaratado y asolado, vivían siempre, según solían, en toda honestidad, como monjas o beatas. Y Dios perdone (dice aquel buen cristiano a quien de estragarse toda esta tanta y tan loable honestidad y bondad fue la causa.

Tornando a los casamientos, ya queda [211] dicho en qué grado de consanguinidad se casaban, porque ni con hermana ni con prima hermana, ni con tía, ni con sobrina usaban casarse, y el contrario se tenía por muy malo, fuese la persona alta o baja, Señor o súbdito; solamente los Ingas, Señores del Cuzco y Reyes soberanos era lícito, por razón de la sucesión y herencia del Estado; porque aquel que era hijo de Inga y de su hermana de

Inga, heredaba como más propinco y más cierto y esclarecido linaje. A todos los demás era ilícitos (sic) y abominable casarse o tener participación en mala parte con personas dentro de aquellos grados.

Los adulterios, si eran de voluntad de ambos, a ambos mataban; y si el varón hacía fuerza a la casada, él solo con la muerte hacía pago (104).

Los hurtos ásperamente se castigaban; porque, por el primero mataban, si era cosa (?) notable, como aquellos que menos razón de hurtar tenían, por haber puesto el Rey tanto recaudo y provisión, que los pobres fuesen proveídos en sus [212] extremas necesidades, y mandado que no hobiese vagabundos, y que todos, para tener lo que hobiesen menester, trabajasen. Hurtillos de poco valor y rencillas, livianas y cosas semejantes, los Señores de cada pueblo y gobernadores los castigaban con castigos moderados, como hacellos dar con una piedra ciertos golpes en las espaldas y los (sic) semejantes.

Los homicidas que mataban alguno, sin tener remedio, eran con muerte justiciados.

Los que mentían eran muy castigados según la calidad de la mentira; y comúnmente a las mujeres que mentían, aunque fuesen las mentiras livianas, por castigo tresquilaban.

A los hechiceros y brujos, y que en las mujeres causaban esterilidad o ligaban los maridos, que no pudiesen a sus mujeres llegar, o que con hechizos mataban, cosas que muchas veces se usaban entrellos por algunas personas malas, que debían tener hecho pacto con el Diablo, crudelísimamente las mataban, y no donde quiera, sino que a aqueste género de delincuentes los traían a la ciudad del Cuzco para que allí fuesen justiciados, y su muerte y castigo más por el reino se sonase. [213]

Los delitos que se cometían en perjuicio de la comunidad y otros graves, castigaban los gobernadores o mayordomos que tenía el Rey Inga en cada provincia; pero pocas veces condenaban éstos a muerte sin particular consulta y mandamiento suyo, porque, como se ha dicho, cuasi toda la jurisdicción de lo criminal, al menos de pena de muerte, había para sí reservado.

Los contadores mayores y menores tenían en las cuentas gran fidelidad, pero, si en alguna cosa les hallaba mentirosos al tiempo de dar las cuentas, luego los mandaba matar.

Si algún Señor, deudo del Rey, o de sangre Real, cometía crimen alguno digno de muerte, y por privilegio no lo quería matar, condenábalo a cárcel perpetua, Y esta era crudelísima cárcel. Teníanla un cuarto de legua del Cuzco, y llamábanle, Binbilla, donde lo ponían, y hasta que moría, con triste vida estaba.

Tenía ley puesta que hubiese por todos sus reinos peso y medida, porque ninguno fuese agraviado o engañado.

Era también ley que ninguno entrase ni saliese puesto el Sol ni antes que saliese, en la ciudad del Cuzco, porque se supiese y cognosciesen todos los que en [214] la ciudad [entraban, había?] y de donde venían o eran.

Otras muchas leyes y buenas costumbres se pueden colegir de la orden y órdenes que cerca de la gobernación arriba en diversos capítulos quedan referidas.

Capítulo XXV

De la elección que Pachacútec hizo en su hijo Amaro para heredarle, y cómo tuvo que revocar este acto soberano y designar a otro de sus hijos para este cargo; y de sus últimas disposiciones y leyes, y de su muerte Este tan glorioso y venturoso Rey Pachacuti Inga, o Pachacuticapacingayupangui, Rey que volvió o trastornó aquel mundo, después de haber muchos prudentísima y gloriosamente haber (sic) gobernado y puesto en todos aquellos tan grandes reinos suyos tan provechosa y esmerada policía, llegó a ser mucho viejo y a tener muchos hijos y verlos en su vida muy hombres y de mucha prudencia y virtud adornados. El cual, viéndose tan viejo y cercano a la muerte, escojó uno de sus hijos, que tenía por nombre [215] Amarotopainga, hombre bien sabio y entendido en las cosas de casa y de mandar hacer edeficios y labranzas, pero nada sabio ni aficionado a las cosas de la guerra. Este fue el tercero hijo suyo, porquel primero se llamaba Apoyanguiyupangui, y el segundo Tillcayupangui. Escojó, como dije, a Amarotopainga, el tercero, para que le sucediese en el universal imperio de sus reinos, el cual quiso que gobernase y mandase mientras él vivía; y así mandó y gobernó cinco o seis años; dentro de los cuales el prudente viejo aconsejaba e instruía al Amarotopainga lo que le convenía hacer, y cómo se había de haber en la gobernación de los reinos, para que hiciese lo que debía, teniendo a todos en paz y justicia, para que fuese amado y estimado de todos sus súbditos.

En este tiempo cognosció el Rey viejo Pachacuti la poca habilidad y discreción que para gobernar tantos reinos su hijo Amarotopainga tenía, y que su prudencia para más de labranzas y edificios y otras cosas de casa familiares [no] se extendía; lo cual, también los Señores y Grandes del reino y los pueblos entendiendo, comenzaron a hacer dél poca estima, y principalmente los demás hijos de Pachacuti e hermanos suyos, de donde procedió rebelarse [216] algunas provincias del Collao; y para reducir las a su obediencia debida, mandó el padre al hijo que fuese con sus gentes de guerra y las subjectase y trujese a su obediencia. El cual, puesto que contra su voluntad, por fuerza o por vergüenza hobo de ir, donde se dio tan mala ingna (sic) y mostró tan descuidado y tan ajeno de hombre para guerra, que sino fuera por el esfuerzo y animosidad e industria de sus hermanos, mayormente del cuarto dellos, que se llamaba Topaingayupangi, que se mostró valeroso más que todos, perdiera la batalla y fueran vencidos de los contrarios.

Por esta falta y poquedad de Amaroinga se confirmó el padre, y los Señores y pueblos, que aquel no era digno de suceder en el reino, ni para tantos y tan grandes reinos gobernar.

Vueltos, pues, los hermanos y gentes de la guerra con su victoria, no habida por el principal capitán, antes estuvieran por perderse todos por su incuria y flojedad, el buen viejo Pachacuti, en público y en secreto informado de los capitanes y de los demás de todo lo acaecido y de quien lo había hecho mejor o peor, y sabida de todo la verdad, cognosciendo que se había engañado en la elección de [217] Amaroinga por su sucesor, y que si moría quedando por Señor, perdería los reinos que él con tantos trabajos, prudencia y cuidado había augmentado y conservado tantos años; y

cognoscido también la habilidad, esfuerzo y prudencia que el cuarto hijo, hermano de madre del dicho Amaro, en aquella guerra había mostrado, hizo llamar a todos sus hijos y tres hermanos suyos y a todos los principales hombres de la ciudad; pero no quiso estuviesen presentes los Señores de las provincias comarcanas, sino solamente los naturales de la ciudad y los deudos, porque Amaroinga no se afrentase por lo que quería hablarle. Los cuales todos juntos, Pachacuti les hizo una muy larga y solene plática, trayéndoles a la memoria el origen, y esfuerzo, y valor, y prudencia y buen gobierno de sus antepasados, en especial el de su agüelo y padre, y los hechos y trabajos y hazañas que él mismo había hecho; y cómo, por haber sido tan sabios y valerosos, habían sus reinos tanto augmentado, viniéndole a subjectar tantas y tan grandes provincias para que las gobernase y tuviese en paz, como lo había hecho, y otras que por sus armas e vencimientos había él subjuzgado, trayéndoles y probándoles por diversos ejemplos todo [218] lo que pretendía platicalles; y prosiguiendo su razonamiento adelante, les dijo: que por el deseo que siempre tuvo y al presente tenía de conservar él tan gran Señorío que el Sol le había dado por la primera victoria que arriba queda declarada, y por el amor que a todos los de sus reinos tenía, [quería] que después de sus días viviesen en justicia y paz, considerando que era viejo y que presto había de acabarse, había escogido y nombrado por su sucesor en tantos reinos a Amaroinga, hijo tercero, no porque lo quisiese más que a los otros ni porque fuese el mayor, pues había otros dos que nascieron antes, sino pareciéndole que como en otras cosas le vía prudente y bien inclinado, tuviera también talento y capacidad para que gobernara y conservara los reinos que sus padres le habían dejado y él había mucho, como vían, dilatado y augmentado. Por este respecto y no particular afición, entre seis hermanos que eran, lo había elegido a aquel.

Llegando hasta aquí la plática, dicen que comenzó a llorar, y llorando vuelve la cara y endereza sus palabras a Amaroinga, refiriéndole todo lo que había hecho por él, cómo le había honrado y autorizado más que a los otros sus hermanos, [219] mandando a ellos y a toda su ciudad real del Cuzco y a todos sus reinos que lo tuviesen por Rey e sucesor suyo, y que así quisiera él que permaneciera, pero que el Sol no le había querido aceptar, sino que le sucediese aquel que mejor supiese gobernar y conservar la orden qué él había puesto, y procurar la defensa y quietud y paz y conservación de los pueblos infinitos que le había dado.

Dicho esto, comenzole a poner delante los defectos que después que le había cometido la gobernación había hecho, en especial la poca industria y orden y recaudo que se había dado en la guerra pasada, y cómo, si no fuera por sus hermanos, principalmente por Topaingayupangi, quedaran todos vencidos y se perdiera aquel Estado.

Después de le haber dicho sus faltas, volvió luego a excusallo, diciendo que aquello bien creía él que no había sido por su culpa ni por ser él malo, sino porque el Sol no había querido que él fuese Señor, pues no le había hecho muy valiente y más sabio, y por tanto, que quería y determinaba y le mandaba que solo hobiese cargo de las cosas pertenecientes a la ciudad, y de hacer reformar los edificios della y de los que demás se hobiesen de [220] edificar, y todo lo demás de la casa; y que como el Sol lo quería, así lo quería él y así se lo encargaba y

mandaba; y que no entendiese de allí adelante más de tener aquel cargo. Y para esto, constituyolo por cabeza y capitán del primer linaje Real, llamado Capac aylo, de los diez que arriba en el cap. 17 hecimos mención haber constituido y ordenado en la ciudad, cuando comenzó a gobernar.

Oído todo lo que habemos recitado, el hijo Amaroinga, con grande humildad e obediencia (como si fuera un devoto fraile que le absolviera del oficio de prior o guardián su provincial) baja su cabeza y dice, quel es muy contento de lo que el Sol había ordenado y él, su padre, le mandaba. Levantose y besa la mano a su padre, y luego vase a asentar en su lugar. Todo esto, dicen los indios que no se celebraba sin muchas lágrimas del viejo Rey y padre y de los circunstantes. Y ciertamente materia era y palabras y razones para que no faltasen en abundancia. ¿Y quién hay hoy en el mundo de los hijos Reales, que si el rey, su padre, habiéndole dado el reino y después, aunque fuese por sus muchas culpas, para bien de los pueblos, para traspasallo a otro hermano, se lo quitase, que con tanta humildad, paciencia [221] y obediencia lo sufriese y aceptase? Hoy, como en esto y en otras muchas particularidades y aun generalidades, nosotros cristianos habemos de ser de aquestas indianas gentes juzgados. Escripito está: ipsi. n. iudices vestri erunt.

Cumplido con la deposición de Amaroinga del estado de Rey, e puesto en el de capitán de los caballeros de sangre Real, llamó ante si a Topaingayupangui, su hermano, y era el hijo cuarto, que era muy valeroso y sabio y habilísimo y prudentísimo para gobernar, como después bien lo mostró, y delante de todos le hizo otro maravilloso y eficazísimo razonamiento, en el cual le dio a entender cosas, cierto, harto más altas que había en la política de Platón ni Aristóteles ni otro político estudiado, sino lo que la lumbre natural, que en él estaba bien clara, y la Divina Providencia que en aquella silla real y tan ancha le había entronizado le infundió para bien y utilidad de tan grandes repúblicas y, comunidades, y él pensaba que el Sol material se las dictaba.

Dijo, pues, que el Sol quería que los Reyes y Señores que habían de gobernar los pueblos fuesen muy prudentes y sabios, y que amasen mucho a los buenos y remediasen a los pobres y castigasen a los [222] delincuentes y hombres malos, porque así se lo había ordenado y mandado el Sol, y así lo había hecho él y guardado siempre; para efecto de lo cual había señalado y nombrado a su hermano Amaroinga, estimando que lo hiciera así; y puesto quél era bueno y amaba los buenos y remediara los pobres, pero que tenía el corazón muy blando y no castigaba los malos, y por eso no le temían y se le alzaban; y que pues él tenía buen corazón para lo uno y para lo otro, que fuese hombre que de tal manera quisiese bien a los buenos y, hiciese bien a los pobres, que fuese recio y riguroso para con los desobedientes y malos y que hiciesen mal a otros. Y que tuviese por cierto, que si así lo complía, el Sol le amaría y le favorecería, y los Señores, sus vasallos, y los pueblos con todo el reino lo reverenciarían, temerían, obedecerían y querrían mucho. Y si no lo hiciese así, supiese que se indignaría contra [él] el Sol, y que él le privaría del principado, como había hecho a su hermano. Y que aunque fuese muerto, su illapa, que quiere decir su ánima (105), estando en la otra vida, se lo quitaría.

[223]

Acabada su exhortación, y amenaza, mandó a todos sus hermanos y a sus

tíos, hermanos del Rey, e a otros parientes y a toda la ciudad que estaba presente, que luego allí le alzasen y rescibiesen por su sucesor y por su Rey. Mandó también llamar todos los Señores y gobernadores de sus reinos que viniesen a su corte para que hiciesen lo mismo, dándole la obediencia. Mandó asimismo al dicho Topaingayupangui, su sucesor, que cuando fuese viejo, mirase mucho en escoger de sus hijos para que le sucediese, no el que más él quisiese o a él se aficionase o el mayor, sino el que cognosciere para gobernar y bien de los pueblos ser el mejor. Y constituyó que así se guardase adelante siempre por todos sus sucesores. Y de tal manera esto se guardó, que aún se guarda por los pocos Señores que han quedado hasta hoy. Certifican nuestros religiosos haber visto Señor, que, al tiempo de su muerte, preguntado por ellos a quién de sus hijos quería dejar por sucesor del poco Estado que le había quedado, respondió: a fulano quisiera yo dejar, porque le quería mucho, pero no es bueno para gobernar; y por tanto, no quiero dejar sino a fulano que sé que es para ello mejor. Y así prefirió el bien común de todos a su [224] afición particular. Y esto es así verdad, porque el mismo siervo de Dios que se halló presente me lo certificó.

Ejemplo es éste para que se nos diga aquello del profeta: Erubescere Sydon, ait mare. Porque, cierto, cosa sobre hombres o sobre la naturaleza humana y arduísima es que los Reyes, viendo que sus hijos no son para gobernar ni reinar, mayormente los que más aman, y que, negado su natural deseo y afición, pasen el reino a otro. Así lo dice el párrafo 3 de la Política, capítulo II.º: Reges non relinquere filiis suis si eos videant idoneos non esse: arduum est et supra naturam humanam. Hec ille. ¿Quién de los Reyes hoy del mundo, aun de los cristianos, esto hará? Pues entre estas gentes menospreciadas hobo quien lo hiciese.

Otras muchas ordenanzas para perfección de la policía de sus reinos muy puestas en razón hizo este buen Príncipe Pachacuti e dejó mandadas a su hijo, que del todo no se han podido examinar ni dellas tener noticia particular, como no consten por letras de historia, por no tenerlas, sino por los vicios de mano en mano y por los cantos y romances que en las fiestas cantan bailando, que son sus principales historias. Basten las cosas dichas para juzgar [225] que mucho más es lo que era que lo que habemos podido averiguar.

Resta decir una cosa muy notable que certifican todos los viejos dél. Esta es, que cuando ya era muy viejo, dijo a sus hijos que le había hablado el Sol y certificado que su Señorío se había de acabar muy presto, porque no había de haber más de su linaje de los Ingas Reyes sino otro o otros dos después dél; y así acaeció, porque no hobo más de su hijo Topainga y su nieto Guainacapac. Éste muerto, quedaron dos hermanos que al principio tuvieron gran división entre sí, hasta que llegamos nosotros que lo posimos en paz.

Este Señor vivió algunos años después de haber nombrado a su hijo Topainga por su sucesor, y vido la buena y prudente gobernación que usaba en el reino y reinos que le había encomendado; de donde rescibía inestimable alegría y consolación. Y al cabo murió este glorioso Rey lleno de días, en gran contentamiento y quietud, viendo que dejaba su tan gran Estado y Señoríos, por quien tanto se había desvelado y trabajado, a tan buen sucesor. [226]

Capítulo XXVI

De las ceremonias que Pachacútec había ordenado para sus funerales y de sus sucesores, y cómo se observaron. Llantos y lutos

Dejadas las ceremonias que del tiempo antiguo primero de dos que hobo en aquellos referimos que se hacían en los entierros, debía este Rey tan prudente, como en todas las cosas para perficionar las repúblicas ordenó cosas muy nuevas (por lo cual lo llamaron «vuelta del mundo»), añadir también ceremonias y orden nueva cerca de las que debían hacerse en la muerte suya y de sus sucesores, mayormente cuanto a lo que tocaba a la seguridad del reino, por que en su fallecimiento no hobiese algún alboroto.

Ordenose que estando el Rey enfermo, lo metiesen en los más secretos aposentos de sus casas, que no lo viesen sino solos sus mujeres y hijos y el que lo había de heredar, los muy privados y el médico o médicos que lo curaban (y éste nunca salía de junto a él.) Ninguno de los de fuera entraban allá, ni aún los de casa sabían [227] si empeoraba o mejoraba. Cuando veen que va empeorando, mayor recaudo ponen para que no se sepa. Ya que muere, tiénenlo encubierto un mes y nadie sabe cosa dél. Entretanto, el sucesor enviaba a las provincias de que había mayor sospecha de alboroto, avisando a los gobernadores secretamente de lo sucedido y que pusiesen recaudo en la quietud de los pueblos. En aqueste tiempo mataban algunas personas de las más familiares, mujeres y criados, que le habían de ir a servir, y estos no eran otros sino los que de su voluntad solamente se ahorcaban para ir con él a servirle, o los que clamaban pidiendo que los ahogasen para ir aquel camino, porque lo tenían por singular ventura y favorable privilegio.

Lavábanle el cuerpo todo muy bien y vestíanle de los mejores y más ricos vestidos y ropas que él tenía y las joyas y vasos de que más se arreaba y servía, con todo lo cual le sepultaban y las mujeres y criados ya muertos cerca dél. Todo esto así hecho, tiénenlo así en su casa, sin que hombre de los de fuera sepa que es muerto, como si estuviese vivo.

Pasado el mes, ya que por diligencia del sucesor estaba proveído lo que convenía para la paz y tranquilidad del reino, y [228] que ya estaba todo sosegado, comenzaban los hijos y hermanos y más propincos parientes a medio llorar, fingendo un día que está ya muy malo y propinco a la muerte, y otro día que no tiene ya remedio, y otro día, finalmente, que ya es muerto.

Sacan en público sus andas en que solía andar y su silla en que se asentaba y sus alhajas ricas que con él no enterraban, y poníanlas en un cadahalso alto y comenzábanlo luego todos plenamente a llorar. Duraba el lloro con grandes ceremonias, solenidad y aparato y con cinfonías (sic) y trompetas con voces grandes (106). Había grandes maestras mujeres endechaderas, que cantaban todas sus virtudes y hazañas. Juntábanse todos los Señores de la tierra y muy grandes gentes a llorallo, y ayunaban dos días sin comer o poco o nada, y al tercero día dábanles opulentísimamente de comer y beber.

Publicaban luego, que los criados y personas que al difuncto mucho

amaban que quisieren ir a servir a su Señor, fuesen de su libertad. Luego, algunas mujeres y hombres que habían sido muy sus servidores y familiares, se ahorcaban para ir [229] a servirle; otros que no tenían tanto ánimo para se matar, rogaban a sus amigos que los ahogasen, por tener por gran honra y beneficio ir a servirlo. Ninguno para esto forzaban que no fuese voluntario; porque decían, que el que no iba de su voluntad allá, no le serviría de buena gana o se huiría por no le servir, y aun también, porque los voluntarios y que se convidaban eran tantos, que de forzillos no había necesidad.

Duraban estos lloros y obsequias seis y ocho meses; y las deste Pachacuti duraron un año. En todo este tiempo daban de comer a yentes y vinientes, aunque fuesen infinitos. Hacían muchos y diversos actos en estos lloros, dignos de ser contados; pero déjanse por la brevedad.

El luto que tenían o se ponían, era vestirse todos los que traían luto de ropas pardas, así las mujeres como los varones. Los hombres no se ponían las insignias de las orejas; ni ellos ni ellas hacían en todo un año cosa de alegría, ni se la ponían de que hobiesen placer.

Eran los Señores muy llorados, y puesto que para con todos los Señores se guardaba esta costumbre, principalmente así en lo tocante a la sucesión como en el enterramiento y principales cerimonias, pero [230] todavía en cada provincia y pueblos tenían maneras de llorar y lutos particulares y diferentes, los cuales Pachacuti no les quitó, porque las costumbres y leyes buenas y trajes que tenían las provincias y pueblos que sojuzgaba o se le daban, elijéndole por Señor, siempre se las dejaba; sólo añidía lo que tocaba la religión y o cultu del Sol, y todo aquello que sentía que para perfecta república les faltaba. Y así, generalmente convenían en que al Señor, cuando enfermaba, lo encubrían que no lo viese nadie sino sus mujeres y hijos y sus muy privados; y éstos habían de estar sin pecado público, mayormente cuanto al pecado de deshonestidad.

Item, común era por todas las provincias llorarle muchos días y dar de comer y beber a costa del Señor muerto a cuantos iban y venían.

Item, a todas las provincias era común todos los parientes y amigos traer, cuando venían a honrar el difuncto, de todo lo que en sus casas tenían: unos maíz, otros ovejas, otros otras comidas; y presentábanlo todo delante el difuncto, que comúnmente ponían en el patio de sus casas, donde lo lloraban. Y sí era cosa viva lo que allí habían presentado y ofrecido, delante el cuerpo lo mataban y sacaban [231] el corazón y poníanlo en un palo alto. Y acabado de llorar, que lloraban cuatro o cinco días más, o más o menos, según acostumbraban, conforme a la calidad de la persona, llevábanlo a enterrar comúnmente a las sepolturas que usaban tener en el campo y llevando sus armas e insignias en palos altos con gran lloro y procesión.

Después de sepultado, volvían todos a comer, donde tenían de los bienes del difuncto y de lo que habían traído ellos, grandes comidas aparejadas. Allí se juntaban a comer todos los deudos y todo el pueblo y cuantos pobres había y se podían hallar, y si era gran Señor, de otros pueblos; y ponían la ración del muerto ante su silla o asiento donde se solía asentar, y allí comían y bebían todos en abundancia, y de cuando en cuando tornaban a llantear.

En algunas partes, allende lo que arriba en el capít. 15 dejamos

dicho, hacían un bulto y figura con mantas debajo, junto a la sepultura, y vestíanle las vestiduras del difunto. Cada luna nueva encendían un gran fuego delante la figura (la cual decían que representaba su ánima), y traían delante allí todo su servicio de comida y bebida que le daban cuando era vivo, y de [232] la misma manera le servían. La parte que les parecía que él solía comer, quemaban en aquel fuego, diciendo que el fuego lo comía en su lugar y se lo daba en el otro mundo, donde había ido a parar. Lo demás que sobraba comían sus mujeres y criados y las demás personas que si fuera vivo comieran de su plato.

Todas estas maneras de ceremonias se guardaron en la muerte y entierro deste Rey Pachacuti, e fueron más que sobre otro algún Rey señaladas.

Capítulo XXVII

De los Ingas sucesores de Pachacútec hasta Atauhuallpac

Muerto y sepultado el Rey Pachacuti e sus obsequias y honras principales acabadas, comenzó a reinar solo ya sin él su hijo y sucesor Topainga con tanta prudencia, discreción y orden, que todo lo bueno que su padre había en sus reinos de buena y política gobernación entablado, lo sostuvo y llevó muy adelante. Ninguna cosa perdió de cuanto Señorío y cuán dilatado le dejó el Rey su padre; y algunas provincias que [233] se le habían rebelado por el descuido de gobernación del hermano Amaro, y otras que por la causa misma presumieron de hacer guerra a los súbditos y amigos suyos, los venció y redujo por fuerza de armas; y así extendió su señorío por las sierras hacia abajo de Quito y lo de Bogotá, que agora llaman el Nuevo Reino de Granada. Lo mismo hizo por la parte de arriba que a Chile va a parar.

Este Topainga puso gran orden en los que llamaban Mitimaes, que eran las colonias que pasaban de unas a otras partes, dando orden que las provincias que carecían de algún género de comida, por no tener tierra dispuesta y aparejada, pusiesen vecinos en la provincia donde aquello abundaba, para que allí lo labrasen y todos de todo lo que en todas partes había gozasen; y por esta ocasión y achaque, las gentes de unas provincias con las de las otras comunicasen, y así viviesen en paz.

Fortificó las guarniciones que para guarda de sus reinos su padre tenía en las fronteras, y puso de nuevo otras donde le pareció que debía ponerlas.

Puso también orden cerca de cosas, que concernían al peso y medida, y en las cuentas, y mandolo guardar por toda la tierra. [234]

Mandó sacar acequias para regar los campos más de las que había, y romper y sembrar nuevas tierras.

Este Señor fue el primero que halló el secreto y mandó que se usase y gozase del provecho de la coca, yerba que se tuvo y hoy tiene en tan gran estima; y porque la tierra donde la coca se da es calidísima y por esta causa es muy enferma, entendiendo que los indios que allí fuesen a cultivar la coca de nuevo padecían peligro, tuvo una gran industria, como varón prudentísimo. Ésta fue, que ordenó y mandó que algunos vecinos naturales de tierras muy callentes y a la dicha tierra más propincuas, se

fuesen allí a vivir y que della le diesen tributo, comutado (sic) lo que en otras cosas le daban donde antes vivían; y de creer es, que, por animallos a ello, algunas sueltas de tributos y por algún tiempo les haría. Y más hizo, que todos aquellos que por todo su reino se habían, por sus delictos, con muerte de justiciar, porque allí se fuesen a poblar, les otorgaba las vidas. ¿Qué mayor discreción y prudencia de gobernar en tal materia puede ser oída? Yo me acuerdo cuando en los principios se tuvieron en poco y en nada estas nuestras Indias, que de venir a ellas todos huían, los [235] Reyes Católicos mandaron despachar sus provisiones por todo el reino de Castilla, las cuales tengo yo hoy en este día, para que los corregidores y otras justicias, los malhechores dignos de muerte y de gravísimas penas a ella propincuas, no los matasen y diesen las tales penas, sino que los desterrasen para estas nuestras Indias.

No se hace hoy así en tiempo de nosotros cristianos en el sembrar y beneficiar la dicha coca, porque no hay pestilencia que más gente mate que la que muere en la cultura della; porque sin diferencia traen de cincuenta y setenta y más leguas los indios de tierras frigidísimas a la calidísima para que la cultiven. Gran vicio es este; tornó a decir: Erubescere Sydon, ait mare, como el profeta Isaías dice. Que los infieles que gobiernan tengan tanta industria y pongan tanto cuidado, por su interés temporal, en no exponer las vidas de los súbditos que gobiernan en peligro, y que nosotros, que de cristianos nos arreamos, no tengamos cuenta con ello! Ideo ipsi iudices nostri erunt, dijo el Redemptor del mundo, Christo.

Este Topainga fue el décimo rey Inga, y casó con una hermana suya de padre y de madre, llamada Mania Ocllo (107); el cual [236] casamiento hizo por mandado de su padre Pachacuti, diciendo que no podía tomar más conveniente mujer para mejor conservar su estado y que las gentes le tuviesen más amor y devoción que siendo Señor por parte de sí mismo y por parte de su mujer.

En ella tuvo muchos hijos, pero tres fueron los principales. El mayor se llamó Peditopayupangi (108); el segundo, Guaynatopainga; el tercero, Guaynacapac. Y aunque los dos fueron los primeros hijos suyos de su hermana, empero pareciéndole que el tercero, Guaynacapac, mostraba más señales de virtud y cordura y autoridad, comenzolo a mirar y considerar y en su pecho señalallo para su sucesor; y al cabo no se engañó.

Fue valerosísimo varón este Guaynacapac, que quiere decir mancebo emperador, porque lo comenzó a ser y imperar desde bien muchacho; y algunas provincias que se habían comenzado a rebelar redujo, y otras fronteras que inquietaban las naciones sus vasallos Y devotos allanó. Éstas eran donde agora están fundadas León de Guánuco y la ciudad de los Chachapoyas, de las cuales trujo al Cuzco todos [237] los más principales Señores y de otras, porque, estando en su corte, tuviese todos aquellos estados seguros. Estos hacía tractar y servir como Señores, a cada uno según su mayoría y dignidad.

Este rey Guaynacapac fue undécimo rey de los Ingas, y en quien podemos decir que los reyes Ingas se acabaron, como arriba tocamos; porque siendo este ya viejo y estando en las provincias de Tomepapa (109), que son en términos de la de Quito, llegó Pizarro con los trece compañeros que dicen, cuando comenzó a descubrir aquellos reinos, como en otro lugar, placiendo a Dios, se dirá (110). Y esto supo luego Guaynacapac y envió a

saber qué quería aquella gente nueva; y vueltos los mensajeros, dijéronle que venían a buscar oro; y dicen que les envió ciertas piezas dello; y cuando llegaron a la mar los que las traían, eran ya partidos los cristianos. Y con la muestra que de oro hallaron por aquella costa, se vino Francisco Pizarro a Castilla y pidió la gobernación [238] de la tierra y en este tiempo medio murió Guaynacapac y quedó su señorío dividido por su orden y mandado entre dos hijos suyos, el uno llamado Guascar y el otro Atapalipa. Al Guascar dejó al Cuzco con todo lo de arriba, y el Quito con todo lo de abajo y sus comarcas dejó al Atapalipa.

Muerto el padre Guaynacapac, hobo entre los hermanos grandes diferencias, no queriendo estar Guascar por la orden y determinación del padre, y enviando gente de guerra contra su hermano Atapalipa, venciolo y prendiolo; pero suelto de la prisión por industria de cierto indio, que le dio una barreta de cobre para soltarse, rehízose con su gente, y envía dos capitanes con cuarenta mill hombres delante contra el Guascar, Rey del Cuzco, y él va después dellos con otros tantos; y finalmente, lo prendieron los suyos y lo hizo matar; y así quedó por Rey e Señor de todos los reinos de su padre Guaynacapac, y los pueblos le obedecían todos. Yendo este camino Atapalipa con sus cuarenta mill hombres contra el hermano Guascar, llegó Francisco Pizarro vuelto de Castilla con la gobernación del Perú, y lo prendió y mató en una ciudad llamada Caxamalca. Y aquí se acabó el felice [239] y glorioso Estado Real de los Ingas. Reyes y Señores universales de los reinos tan largos de la tierra que llamamos el Perú; larga y lamentable y dolorosa historia y no menos miseranda de contar. Y lo dicho baste para que se tenga noticia de la orden, policía y gobierno de las repúblicas que tenían las gentes indianas del Perú.FIN [240] [241]

Apéndice

Cumpliendo lo que prometimos en el sucinto PRÓLOGO de esta edición, vamos a trasladar seguidamente y por su orden todos los lugares relativos a materias históricas del antiguo Perú contenidos en el manuscrito del seglar a quien cita Las Casas más o menos directamente en las págs. 181, 182, 83 y 210, y debiera haber citado en otras muchas partes de su Apologética, como lo demuestran las acotaciones que por capítulos y páginas hacemos de las coincidencias más evidentes de ambos textos. Estas no son siempre literales, y creo yo que las variantes dependen, unas veces, de las modificaciones que en el estilo e intención del manuscrito introdujo Las Casas por sí y ante sí, o por conveniencia, otras, de que el original de que usó y abusó el Obispo de Chiapas no sería el mismo de [242] nuestra publicación, pues la copia de que nos servimos, la hizo sacar don Juan Bautista Muñoz en Simancas, encabezándola con esta advertencia: «El original con este título existe en el legajo 2, de Descripciones y poblaciones - Simancas - Sala de Indias, en 20 hojas de fol. Es un borrador de mala tinta y letra de hacia mediados del siglo XVI, con borrones y enmiendas, comido el papel en algunas partes y manchadas las más hojas, etc.». De donde infiero que nuestro original pudo ser un borrador, y un limpio el que leyó Las Casas.

El título a que Muñoz alude, el mismo que empleó Prescott al citar el ms. En su Historia de la conquista del Perú, es el de Conquista y población del Perú; pero el legítimo, el que el autor impuso a su trabajo,

consagrándole con el nombre de Ihus.

RELACIÓN DE MUCHAS COSAS ACAESCIDAS EN EL PERÚ, EN SUMA,
PARA

ENTENDER A LA LETRA LA MANERA QUE SE TUVO EN LA CONQUISTA
Y POBLAZÓN

DESTOS REINOS, Y PARA ENTENDER CON CUANTO DAÑO Y PERJUICIO
SE HIZO DE

TODOS LOS NATURALES UNIVERSALMENTE DESTA TIERRA, Y CÓMO
POR LA MALA

COSTUMBRE DE LOS PRIMEROS SE HA CONTINUADO HASTA HOY LA
GRAND VEXACIÓN Y

[243] DESTRUICIÓN, DE LA TIERRA, POR DONDE EVIDENTEMENTE
PARESCÉ FALTAN

MÁS DE LAS TRES PARTES DE LOS NATURALES DE LA TIERRA, Y SI
NUESTRO SEÑOR

NO TRAE REMEDIO, PRESTO SE ACABARÁN LOS MÁS DE LOS QUE
QUEDAN; POR MANERA,

QUE LO QUE AQUÍ TRATARE, MÁS SE PODRÁ DECIR DESTRUICIÓN DEL
PERÚ, QUE

CONQUISTA NI POBLAZÓN.

Esta tan recalcada destrucción no dejaría de ser grata al autor de la Brevísima de las Indias, y quizá motivara sus (111) simpatías por el documento de que se aprovecha, inspirado en las mismas ideas que ese libelo, aunque no tan favorable a los indios como la Apologética.

La Relación que llamaremos de la destrucción del Perú, por dar gusto a su autor, se escribía en Lima por los años de mil quinientos cincuenta y tantos, pero más acá del 1552; fecha que puede servir para calcular con algún acierto la de la Apologética.

Dice Muñoz en la advertencia que sólo en parte he copiado, que «el autor de la Relación vio por sus ojos mucho de lo que refiere», y añade, que, «a su juicio, es algún religioso, de quienes era casi peculiar el principio Ihus, y abultar los daños de la conquista». Al mío también lo es, y hasta me atreví a nombrarle por indicios vehementísimos [244] suministrados por su misma Relación, en la Dedicatoria de mis Tres relaciones de antigüedades peruanas (páginas XIII y XIV). Pero si Muñoz y yo hemos de acertar en nuestras conjeturas, es necesario que el seglar de Las Casas equivalga a secular, o sea el sacerdote que vive en el siglo, a distinción del que vive en clausura; porque el P. Cristóbal de Molina, a quien atribuí y sigo atribuyendo la Destrucción del Perú, era sacerdote lo menos catorce años antes de escribirla.

Con el título de Conquista y población del Perú, publicose el año de 1873 en la revista chilena «Sud América»; periódico que sospecho ha de ser en España rarísimo. Yo, al menos, no he visto de él un número siquiera.

Siguen los extractos de la Relación del P. Molina con las acotaciones indicadas.

«Y la india más acepta a los españoles aquella pensaban que era la mejor, aunque entre estos indios era cosa aborrecible andar las mujeres públicamente en torpes y sucios actos; y desde aquí se vino a usar entre ellos de haber malas mujeres públicas, y perdían el uso y costumbre que antes tenían de tomar maridos, porque ninguna que tuviese buen parecer

estaba [245] segura con su marido, porque de los españoles de sus yanaconas (112) era maravilla si se escapaba».

«Llegados los españoles al Cuzco y apoderados en él, hallaron allí una ciudad muy populosa y muy rica de oro y plata, ropa y mantenimientos, en la cual había depósitos muy grandes de todas las cosas de la tierra en gran abundancia; grandeza de oratorios de sus idolatrías y casa del Sol, con todo su servicio de oro y plata; en especial hallaron en ella doce horones de plata acendrada, que cada uno sería del altar de una buena lanza, y no le abarcarían dos hombres. Y en un pueblo, hallaron una casa de plata, con sus vigas y tablazón bien gruesas».

«De dos provincias diré, que, cuando entraron los españoles en la tierra, cada una tenía fama de cuarenta mill indios; la una era Guarua [Huáura], desde Guarney, que tomó Almagro por repartimiento, por la grand gente que tenía y fama de muy rica; y la otra Chíncha, que tomó Hernando Pizarro, que tenía otros cuarenta mill indios, y hoy día no hay en [246] ambas provincias cuatro mill indios. Y en este valle desta ciudad [Lima] había y en Pachacama, cinco leguas de aquí, que era todo una cosa, más de veinticinco mill indios, y está casi yerma, que apenas hay dos mill, por la grand destrucción y tan continua como ha tenido de tantos ejércitos como en ella se han formado en tanto daño y perjuicio de los naturales; los cuales perescieron por una regla general que se ha usado en estos reinos, y aún creo yo que en la mayor parte de las Indias, que los indios más comarcanos a los españoles y que mejor sirven, aquellos son más robados, vejados, muertos y fatigados. Y porque si de cada valle de los desta costa, que dura más de mill leguas, se hobiese de decir la quiebra y falta de los naturales y la destrucción de todos los más destos valles, e cuán fértiles y abundosos eran, y creo yo que los más hermosos que en todo lo más de la redondez [del Mundo] se pudieron figurar, y más bien labrados y de grandes edificios abundosos de riquezas de oro, plata, ropa y ganados, algodinales y hermosas labranzas, todas por sus acequias echadas a mano, que cada valle parecía un jardín muy hermoso y muy bien trazado, donde jamás, a dicho de los naturales, el agua del cielo enojó, porque [247] no llueve en esta tierra de Los Llanos, ni la de la tierra le faltó, porque en cada valle hay un río perenal que nunca le falta agua, y donde no lo hay, hay sus manantiales con que riegan sus tierras y huertas, y otras maneras nunca oídas con que siembran sus semillas y maíz, como es en algunas partes destas costas, donde, porque no tienen agua ni les llueve, pescan una sardinilla como anchobas, hechas sus labranzas, y en cada sardinilla que entierran en la heredad, echan dos o tres granos de maíz, y hace muy gentil mies y cogen muchas sementeras y buenas tres o cuatro veces en el año (113). Y porque era menester hacer una muy larga relación que no cupiera en mucho papel, lo que se podía de toda esta costa, [baste] con sólo decir que desde la bahía de San Mateos, que son los principios de la entrada destos reinos, donde los navíos vienen a reconocer, hasta las provincias de Chile, que agora se puebla y descubre, hay más de lo que tengo dicho, y la mayor parte poblado, aunque en medio de cada valle hay arenales y despoblados de a diez, trece o veinte leguas; y uno hay, que el despoblado [248] que pasan para ir a Chile, que tiene cient leguas de arenal (114) sin haber en él cosa verde, sino es donde hay algún xaquëy de agua o riachuelo, que son harto pocos los que hay en este camino, que creo

yo que no son seis en las cien leguas, y en ellos hay unos como bozos de yerba raída a siete o ocho pasos al rededor de donde esta el agua».

Pág. 161 (115) «Antes que pase adelante a declarar más de la conquista o casi destrucción destes reinos, quiero, para que se entienda la grandeza dellos, traer a la memoria los dos caminos reales del Inga que en ella hay: el uno que pasa por esta costa en todo lo poblado y despoblado della y va hasta cuarenta pies de ancho, con sus tapias cercado por ambas partes lo más dél, especialmente dos leguas siempre antes de entrar en cada valle y otras dos al salir, empedrado por muchas partes, y con sombras de muy buenas arboledas, y antiguamente, las más de fructas, salvo que agora se han secado y perdido por la muerte y falta de los naturales; por manera, quel que quisiere caminar por toda [249] esta costa por esta grand calzada y camino, no tiene a donde perderlo ni que preguntar de lo de adelante si se perderá por falta de camino.

Otro camino hay de la misma suerte por la Sierra, que dura otro tanto y más queste de la costa y Llanos, muy admirable, porque atraviesa grandes sierras y tierras asperísimas, y tan bien echado, que todo se camina a caballo, y hace entender a los que caminan por él, que, aunque la tierra por do van es muy áspera, ellos siempre caminan pie llano y con facilidad. De cuatro a cuatro leguas destes dos caminos, en todo lo que ellos duran, había aposentos del Inga, donde los que caminaban se acogían; y en algunas partes deste camino, especialmente desde la ciudad del Cuzco adelante, hacia (116) el Estrecho de Magallanes y provincias de Chile, va señalado en el camino la media legua y la legua; por manera, que sin reloj ni otra cuenta, sabe el hombre a cada paso a donde va y lo que ha caminado.

Asimismo, en cada pueblo de todos los desta tierra, y principalmente en los destes dos caminos reales, hay o había sus aposentos reales del Inga y del Sol, [250] con todo su servicio de indios e indias para servirle a él y a los Señores y capitanes y mensajeros qué enviaba de unas partes a otras, y aposentos y casas de oratorios del Sol, con sus servicios de mujeres, que se llamaban Mamaconas, que eran como beatas, que guardaban castidad; y si alguna hallaban en alguna torpedad, luego la mataban; y asimismo otra mucha de servicio. Pág. 184 Éstos todos tenían larga cuenta con los vagabundos que andaban por la tierra, y en ninguna manera los permitían, ni malas mujeres, sino que cada uno viviese en su República y se ocupase en trabajar y ganar de comer. Pág. 196 Y cerca desto y de otras policías tenían grandísima orden, y en los tributos del Inga tan grand cuenta, que había en cada pueblo destes y provincia contadores que tenían cuenta con los tributos y con lo que cada indio tributaba y servía, de manera que se repartiese el trabajo y no sirviese uno más que otro. Y hoy día dura entre ellos esta loable costumbre, aunque la mala que agora hay se la hace infinitas veces prevertir.

Págs. 190, 191 y 192 Asimismo tenía cada pueblo destes grand cantidad de depósitos donde recogían el maíz y todos los [251] mantenimientos que tributaban al Inga, y la ropa y telares donde se texía la ropa rica para el Inga y caciques y la otra común de la gente de guerra, con muchos depósitos de lana para ello. Tenían depósito de plumas de colores para hacer toldos y camisetas ricas, y en cada pueblo destes plaza grande real, y en medio della un cuadro alto de terraplano con su escalera, muy alto, donde se subían el Inga y los Señores a hablar al pueblo, y para ver la

gente de guerra cuando hacían sus reseñas y junctas. Asimismo tenían una muy loable costumbre y digna de notar y tener en la memoria, la cual, si los españoles que entraron en la tierra guardaran, no se hobiera destruido como lo está; y es, que cuando había gente de guerra entre ellos, y caminaban aunque, fuesen cient mill hombres, no había ninguno dellos de salir del camino real a ninguna parte ni lugar, aunque la fruta y lo que habían de comer estuviese junto al camino real por do pasaban, so pena de muerte; para lo cual tenían muy grandes guardas para ver el que se desmandaba, porque él o su capitán lo habían de pagar, y para esto tenían los caminos por todo lo que duraban los pueblos, con sus tapias altas, para que no se pudiesen salir dél aunque quisiesen [252] hacer daño; y aposentábanse, acabada de hacer la jornada de cada día, en el pueblo que llegaban, en unos galpones y casas grandes que para el efecto tenían hechas, que algunas, y las más, había de ciento y cincuenta pasos de largo, muy anchas y espaciosas, donde en cada una cabía gran cantidad de gente, muy bien cubiertas limpias y aderezadas, con muchas puertas (117), porque estuviesen muy claras y apacibles, y allí les proveían por su orden y cuenta a cada persona su ración ordinaria a él y a su mujer, tan sin bullicio como si fueran religiosos; porque la gente común desta tierra era la más subjecta y humilde y disciplinada que creo yo que se pudiera hallar en el mundo».

«Lo cual [las discordias entre los Pizarros y Almagro en el Cuzco] dejaremos ahora, por tratar alguna cosa de lo que se pudo alcanzar a saber de las cosas destos indios deste reino durante el tiempo que los españoles andaban en estas cosas que tengo dicho, a lo cual llaman conquista del Perú, y comenzaré por la ciudad del Cuzco como cabeza que era de todo este imperio.

Esta ciudad del Cuzco, a lo que dicen [253] los cosmógrafos, está en 14 grados desta parte de la Línea equinocial, a la parte del Sur. Su principio y origen no se puede saber, ni su fundación, porque los naturales della carecen de letras, aunque tienen una manera de contaduría por unos cordeles y ñudos, y hay entre ellos muy grandes contadores desta cuenta, como ya tengo dicho; pero como por esta no se puede alcanzar a saber su fundación ni quién fueron los primeros Señores, lo que entre los naturales della se trata comúnmente, es, que en este asiento del Cuzco muy antiguamente había dos maneras de orejones. Págs. 43 y 44 Llamábanse orejones, porque traen las orejas horasadadas, y meten dentro dellas unas ruedas hechas de juncos anchos, con que acrescientan la oreja, y cada una dellas, puesta la rosca del junco dentro, la hacen tan ancha como una gran rosca de naranja. Los Señores y principales traían aquellas roscas de oro fino en las orejas. Los unos destos orejones eran trasquilados y los otros de cabellos largos, que se llaman hoy día Chilques; éstos pelearon los unos con los otros, y los trasquilados sujetaron a los otros en tal manera, que jamás alzaron cabeza ni habitaron por vecinos de la ciudad del Cuzco; y así hay hoy día pueblos [254] dellos por las comarcas de la tierra del Cuzco; mas en la propia ciudad no los consintieron más vivir, sino solamente la gente común dellos para servir en lo que les mandasen, Hecho esto, dicen estos orejones que la manera que hubieron para tener Señor entre sí, fue que de una laguna questá sesenta leguas del Cuzco, en la tierra del Collao, que se llama Titicaca, salió el principal dellos,

que se llamaba Inga Viracocha, que era muy entendido y sabio y decía que era hijo del Sol, y éste dicen ellos que les dio policía de vestidos y hacer casas de piedra, e fue el que edificó el Cuzco e hizo casas de piedra y la fortaleza e casa del Sol dejó principiada y se dio a conquistar las provincias comarcanas al Cuzco; de cuya fábula inferimos los españoles, que alguna persona aportó por aquesta tierra antiguamente de las partes de la Europa, África o Asia, y les dio la policía conforme a lo que en ellas se usaba en aquellos tiempos. Este Inga Viracocha, que ellos dicen que fue el primer Señor principal que tuvieron en la denominación del nombre conforma mucho con el nombre que ellos llaman a los españoles, porque a cada español llaman Viracocha, que en su lengua quiere decir «grosura o espuma de la mar»; y [255] así, Inga Viracocha quiere dar a entender que aquel Señor salió de la mar; de donde sacamos que aquel fue algún hombre de la manera de nosotros, con barbas y vestido y que cubría sus vergüenzas, la cual orden guardan ellos, pág. 201 porque todos los naturales de lo poblado sujeto a este Señor andan vestidos ellos y sus mujeres con harto razonable vestido, y todos los hombres, aliende de las camisetas y mantas que traen, traen sus pañetes, y las mujeres cubiertos sus pechos, de manera que por ninguna manera pueden ser vistos si no se desnudasen.

Entre estos orejones o Ingas que viven en el Cuzco, hay dentro, de la ciudad del Cuzco dos parcialidades: la una es de los Ingas que viven en Horin Cuzco, que es en lo bajo del Cuzco, y otros que viven en Anan Cuzco, que es en el Cuzco de arriba, porque el Cuzco está sitiado en tierra y llano; y tiénense entre ellos por más hidalgos y nobles los del Cuzco de arriba, aunque ya se va perdiendo esto todo con la venida de los españoles; de manera que ya son tan unos todos, que no se acuerdan casi cuál es más noble. Esta ciudad era muy grande y muy populosa, de grandes edificios y comarcas. Cuando los españoles entraron la primera vez en ella, [256] había gran cantidad de gente; sería pueblo de más de cuarenta mill vecinos solamente lo que tomaba la ciudad, que arrabales y comarca en derredor del Cuzco, a diez o doce, leguas, creo yo que había docientos mill indios, porquisto era lo más poblado de todos estos reinos. Pág. 179 Todos los Señores principales de toda la tierra tenían en el Cuzco sus casas y servicio, y enviaban allí sus hijos e parientes a que aprendiesen la lengua general del Cuzco y la policía y cómo habían de obedecer y servir al Inga; y es cosa cierta, que ningún hijo de Señor o principal nascía en todo este reino, que no hobiese grand cuidado con él su padre sobre que deprendiese la lengua del Cuzco y la manera que había de tener en saber obedecer y servir, así al Inga como a sus mayores y principales, y tenían por muy principal afrenta no saberlo; y el que no lo sabía y era en ello inhábil, no le daban jamás señorío. Y aun ahora he visto yo caciques mostrar a sus hijos la manera que han de tener para saber servir a los cristianos, y hacerles, mostrar la lengua española para el efecto; y esto ha salido de la antigua y loable costumbre que tenían en tiempo del Inga (118). [257]

Págs. 43 y 44 La orden que estos tenían en horadar las orejas a sus (119) era esta: que tres o cuatro meses antes que se las horadasen se juntaban gran cantidad de mochachos de catorce años arriba, y habían de partir del Cuzco corriendo con grand grita y regocijo, y habían de subir

sin descansar unas sierras altas que están frontero del Cuzco, donde tenían grandes adoratorios y idolatrías, y los que primeros llegaban y con más fuerza y aliento subían, eran tenidos en más estima y reputación, y desde allí quedaban señalados para adelante para las peleas, por más sueltos y más provechosos para las cosas de guerra; y al cabo de los cuatro meses que ordinariamente tenían este ejercicio como militar, les horadaban las orejas, haciendo grandes fiestas y ofresciéndoles sus deudos y parientes oro, plata y vestidos y otras muchas cosas, y eran tenidos y estimados de allí adelante por caballeros y gente principal en todas las provincias sujetas al Cuzco; pág. 195 y juntamente con este ejercicio les amonestaban cómo habían de servir al Inga y morir por él cada vez que se les ofresciese; y la razón porque [258] hacían estas cirimonias, era porque estos orejones peleaban siempre en sierras y tierras ásperas, tomando los altos de presto a los enemigos y ganándoles las fortalezas; y para esto era menester que fuesen muy sueltos en las cuevas y reventones aquellos hijos de Señores que habían de ser caudillos de los demás, porque, no siendo sueltos para subir una sierra corriendo a más correr en tiempo de necesidad, se podrían perder ellos y los indios que llevasen encomendados; y así, cuando ordenaban la gente de guerra, de cinco en cinco se ponían en orden, y el uno de los cinco había de ser uno de aquellos orejones, para que animase a los otros; y de veinte y cinco en veinte y cinco, había un caudillo y capitán.

La manera que el Inga tuvo en conquistar tanta tierra, era, que, comenzando desde el Cuzco, poco a poco peleando con los comarcanos, los vencieron a todos, y pasando adelante, pág. 193 en ganando la provincia, les mandaban que se vistiesen todos a la manera de los Ingas ellos y sus mujeres, e hiciesen casas de piedra y pueblo en el camino real con su plaza y aposentos del Inga y sus casas de Mamaconas, que eran como beatas del servicio [259] del Sol, de que ya se ha hablado, y aposentos para la gente de guerra; y hecho esto, cada vez engruesaba el Inga su ejército para lo de adelante. Y tenían grandes depósitos en el Cuzco y en todas sus provincias de municiones de guerra, conviene a saber, de lanzas y rodelas, flechas y municiones; pág. 195 especialmente para ganar fortalezas y pasos dificultosos, tenían unas rodelas tejidas de palos y de algodón, que se cubría con cada una dellas poco más de veinte hombres. El tiempo que estos Ingas se ocuparon en conquistar, como no está por escrito, no se puede saber, más de que pareció en los edificios y asiento de la tierra ser cosa muy antigua este Señorío.

Pág. 145 La manera del gobernar era, que el Inga, Señor principal, se intitulaba por este vocablo: Capa Inga, que quiere decir «solo Señor», y tenía otro nombre de que más aun se preciaba y se lo llamaban por gran excelencia y con grand acatamiento, que era Endichuri [Intipchuri], que quiere decir «hijo del Sol», porque el Inga daba a entender que era hijo del Sol, y que el Sol no tenía otro hijo ni él tenía otro padre, y con este título se hacía adorar y gobernaba principalmente en tanto grado, que nadie se le [260] atrevía, y su palabra era ley, y nadie osaba ir contra su palabra ni voluntad, que si fuese o pensase que a la hora había de ser confundido. Y las fiestas que él hacía al Sol, daba a entender que las hacía a su padre. Aunque hobiese de matar cien mill indios, no había ninguno en su reino que le osase decir que no lo hiciese. A todo lo quel

Inga decía le respondían: ¡Ho Inga!, como si dijese: «es muy bien, Inga» y nadie sabía ni osaba salir, aunque fuese la segunda persona, so pena que había de morir por ello.

Pág. 168 (120) Tenía postas en todo su imperio de media a media legua, que no esperaban otra cosa sino su mandado; el cual, en viniendo a más correr, llegaba a la otra posta, y en muy breve tiempo, aunque fuesen quinientas leguas, se sabía en las más distantes provincias lo que el Inga mandaba; y así, cuando él enviaba un mensajero con una porra darmas, en la cual iba colgada una seña suya, era obedecido y reverenciado como su propia persona; y lo mismo cualquier capitán que él enviaba a las provincias que se le rebelaban o no querían servir por la [261] orden y forma que les había puesto, sin destruir la provincia por do pasaban, como nosotros hacemos.

Pag. 183 Era tanta la orden que tenía todos sus reinos y provincias, que consentía haber ningún indio pobre ni menesteroso, porque había orden y formas para ello, sin que los pueblos recibiesen vejación ni molestia, porque el Inga lo suplía de sus tributos; página 134 ni se movían los naturales a andarse de unas partes a otras sin mandado de sus caciques y principales; y los que tomaban desmandados, castigábanlos con grand rigor y ejemplo.

Págs. 179 y 180 Era el Inga y todos súbditos enemiciísimos en general de todos los que se le alzaban, y con los que más veces se le habían rebelado, estaba peor él y todas sus provincias, y eran tenidos en grand oprobio de todos; y no les permitía ningún género de armas, y siempre los aviltaban de palabra y en sus refranes, como a los indios del Collao, que les llamaban aznacolla, como quien decía «el indio del Collao hiede»; y a los traidores entre ellos llamaban aucaes; y esta palabra es la más aviltada de todas cuantas pueden decir a un indio del Perú, que quiere decir «traidor a su Señor»; y así [262] ahora el Inga que anda alzado (121), llama a los indios destos reinos porque no le quieren acudir, auca, y ellos, por respecto de los cristianos, le llaman a él y a los que le siguen el mismo nombre de Inga auca.

La manera de las idolatrías
destos reinos.

Pág. 62 La manera de las idolatrías destos reinos todas procedían de las que había en la ciudad del Cuzco (122), porque, como tengo dicho, cuando el Inga ganaba una provincia, les daba las maneras de lo que habían de guardar en su servicio y lo que habían de adorar, y los instruían en los sacrificios y les mandaban hacer sus adoratorios y doctarlos y ofrecerles muy largo con muy grand servicio de mujeres y hombres, y estos respectaban y eran súbditos todos a la casa del Sol del Cuzco y al como Papa que ellos allí tenían, y le daban cuenta de los ofrecimientos y riquezas que les daban. En el Cuzco había casas del Sol que eran muy bien obradas de cantería y cercadas junto a la [263] techumbre de una plancha de oro de palmo y medio de ancho, y lo mismo tenían por de dentro en cada bohío o casa y aposento. Pág. 90 Tenía el primer patio una grand pila de piedra, bien hecha, donde ofrecían chicha, que es un brevaje hecho de maíz, a manera de cerveza, diciendo que el Sol bajaba allí a beber. Pág. 97 Tenía un maizal de oro con sus cañas y mazorcas, antes que entrasen a donde estaba el bulto del Sol. El bulto del Sol tenían muy grande de oro, y todo

el servicio desta casa era de plata y oro; y tenían doce horones de plata blanca que dos hombres no abrazarían cada uno, cuadrados, y eran más altos que una buena pica, donde echaban el maíz que habían de dar al Sol, según ellos decían, que comiese y bebiese. Pág. 97 Este Sol escondieron los indios de tal manera, que hasta hoy no ha podido haber sido descubierto: dicen quel Inga alzado lo tiene consigo. Ningund indio común osaba pasar por la calle del Sol, calzado, ni ninguno, aunque fuese Señor, entraba en las casas del Sol con zapatos. Tenía esta casa más de cuatro mill personas, hombres y mujeres, de servicio; era riquísima y abundosísima de ganados, depósitos de todas las cosas de la gran abundancia que de todas las [264] partes le ofrecían. En el tiempo que los cristianos entraron en el Cuzco, era como Papa o Grand Sacerdote desta casa y de todas las demás de todos estos reinos, un Inga, grand Señor, que se llamaba Vilaoma; éste solo se intitulaba en la lengua de los indios Indivianam [Intipyanan], que quiere decir «siervo o esclavo del Sol». Era éste la segunda persona del Inga, porque el Inga se llamaba Hijo del Sol, y éste, Esclavo del Sol; a los cuales todos estos obedecían, al Inga como a solo Señor e hijo del Sol, y a este Vilaoma como solo siervo o esclavo del Sol. Págs. 97, 98 y 99 La orden por donde fundaban sus huacas, que ellos llamaban a las idolatrías, era porque decían que todas criaba el Sol, y que les daba madre, por padre; que mochaban (123) a la Tierra, porque decían que tenía madre, y teníanle hecho un bulto y sus adoratorios; y al fuego decían que también tenía madre; y al maíz y a las otras sementeras, y a las ovejas y ganados decían que tenían madre; y a la chicha, que el brevaje que ellos usaban, decían quel vinagre della era la madre, y lo reverenciaban y llamaban mamaaqua (124), madre del [265] vinagre; y cada cosa adoraban destas a su manera y le tenían hecho, como digo, sus casas, y puesto su servicio muy cumplido, y particularmente a la Mar decían que tenía madre y que se llamaba Masimacocha [Mamacocha] (125), que es madre de la Mar, y le tenían grand respecto; y al oro asimismo decían que era lágrimas quel Sol lloraba; y así, cuando hallaban algund grano grande de oro en las minas, sacrificábanle y henchíanlo de sangre y poníanlo en su adoratorio, y decían questando allí aquella huaca (126) o lágrima del Sol, todo el oro de la tierra se vernía a juntar con él, y que de aquella manera, los que lo buscaban lo hallarían más fácilmente.

Desta manera, procediendo por todas, lo enseñaban a todas las provincias que conquistaban, y les hacían servir a todas estas huacas. Págs. 54, 88 y 120? Y asimismo, todos los Señores de la tierra, do quiera que estuviesen, se hacían adorar [266] en vida y en muerte, y después de muertos cada uno de sus indios y parcialidades, como por padres de donde los otros habían procedido, y les hacían cada día casi ordinariamente sus ofrecimientos, y enterraban con ellos mujeres vivas, diciendo que las habían menester, para que allá en la otra vida les sirviesen, y que no era razón que estuviesen ni durmiesen sin compañía y servicio; y cada año les remudaban de ropa y vestuarios, y enterrábanlos en bóvedas bien hechas, con todo el oro, plata y ropa que en su vida cada uno había poseído. Y esto basta cuanto a las idolatrías; y porque son tantas y de tantas maneras, que, para entender las demás, basta apuntar éstas y entender que en toda la tierra las hacían estos Ingas y Señores del Cuzco. Págs. 98 y 99 Y no dejaré de decir, que todas las veces que los indios comían alguna

cosa, la ofrecen al Sol; y si se hallan junto al fuego, la echan en él por manera de adoración, con grand reverencia; y cada vez que pasan algún puerto de nieve o frío que encumbra, tienen allí por huaca y adoración y señal que la hay, un grand montón de piedras [apachetas], y en muchas partes puestas muchas saetas ensangrentadas, y ofrecen allí de lo que llevan; y algunos [267] dejan algunos pedazos de plata, y otros se tiran de las cejas y pestañas y algunos cabellos (127) y los ofrecen con grand reverencia; y tienen por costumbre de caminar por allí muy calladamente, y no osan hablar, porque dicen, si hablar, porque dicen, si hablan, que se enojarán los vientos y echarán mucha nieve y los matarán.

Por la verdad de Nuestro Señor, aunque la doctrina sagrada de nuestro Dios no ha abundado hasta agora en estos reinos, muchas cosas destas se han quitado a estos naturales y no las osan hacer; y los más no la saben ya hacer, porque ya los viejos que las hacían y hechiceros son casi muertos; y es tanto el miedo que tienen a la religión, que no lo hacen ni se acuerdan dello, y si los reprenden los padres por ello, responden que muy antiguamente, antes quel Inga los ganase, ellos no tenían aquellos adoratorios ni sabían qué se era, y que los Ingas se los hacían tener; pero que ya que ven que aquello de los Ingas todo era mentira y [268] todo se deshizo, y que lo que les dicen los Padres es lo bueno, que no quieren sino ser hijos de Dios y ser cristianos, y en toda esta tierra no se ha entendido otra cosa en contra desto. La falta está en los pocos religiosos que hay para la doctrina y en el poco hervor que los que gobiernan y los encomenderos y los españoles que por acá hay ponen en questos pobres se conviertan; porque como su codicia es tan insaciable, que nunca entienden sino en cómo se harán riquísimos con los trabajos excesivos de los indios, así por la tasa que tienen, como sin ella, ocupándolos siempre en sus chacaras, minas y granjerías, y en cargas y caminos y guardas de ganados y servicio impersonal (sic), en tanto grado, que verdad que no se acuerdan de sí mismos, con el cuidado y vejaciones que les ponen estas cosas; y plugiese (sic) a Nuestro Señor que se ensolviese (sic) en esto, con que no se muriesen y disminuyesen de cada día. Y no quiero guardar esto para otro lugar, pues se me ofrece decirlo aquí, que tanta la disminución de los naturales desde que los españoles entraron en la tierra hasta hoy, sin haber en ella mortandad notable, sino es por causa de guerras y notables trabajos que hay muchos repartimientos que [269] tenían a cinco o seis mill indios cuando en los principios se repartió la tierra, y agora no tienen a doscientos, y los valles y las tierras donde moraban están vacíos de hombres y muy llenos de ganados y estancias de los españoles, que argumento que los españoles desta tierra, por la mayor parte, son más amigos de criar ganados que hombres. Yo he visto muchos valles en esta tierra, que por causa de los ganados ser tantos y tan importunos, retraerse los indios a sembrar en los pedregales y arenales inútiles, y poseer los ganados sus mejores aposentos y tierras de pan cojer. Una de las cosas quel Visorrey don Antonio de Mendoza apuntó en estos reinos cuando los vido y entendió que estaban llenos de ganados y vacíos de hombres, dijo que se apercibiesen todos de echar los ganados de los valles y los subiesen a las sierras, porque él quería que en los bajos se criasen antes hombres que ganados; y como le llevó Nuestro Señor, esto cesó y se está la cosa como antes, y aún plega a Nuestro Señor no esté peor, lo cual

yo temo harto (128). [270]

Por ser tan confusa la historia destes naturales destes reinos, no quiero traer más origen de los Señores dellos de lo que los antiguos que al tiempo que los españoles entraron en la tierra se acordaban por vista de ojos, porquisto es lo verdadero, pues no alcanzaron letras para más de lo que la vista les diese a entender. Y es de saber, que cuando los españoles entraron en el Cuzco, había indios que se acordaban de un Señor Inga que se llamaba Tupa Inga Yupangue, el cual fue padre de Guainacaba, padre de Tabalipa y de Guascar y de Mango Inga, y dejó otros muchos pero quistos tres fueron los más principales y los que los españoles alcanzaron (129) a los principios de la tierra a ver. Este Tupa Inga Yupangue conquistó por su persona, según dicen los indios, la mayor parte destes reinos y fue muy valeroso, y hizo y acrecentó los caminos reales de la Sierra y Llanos, quinientas leguas de aquella parte del Cuzco. Este conquistó el Collao, que se le rebeló muchas veces, y desde el Cuzco hasta las provincias de Chile, que son quinientas leguas, y toda su avitación (sic) fue desde el Cuzco hacia el [271] Estrecho de Magallanes; y trabajó mucho y al cabo vino a morir en el Cuzco. Y sucedióle su hijo Guainacaba, que en lengua del Cuzco quiere decir «mancebo rico». Este Guainacaba fue tan valeroso y tan amigable de los suyos, que no solamente sustentó lo que su padre había ganado, pero vino ganando desde el Cuzco hasta las provincias de Quito y los Pastos. Tuvo grandes guerras en Quito y al cabo los sojuzgó y dio policía por la orden dicha, y hizo gran estrago en los guamaracenas (130), que es en las provincias de Ottavalo y Cayambe; y andando ocupado en esto, dicen los indios de Quito que quería pasar a descubrir las provincias de Popayán, y tuvo noticia que no era parte para ello; y como era tan grand Señor, que tenía más de mill leguas de Señorío y le hicieron aquella gente inespunable, y los suyos acobardaban y no querían, ir en aquella conquista, murió de pesar e imaginación, diciendo que ¿cómo era posible que siendo el solo hijo del Sol y solo Inga, pudiese haber otro mayor Señor y otras gentes más fuertes que las suyas y de tal manera que los suyos no los osasen acometer? Dicen que alcanzó a tener noticia [272] de cómo los españoles llegaron la primera vez a Túmbez; y dicen que dejó mandado a sus hijos que no peleasen con los cristianos, y otras cosas que, por no ser de importancia, no las pongo aquí. Al tiempo que Guainacaba murió en las provincias de Quito, tenía dos hijos en quien tenía puesta toda su esperanza, quel uno era Guascar, hijo de su mujer y heredero legítimo, a quien venían de derecho todos los reinos y señoríos del padre, por ser hijo de hermana suya, según la costumbre destes Señores del Cuzco, aquellos solos se podían casar con sus hermanas, para la procreación de los hijos; y los que eran hijos del Inga y de hermana del Inga, aquellos heredaban como más propincos y de más esclarecido linaje; y si otros indios algunos, aunque fuesen Señores, tenían a sus hermanas por mujeres o llegaban a ellas, teníanlos por malos. El otro hijo de Guainacaba era Atavalipa, que era su hijo y de una india natural de las provincias de Quito, y para con los Ingas no era tenido en tanto como el que era hijo de Señora del Cuzco, a quien ellos llaman palla, y los más preminentes y honrados son los que son hijos de coya, que este solo nombre tienen las hijas del Inga, y las más principales dellas eran las hijas de hermana [273] y mujeres del Inga. Así que, Guainacaba, no embargante que su hijo

Guascar era Señor universal, después de sus días, destos reinos, quería y deseaba partirlos y dar la mitad dellos al Atavalipa, la cual cosa era aborrecible a todos los Incas y Señores del Cuzco; y tiénese por cierto, que antes que muriese Guainacaba, trató esto con su hijo Guascar y se lo envió a rogar al Cuzco, y él no hacía buen rostro a lo que su padre le rogaba. En conclusión, Guainacaba dejó a su hijo Atavalipa lo de Quito y lo demás quedó a Guascar, que era Señor del Cuzco. Y aun bien no le constaba a Guascar de la muerte de su padre, cuando envía ejército, sobre Tavalipa, para que le desposeyesen de lo que el padre le había dejado, y mandaba que se lo llevasen preso al Cuzco, para hacer justicia dél. Y así fue hecho, que favorecieron para esta guerra tanto e instaron las provincias de los Cañares, que eran comarcanas a las de Quito, que después de haber peleado los unos con los otros, pág. 238 fue preso Atavalipa por la gente de su hermano Guascar y puesto en prisión; de la cual, metiéndole un principal, amigo suyo, una barreta de cobre de noche, cavó la casa y prisión donde estaba y se salió y salvó, y dende a poco tiempo [274] tornó a acaudillar gentes de aquellas de Quito, que le amaban mucho, por ser su natural, y con ejército revolvió sobre las provincias de las Cañares, que le habían sido contrarias, y destruyolas y mató la más de la gente dellas y pasó adelante y fue juntando gente y ejército; y como las gentes y provincias por donde pasaba le conocían por tan valeroso, acudíanle y holgaban de le servir contra su hermano Guascar. Y envió delante de sí dos capitanes con grand cantidad de gente al Cuzco a pelear contra su hermano Guascar, y él iba poco a poco con la demás gente con un grueso campo, en tiempo que los españoles caminaban por la costa y venían hacia donde él estaba; el cual, como estaba avisado de su venida, aunque había ya pasado más de veinte o treinta leguas de Cajamalca, volvió a verse con los españoles a Cajamalca, y en el camino, en la provincia de Guamachuco, mandó quemar una huaca y idolatría muy principal y donde el Demonio daba respuestas, porque dijo allí a los hechiceros que le servían, que Atavalipa había de ser vencido de los cristianos, y de esta mohina no dejó hechicero de todos los de aquella provincia vivo que no mandase matar; y así fue a Cajamalca, donde le prendieron los españoles y le pidieron [275] por su persona una casa de oro y plata, el cual se la inchió; y cumplido él esto, le mataron, como ya hemos dicho. Dícese que estando preso, le vino nueva cómo sus capitanes Quisquis y Chiricuchima, a quien él había enviado al Cuzco, después de haber habido grandes batallas con Guascar, en las cuales a los principios él fue vencedor y después con una cautela que uso con él el capitán general de Atavalipa Chiricuchima, fue preso y muerta mucha parte de su gente; y teniéndole preso el Chiricuchima, con engaño le dijo un día, que él entendía que Atavalipa no era Señor natural sino él, que él le quería entregar toda la gente que traía de guerra y le quería servir contra su hermano Tavalipa, y que para ello mandase juntar todos los Señores y principales del Cuzco, porque en presencia dellos se hiciese aquel auto; lo cual el Inga Guascar mandó poner luego por obra, y juntados más de dos mill Señores en la plaza del Cuzco, mandó el Chiricuchima que diesen en ellos, y allí los hicieron a todos pedazos, y a las señoras del Cuzco que pudieron haber, mataban, y a las que estaban preñadas sacaban los hijos por los ijares, porque este capitán pretendía acabar toda la generación de los Incas, porque él y su Señor señoreasen

[276] más libremente. Y después que hobo hecho esto, envió mensajeros a su Señor Atavalipa, el cual estaba a la sazón (131), y dicen que envió a mandar que matasen luego a su hermano Guascar, porque, si le viesen los cristianos, no le diesen la vida y le tornasen a restituir en el señorío del Cuzco; lo cual como fue hecho, sabida la certinidad de ello por el Tavalipa, dicen que se estaban un día riyendo y que le preguntó, mirando en ello, el gobernador Pizarro, de qué se reía; el cual le dijo: «yo te lo diré, Señor: has de saber que mi hermano Guascar decía que había de beber con mi cabeza: e yo he bebido con la suya e ya me han traído su cabeza para ese efecto; y tú beberás con la suya y con la mía; yo pensaba que no bastaba todo el mundo para conmigo (sic), y tú con cien españoles me has prendido y muerto mucha parte de mi gente».

«Aquel Paulo Tupa [Paullu Túpac] hermano del Inga, era un indio muy discreto y sabio y de mucho tomo. Fue con Almagro a las provincias y descubrimiento de Chile y pasó muchos trabajos en el viaje y sufriolos con buen ánimo; y vuelto al [277] Cuzco, le dieron las casas de Guascar en que viviese y que eran las más principales casas del Cuzco, y le dieron un repartimiento de dos mill indios en la provincia de los Cañares, y mandaba el Cuzco y todos los naturales dél; y murió cristiano y mandó hacer una capilla, donde se enterró, sumptuosa, y servíase de españoles, y tenía su misa; y por la misma orden ha quedado su casa y memoria en el Cuzco, porque sus hijos se tratan como cristianos y tienen su doctrina evangélica. Por la verdad de Nuestro Señor quiero poner aquí una cosa que hicieron todos los naturales del Cuzco el día de su muerte (132), por ser cosa notable y de buena disciplina y ejemplo. Como supieron que había espirado, todos los indios de guerra vecinos del Cuzco, con todas sus armas de flechas y lanzas y porras, cada uno con lo que servía en la guerra, se subieron a la casa del dicho Inga Paulo y la cercaron toda y se ponían encima de todos los altos y paredes, apoderándose della, dando grandes voces y grita. Allende que todos los moradores del Cuzco lloraban a voz en grito, [278] estos se señalaron más, y allí se estuvieron guardando la casa del dicho Paulo Tupa hasta que lo enterraron. Y preguntando que por qué habían ocurrido allí aquellos indios de guerra en aquel tiempo, que serían hasta cuatrocientos o quinientos, dijeron que era costumbre del Cuzco, que cuando moría el Señor natural, porque con la alteración de la novedad no se metiese algund tirano en las casas del Señor y se enseñorease de la mujer e hijos del Señor y los matase y tomase y tiranizase la ciudad y el reino, venían allí a estorbarlo y no se volvían a sus casas hasta quel hijo del Señor muerto quedase señalado por Señor universal del imperio. En el entierro deste Señor lloraba toda la cibdad cristiana e indios».

Pág. 93 Acaescieron estas cosas [insultos y vejaciones a Mango Inga, saqueo de su casa y su refugio en la cámara de Almagro] en el mes de abril de 1535, cuando en el valle del Cuzco tenían costumbre hacer cada año un grand sacrificio al Sol y a todas las huacas y adoratorios del Cuzco por ellos y por todas sus provincias y reinos, las cuales comenzó el Inga de hacer y duraron ocho días [279] arreo, dando las gracias al Sol por la cosecha pasada y suplicándole que en las sementeras por venir les diese buenos frutos. Y aunque esto abominable y detestable era, por hacerse estas fiestas y adoraciones a la criatura, dejado el criador, a quien se

habían de hacer gracias debidas, es cosa de grand ejemplo para entender las gracias que somos obligados a dar a Dios verdadero, Señor Nuestro, por los bienes recibidos, de lo cual nos descuidamos tanto cuanto más le debemos.

Sacaban en un llano que a la salida del Cuzco hacia do sale el Sol, en amaneciendo, todos los bultos de los adoratorios del Cuzco, y los de más autoridad ponían debajo de toldos de plumas muy ricos y bien obrados, que parecían muy bien; y hacían desta toldería una calle, que distaban la una toldería de la otra un grand tiro de herrón, en la cual distancia, se hacía una calle muy ancha de más de treinta pasos, y en esta calle se ponían todos los Señores y principales del Cuzco sin entrevenir Señor alguno de otra generación, y éstos todos eran orejones muy ricamente vestidos con mantas y camisetas ricas de argentería, y brazaletes y patenas en las cabezas, de oro fino y muy relumbrante, los cuales hacían dos hilas, que cada una [280] tenía más de treinta Señores, y en manera de procesión, los unos del un coro y los otros del otro, estaban muy callando y esperando a que saliese el Sol; y aún no había bien salido, cuando así como (sic) comenzaban ellos a entonar con gran orden y concierto su canto, entonándole con menear cada uno dellos un pie, como cantores del canto de órgano; y como el Sol iba saliendo, más alto entonaban su canto. El Inga tenía su tienda en un cercado con una silla y escaño muy rico apartado un poco de la hila destes, y al entonar, levantábase con gran autoridad y poníase en el principio de todos y era el primero que comenzaba el canto, y como él hacía, hacían todos; y ya que había estado un poco, volvíase a su silla y allí se estaba negociando con los que venían a él, y algunas veces de en rato en rato iba a su coro y estaba un poco y luego se tornaba; y así estaban éstos cantando desde que salía el Sol hasta que se encubría del todo; y como hasta medio día el Sol iba subiendo, ellos iban acrecentando las voces, y de medio día abajo las iban menguando, teniendo gran cuenta con lo que el Sol caminaba; y en todo este tiempo le hacían grandes ofrecimientos. En una parte, en un terraplano en donde estaba un [281] árbol, estaban indios que en un gran fuego no hacían sino echar carnes y quemarlas y consumirlas con el fuego, y en una (sic) mandaba el Inga echar cantidad de ovejas a los indios comunes y pobres la rebatiña, lo cual era cosa de grande pasatiempo. A las ocho del día salían del Cuzco más de doscientas mujeres mozas, cada una con su cántaro nuevo, grande de más de arroba y media, daca [de akca] embarrado, con su tapadera, los cuales todos eran nuevos y con unas mismas tapaderas nuevas y un mismo embarramiento, y venían de cinco en cinco y con mucha orden y concierto, esperando de trecho en trecho. Ofrecían aquéllas al Sol y muchos cestos de una yerba que ellos comen, que se llama coca en su lengua, que la hoja a manera de arrayán; y tenían otras muchas cerimonias y ofrecimientos que sería largo de contar; baste que ya cuando a la tarde el Sol se quería entrar, ellos en el canto y en las personas mostraban muy grand tristeza por su ausencia, y enflaquecían de industria mucho las voces; y ya cuando del todo se entraba el Sol, que se desaparecía a la vista dellos, hacían una grand admiración, y puestas las manos, le adoraban con profundísima humildad, y alzaban luego todo el aparato de la fiesta [282] y se quitaba la toldería, y cada uno se iba a su casa y tornaban aquellos bultos y reliquias pésimas a sus casas y adoratorios; y así por la misma orden

vinieron ocho o nueve días arreo. Y es de saber, que aquellos bultos de ídolos que tenían en aquellos toldos, eran de los Ingas pasados que habían señoreado el Cuzco. Cada uno tenía allí grand servicio de hombres que todo el día los estaban mosqueando con unos aventadores de pluma de cisnes despejuelos, y sus mamaconas, que son como beatas, en cada toldo habría doce o quince.

Pasadas todas las fiestas, en la última, llevaban muchos arados de mano, los cuales antiguamente eran de oro, y hechos los oficios, tomaba el Inga un arado y comenzaba con él a romper la tierra, y lo mismo los demás Señores, para que de allí adelante en todo su señorío hiciesen lo mismo; y sin que el Inga hiciese esto, no había indio que osase romper la tierra, ni pensaban que produjese si el Inga no la rompía primero. Y esto baste cuanto a las fiestas.

Págs. 209 y 210 Pasadas estas fiestas y otras muchas cosas que sería largo proceso decirlas, porquel Inga en este tiempo dio al Adelantado [Almagro] en ese tiempo (sic) mucha suma de oro y una hermana del [283] Inga, que era la más principal señora que en los reinos había, la cual se llamaba Marcachimbo (133), hija de Guainacaba y de una hermana suya, a quien, si fuera varón, venía el señorío del Inga; dio al dicho Almagro un hoyo donde tenía cierta argentería de plata y oro, que en la fundición metido y fundido, hecho barras, pesó veinte y siete mil marcos de plata; y sin esto dio a otro capitán de las sobras de [284] aquel hoyo doce mil castellanos; y ni por eso esta pobre fue más honrada ni favorecida de los españoles, antes fue deshonorada muchas veces, porque era muy moza y de gentil apostura, y se hinchó de bubas hasta al cabo. Después, en tiempo del licenciado Baca de Castro, un español, vecino del Cuzco, se casó con ella; y en fin, fue Nuestro Señor servido que murió cristiana y fue muy buena mujer. Y destas señoras del Cuzco es, cierto, de tener [285] grand sentimiento el que tuviese alguna humanidad en el pecho, que en tiempo de la prosperidad del Cuzco, cuando los españoles entraron en él, había grand cantidad de señoras que tenían sus casas y sus asientos muy quietas y sosegadas, y vivían muy políticamente y como muy buenas mujeres, cada señora acompañada con quince o veinte que tenía de servicio en su casa, bien traídas y aderezadas, y no salían menos desto y con grand honestidad y gravedad y atavío a su usanza; y la cantidad destas señoras principales creo yo que en el... (134) había más de seis mill, sin las de servicio, que creo yo que eran más de veinte mill mujeres, sin las de servicio y mamaconas, que eran las que andaban como beatas. Y dende a dos años casi, no se hallaba en el Cuzco y su tierra sino cada cual y cual, porque muchas murieron en la guerra que hubo y las otras vinieron las más a ser malas mujeres. Nuestro Señor perdone a quien fue la causa desto, y a quien no lo remedia pudiendo».

Notas

1. Col. de doc. inéd. para la Hist. de España, t. LXVI.

2. Verv. gr., al fin del 83 dice: «porque de aris, que son los altares, denominan y nombran aríolos, como arriba en el cap. 145 se dijo».

3. Véase en especial la del párrafo I.º del Cap. XIV p. 104, y principio del cap. XVI, páginas 127 y 128.

4. Apolog., cap. 167.

5. [«su» en el original (N. del. E.)]

6. [«nuncan» en el original (N. del. E.)]

7. Que habían sojuzgado al poder (sic) de España (en 1530!!), dice el Sr. Fabié.

8. Remesal, ob. Cit., lib. III, cap. III, pág. 103.

9. Con efecto, el obispo Marroquín escribió este memorial y habla de él al Emperador en una de sus cartas del año de 1537; por cierto que nombra en ella al Apóstol de los indios un Fr. Bartolomé de las Casas; prueba que no le conocía tanto como supone Remesal. Después parece que le conoció mejor.

10. [«XIX» en el original (N. del. E.)]

11. Según el P. Juan de Velasco (Hist. ant. de Quito) en 29 de dicho mes; pero como ese día es el de la Degollación de S. Juan Bautista, y dice el Padre que poco antes de morir le bautizó Fray Vicente Valverde con el nombre de Juan, y el [XXXVII] nombre que llevó realmente para la otra vida fue el de su matador Don Francisco Pizarro, no me fío de la fecha, que parece coincidencia buscada para misterio.

12. Pero Antonio de Herrera, que esta vez muestra conocer el asunto, asegura que después de su cuestión con Rodrigo de Contreras, Las Casas se vino a Castilla.

13. Vida y escritos del P. F. B. de Las Casas.- Libro primero, cap. VII, al fin.

14. Apol. historia, etc., f.º 573. -MS. Clóg. Conviene advertir, que Las Casas trae a cuento el lance del tahúr, no para hablar de su segundo viaje al Perú, sino para definir los diferentes afectos que dan origen a las lágrimas.

15. [«Biblioteca» en el original (N. del. E.)]

16. Confirmando el aserto del P. Remesal, dice el Sr. Fabié que la «La cédula obtenida por Las Casas, forma parte del primer volumen de la colección de Leyes de Indias, obra inmortal, inspirada en la más elevada sabiduría, etc.». No sé porque se me antoja que esos elogios van enderezados a la llamada ordinariamente Recopilación de leyes de Indias, que el P. Remesal no pudo conocer, porque murió mucho antes de que se publicase [XLIX] por primera vez. Allí, no recuerdo en qué tomo, porque su

número varía con la edición, se registra una cédula de 2 de agosto de 1530, pero englobada y confundida con otras similares en la Ley primera, tít. III del lib. VI, sin que sea posible descubrir a quien iba dirigida.

17. Libro primero de provisiones, cédulas, capítulos de Ordenanzas, instrucciones y cartas, libradas y despachadas en diferentes tiempos por sus Magestades [de los Reyes Católicos a Felipe II], con acuerdo de los señores presidentes y de su consejo real de las Indias que en sus tiempos ha habido, tocantes al buen gobierno de las Indias y administración [L] de la justicia en ellas. Sacado todo ello de los libros del dicho Consejo por su mandado, para que se sepa, entienda y tenga noticia de lo que cerca dello está proveído después que se descubrieron las Indias hasta agora. En Madrid en la Imprenta Real. M.DXCVI. 4 tomos. He consultado dos ejemplares de esta obra.

18. En el tomo 75, f.º 319, vlt. de la Col. de D. J. B. Muñoz, se lee el siguiente apunte de su [LIII] mano y letra: «En 22 de abril de 1514, se paga al librero 56 reales de plata por 56 ejemplares de molde de las Ordenanzas y declaración del buen tratamiento de los indios. Diéronse los 50 al licenciado Ybarra, y los 6 a gobernador y Oficiales de Tierra Firme».

Por otros apuntes del mismo Muñoz (ibid.) y nota del relator León Pinelo, consta que el licenciado Hernando Ybarra, juez de la Audiencia de Grados de Sevilla, fue el primer juez letrado de la Casa de la Contratación desde junio de 1511, y pasó a la Española por juez de residencia y repartidor de indios hacia mayo o junio de 1514. Había ya fallecido en la villa de Santo Domingo de la Española en 14 de noviembre de ese año.

19. Lib. 7.º, cap. 8.º Pero Las Casas, o traducía directamente del griego, o copiaba de una versión latina que desconozco; si no es que citaba de memoria. Porque su rival y contemporáneo Juan Ginés de Sepúlveda, (Aristotelis de Republica libri VIII, etc. Parisiis M.D.XLVIII) interpreta el pasaje del Filósofo en estos términos: civitas multitudo est non quaevis, sed cui copia suppetit (ut saepe dicimus) ad vitam degendam.

(Por cierto que tomo esta autoridad de un ejemplar, corregido y preparado por el mismo Sepúlveda para una inmediata edición, que perteneció a González Barcia y hoy se halla en la Real Academia de la Historia.)

La edición de París de todas las obras de Aristóteles (1639), ni está conforme con las palabras de Las Casas ni con las de Sepúlveda: Civitas

enim -traduce,- multitudo est non forte oblata, sed ad vitam degendam suis ipsa bonis contenta.

20. Aquí hay un claro en el original que debe llenarse con el núm. 7, siguiendo la división de capítulos de Sepúlveda, o con el 9, conforme a la edición de París [5] de 1639. Yo he escogido el primero. El texto de Sepúlveda es a la letra: Nam ut Republica conserveretur, ut ipsas omnes eius partes salvam et cumcta in eodem statu permanere velint, oportet. -Y el de la edición, París de 1639: oportet enim eam reipublicam administrandae formam, quae sit salva futura velle, omneis civitatis parteis & esse & manera easdem.

21. «Y pues esto es ya tan cierto, que en tantos millares de leguas como en esta relación hemos discurrido estas gentes tienen sus poblaciones, lugares, villas e infinitas ciudades y viven socialmente como hombres racionales, y en muchos reinos y provincias edificios notables, y no sólo señalados pero admirables (como habemos probado), y así nadie lo puede negar; por esto no quiero más detenerme contando lo de otras partes en particular, sino a referir la grandeza, sotileza y nobleza, sumptuosidad y casi monstruosidad (porque así lo digamos) de los pueblos, comunidades y ciudades y edificios estupendos en ellas edificados, que en todo lo poblado del mundo podían ser predicados por singulares, que contenían los reinos grandísimos del Perú, pasarme».

22. Las Casas sigue a Francisco de Xerez hasta en las incorrecciones ortográficas, si es que éstas no fueron realmente erratas de imprenta.

23. En el capítulo 5 y correspondiente al 68 del manuscrito ológrafo de la Apologética.

24. No proseguiremos en las descripciones de estos lunares y edificios, porque hasta la de Tomebamba o [12] Tumipampa inclusive. y aun otras de más allá, están tornadas de la Conquista del Perú, de Francisco de Xerez, y de la Primera parte de la Crónica del Perú, de Pedro de Cieza de León. Y si hemos transcrito la primera mitad del capítulo de Las Casas

es, para que, comparándola con el texto de Cieza, se vea de qué modo convertía el buen obispo las sencillas e ingenuas descripciones de este cronista, en otras tantas sartas de frases hiperbólicas y encomiásticas hasta rayar en lo ridículo.

Sin embargo, debemos hacer excepción de un pasaje de este capítulo 56 del ms. ológrafo, y de otro del 57, en que continua la materia del anterior. Dice el primero: «Y porque sería dilatar mucho este tratado enxerido en esta historia decillos todos [lugares, pueblos] en particular, por ende, porque sea más abreviado, con referir solamente el camino que llevaron los españoles cuando iban entrando en aquellos reinos del Perú [el descrito por [13] Xerez], y después otro que hizo Hernando Pizarro cuando fue por el oro al templo de Xauxa [de Pachacámac], luego que prendieron al gran Rey Atabalipa, el cual camino puso por escripto Miguel Estete, que fue por veedor de aquella jornada, y lo hicieron imprimir en Salamanca; quiero aquí ponello como ellos lo anduvieron, aunque, por abreviar, dego muchos pasos, y así dar conclusión al presupuesto de los pueblos y lugares y ciudades destas gentes deste Orbe tenían, por donde muestran ser sociales y razonables, que arriba en el capítulo 47 hobe comenzado».

Y el segundo:

«En la primera historia que se imprimió deste camino que hizo Hernando Pizarro, dice: «Aqueste pueblo de Jauja era mayor que Roma. Había hombres que tenían cargo de contar toda esta gente, para saber los que venían a servir a la gente de guerra. Otros tenían cargo de mirar lo que entraba en el pueblo, etc. Otros refieren [14] en particular la grandeza y excelencia de esta ciudad de Xauxa, porque lo especularon más de propósito y con mayor espacio. Dicen que esta ciudad estaba repartida en tres grandes partes y tres Señores, que la gobernaban: la una llamada Xauxa, la segunda Maricabilca [Marcavillca] y la tercera Laxapalanga [Llacsapallanca]. En todas tres había grandes aposentos y edificios, etc., etc.

He de advertir: 1.º -Que es muy extraño que Las Casas tome sus citas de la segunda edición de la obra de Xerez (Salamanca, 1547) y no de la primera (Sevilla, 1534); como no sea que la bibliografía de la Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco que conocemos esté falta de sus primeras noticias. -2.º-Que el texto de la cita del camino de Hernando Pizarro, relativa a Xauxa, tomado quizá de la edición de Salamanca, no está conforme con su correspondiente de la edición de Sevilla, donde se lee: «Este pueblo de Jauxa es muy grande, y está en un hermoso [15] valle; es tierra muy templada; pasa cerca del pueblo un río muy poderoso; es tierra abundosa; el pueblo está hecho a la manera de los de España, y las calles bien trazadas; a vista dél hay otros pueblos sujetos a él; era mucha la gente de aquel pueblo y de sus comarcas, que al parecer de los españoles, se juntaban cada día en la plaza principal cien mil personas, y estaban los mercados y calles del pueblo tan llenos de gentes, que parecía que no faltaba persona. Había hombres que tenían cargo de contar toda esta gente, para saber los que venían a servir a la gente de guerra. Otros tenían cargo de mirar lo que entraba en el pueblo». -3.º-Que esos otros que refieren y dicen, son, en suma, uno sólo, Cieza de León, de quien Las Casas toma lo que necesita sin nombrarlo.-Y 4.º-Que las

historias a que Las Casas alude en el principio del capítulo que sigue, son la Relación de Jerez y la Crónica de Cieza; aunque, a mi ver, debió servirse también de alguna otra, porque hay cosas que no encuentro en aquellas.

25. En otra parte he dicho (Tres relaciones de antigüedades peruanas, pág. 324) que no se sabe de cierto cuántos ni quiénes fueron los primeros españoles que entraron en el Cuzco. Francisco de Xerez sólo dice que fueron tres, sin nombrarlos. Pedro Pizarro, testigo presencial, como Xerez, que fueron dos: Pedro Bueno y Pedro Martín de Moguer. Antonio de Herrera, copiando a Cieza, escribe que fueron tres: Pedro Moguer, Zárate y Martín Bueno.

26. Siguen las descripciones del Valle de Yucay y fortaleza y palacios de Tambo [Ollantay Tampu] y ruinas de Tiaguanaco, todas según Cieza.

27. En este periodo sobra indudablemente y las hicieron.

28. Los antiguos peruanos no conocieron la obra de mampostería ni emplearon jamás la cal ni la argamasa de ninguna manera en la construcción de sus edificios.

29. Llamadas mahamaes. Su descripción la toma Las Casas de la primera parte de la Crónica de Cieza, cap. LXXIII.

30. Post agricolas optimus est pastorum populus & qui ex pecora vivunt.

(Sepúlveda, -lib. 6, cap -4.)

Secundum eam multitudinem quae ex agricolis constat, populus ille est optimus, in quo sunt pastores & qui ex re pecuaria vitam tolerant.

Ed. París. 1639. -Ibid.

31. Acerca del número y aprovechamiento de los rebaños de la tierra, domesticación de aves y uso de la moneda en el Perú, dice Las Casas en el cap. 43 de la Apologética, dedicado a la prudencia económica de los indios, esto que sigue:

«En los reinos del Perú, donde proveyó Dios de haber muchos ganados, allí los domesticaron. con grande industria, y tuvieron grandes y numerosas greyes o manadas de ovejas y carneros de diez mill cabezas y quince mill y más millares. Destos ganados se servían y aprovechaban de la lana para vestirse, de que hacían sus mantas muy finas y dellas sus camisas o manera de vestidos que usaban; y de llevar con los carneros, por ser muy grandes, sus cargas de tres y cuatro y cinco arrobas, y de ir en ellos por los caminos cavalgando, y al cabo también de comer su carne. Aves que habían hecho y tenían domésticas, muchas abundaban en muchas partes, como ya parece haberlos llevado de acá en España y aun en Francia. Usaban por moneda cierta yerba llamada coca».

32. No son grandes comedores, sino, por el contrario, muy sobrios y más que nuestros burros. Su carne tampoco es sabrosa y más sana que la de los carneros de nuestra tierra. Los primeros españoles que la comieron, por necesidad, antes de la introducción en el Perú de los ganados castellanos, la encontraron fastidiosa, dulzona y de poca sustancia.

33. Por el tamaño del animal parece referirse a la Viscacha; por la extrema blandura del pelo, a la Chinchilla. También las hacían de pelo de cierto murciélago bermejillo (*Noctilio leporinus?*)

34. No tanto como eso, pero algo parecido dice Antonio de Herrera sobre estas curiosísimas vasijas, al referir uno de los episodios de la conquista de Quito por Belalcázar: «y llegando a un lugar llamado Quioché [Quinché] junto a Puritaco... halláronse diez cántaros de fina plata, dos de oro de subida ley, cinco [32] de barro esmaltado y entremetido en ellos algún metal con gran perfección» (Dec. V, lib. VI, cap. V.)

En la selecta y copiosa colección de antigüedades quiteñas del Museo de Bruselas, no he visto ningún vaso de esta especie.

En las americanas de nuestro Museo Arqueológico, existe alguno que otro con huecos o calados (por supuesto vacíos) que parecen denunciar la misma labor que los de Quinché, aunque su procedencia creo ha de ser de la

costa Yunca del Perú.

35. Los antiguos peruanos no conocieron los criaderos argentíferos de Potosí. Las minas de donde principalmente sacaban la plata por el procedimiento que describe Las Casas, copiando a Cieza, llamado huairas, eran las no menos famosas de Porco.

36. Entre ellos su correligionario y amigo fray Domingo de Santo Tomás, autor del arte primero y vocabulario que de la lengua quíchua se han impreso, y de quien Cieza de León aprendió muchas cosas acerca de las costumbres de los yuncas costeños, según declara en el cap. LXI de la Primera parte de la Crón. del Perú.

37. En lengua de Haití; Cactlis, en la mexicana; uxutas u ojotas en quíchua.

38. Así el periodo, que no hace sentida. Tiene muchas tachas y enmiendas y el autor olvidó, sin duda, la forma definitiva en que había de quedar. Este caso no es único sino frecuente en el voluminoso original de la Apologética.

39. También se servían de las porras como armas arrojadas.

40. Las Casas cita equivocadamente el cap. 23. El texto de Plinio reza: *Fanesiorum... in quibus nudas alioquin corpora prograndes ipsorum aures tota contegant.*

41. Es otra; probablemente el *Erythroxylum hondense*, llamada Hayo en muchas partes de Costafirme.

42. ¡Mucho decir es!

Acerca de Viracocha escribe Las Casas en el capítulo 104 de su ológrafo:

La tercera razón que me movió a detenerme y aquí estos pedazos de fábula [la de Saturno], fue, para que, si entre los sabios antiguos que por sabios eran tenidos, se fingieron ficciones que parecían desvaríos, las cuales, empero, tenían sus morales y prudentes significaciones, por las cuales los poetas sapientísimamente a componerlas se movían, como en el cortamiento de los miembros del cielo y nacer Venus de la sangre y espuma de la mar, ninguno de los que poco saben se maraville que aquestas indianas gentes digan que los españoles fueron espuma de la mar, que los llamen Viracochas, que quiere decir espuma o grosura de la mar, como las gentes naturales del Perú dicen, según los españoles que poco del lenguaje saben; pero según la verdad que verdaderamente alcanzan solos los religiosos, porque la entendían y trabajan de penetrarlas lenguas para convertir a Dios aquellas gentes; Viracocha quiere decir Criador de todas las cosas, el cual nombre pusieron a los españoles. Luego que los vieron, creyendo que venían del cielo y eran sanctos; pero después que cognoscieron sus obras, escarnecen dellos, [por] compatibles tal nombre tanto como al negro Juan Blanco. Porque ellos tienen sus metáforas y significaciones dellas; tienen sus teólogos, sus profetas o adivinos, y no menos de poetas y oradores, y tienen sus cuentos antiguos y refranes o proverbios graciosos, que contienen muchos documentos de verdadera y moral filosofía.

43. Curioso mito peruano que leo por primera vez. Tiene el carácter de todos los vestigios de tradiciones cosmogónicas que todavía recordaban al tiempo de la conquista los yuncas costeños. La interpretación no puede ser más lastimosa.

44. No es el 55, sino el 58 del ológrafo, o sea 2 de nuestra edición.

45. Afirmación poco ajustada a la verdad.

46. De este templo dice G. Fernández de Oviedo, hablando de la conquista de Quito por Belarcazar: «De allí pasaron a una cibdad que se dice Caiambe, e a otra que se dice Carangue, donde se halló una casa del Sol chapada de oro e plata en por de dentro e de fuera, aunque pequeña; pero a honor de San Bartolomé fue desollada presto» (t. IV, pág. 239 -Ed. Ac. De la Hist.)

47. La cual suprimimos allí, por corresponder exactamente a la que da Cieza de León en el cap. XCIV de la Primera parte de la Crónica del Perú.

48. ¿Y el pobre Cieza de León a quien el señor Obispo escamotea la mayor parte de los datos en que funda sus insoportables superlativos?

49. Desde el principio del capítulo hasta este punto, está publicado en las Antiquities of Mexico de Lord Kingsborough (t. VIII, pág. 229).

50. Desde aquí hasta el final del capítulo está publicado en las Antiquities de Lord Kingsborough, t. VIII, pág. 232.

51. Algunos escritores dicen que la tal pileta era receptáculo mingitorio o recipiente urinario; especie de pila de agua bendita inventada con anticipación por el Demonio.

52. Hoy Laguna de Aullagas.

53. Aquí repite Las Casas, por incorrección de escritura, se levantaba.

54. Otro tanto hace en este lugar, repitiendo: y estaba a su coro.

55. Así era la verdad. V. mis Tres Relaciones de antigüedades peruanas -Dedicatoria.

56. Siguen por este estilo exageradísimas apreciaciones y estupendos elogios de las virtudes religiosas de los antiguos peruanos, que para nada nos sirven, ni en lo más mínimo aprovechan a la antigua historia del Perú.

57. Del manuscrito de la Apologética.

58. Esto no es verdad. Se pronuncia Piúra, acentuando el diptongo.

59. No sé lo que quiso decir aquí el Señor Obispo.

60. Por más que busco en las relaciones de los testigos del descubrimiento y conquista del Perú, Jerez, Estete, P. Pizarro, Molina, etc., y los primeros cronistas, Cieza, Zárate, Oviedo, etc., no hallo ese pedacillo de tierra o nido de antropófagos a que Las Casas se refiere sin nombrarlo. Presumo que ha tomado equivocadamente por una comarca septentrional del Perú, aquella en que halló Francisco Pizarro en su primera [109] exploración ollas en que cocían pies y manos humanas (o de monos?), y que nunca perteneció al imperio peruano. Como no sea que aluda a alguna de las comarcas equinociales como Pasao, Coáquez, Atacámez, etc., de las cuales sabemos ciertamente que sus naturales eran caribes, aunque no nos consta que comiesen carne humana.

61. Y también tallaponas o tallapunas.

62. Este título es de Las Casas.

63. Tiyanas.

64. Así el periodo que no entendemos. La referencia es a un capítulo de la Apologética que no hemos copiado, porque nada tenía que ver con el Perú, excepto en esa ligera alusión a la leyenda de Santa Lucía.

65. Cita que está en igual caso que la anterior.

66. Hay a continuación un largo periodo tachado por el autor. No tiene importancia; es mera corrección de estilo.

67. Pararec o Pacaric-tampu.

68. Tengo por mala la ortografía de estos dos primeros nombres, que deben leerse como en casi todos los autores, Ayar-uchu y Ayar-auca o Ayar-sauca.

69. Huanacauri.

70. En capítulos de la Apologética que no nos interesan.
71. En los caps. 2 y 7.
72. Lloque o Lluqui Yupangui.
73. Mamatanca. -Advierto de una vez para todas, que la aproximada ortografía en castellano de los nombres propios de Ingas, Coyas, Auquis, Pallas, Ñustas, etc., es obra más delicada y difícil de lo que parece. En igual caso están los matrimonios de los Incas. Estos los admito sin comentarios y según los encuentro en la Apologética; aquellos los corrijo aproximadamente por ahora.
74. Sañu; y el Señor, Sutihuaman.
75. Ayarmaca.
76. Mamaruntucoya.
77. Xaquijaguana o Xaxahuaman.
78. Al margen de letra de Las Casas: «Este fue aquel Rey excelente de quien maravillas se dicen».

79. Astohuaraca.

80. Poco quichua alcanzaba nuestro Obispo!!

81. Conservo y no enmiendo la ortografía del original en éste y en la mayoría de los nombres quichuas.

82. Hurin Cuzco.

83. Auca aylli panaca.

84. Parece que falta y descendientes.

85. Este periodo añadió al margen el autor. Por lo que antes y después de él dice, se ve que sobra o poco menos, revelando la prisa y descuido con que escribía el inquieto e impetuoso obispo de Chiapas.

86. Pachaca.

87. Unu.

88. Tucuiricuc.

89. El lugar de este párrafo parece que debía ser antes de ocuparse en la jurisdicción criminal y atribuciones de los señores naturales y tucuiricucs.

90. Ya apuntamos en la pág. 38, que Cotara es de la lengua de la Isla Española; que en la mexicana se dice Cactli, y en la quichua, Uxuta y por corrupción, Ojota.

91. Los Charcas.

92. Le faltaba bastante para llegar al Estrecho. Terminaba en el Tucumán.

93. Samay.

94. Y una especie de gachas o poleadas, muy gustosas y alimenticias, llamadas Yupisin. El agarrobo de las Indias se dice en quichua propiamente Ttacco, y en yunca costeño Ong, y su fruto Puño.

95. Chasquis.

96. Tupac Inga.

97. Al margen y de letra de Las Casas: «Déjese blanco para el sumario»; porque no hay en el texto claro o espacio entre el fin del capítulo anterior y el principio de éste.
98. Duhos. El nombre peruano es tiana o tiyana.
99. Aucaes. Su propia significación es enemigo, traidor, rebelde.
100. Aquí falta algo para hacer sentido, porque Las Casas mutiló, al copiarlo, el original de este pasaje, que es del seglar a quien cita en la pág. 183.
101. Puches, gachas, poleadas, polenta.
102. Lo de las ventanas es muy dudoso, porque los antiguos peruanos no usaban estos huecos en sus edificios; sólo tenían nichos o alhacenas en forma de trapecio por la parte interior de las paredes, que no calaban la mitad del grueso de éstas. Llamábanlas ttokco.
103. Este título o sumario es de Las Casas.
104. Este párrafo y los que le siguen hasta la conclusión del capítulo, se han publicado en las *Antiquities of Mexico* de Lord Kingsborough (tomo VIII, páginas 148 y 150.)

105. Illapa quiere decir rayo.
106. Le faltó decir lo que el llanto duraba.
107. Mama Oclo.
108. ¿Piti o Pihui Tupac Yupangi?
109. Tumipampa.
110. No le plugo. Porque ese otro lugar no puede ser en otra parte que en la Historia general, cuyo tercer libro, último de los que se conocen, no llegó ni con mucho a los años del descubrimiento del Perú.
111. [«su» en el original (N. del. E.)]
112. Criados indios de servicio personal perpetuo; casi esclavos.
113. Este largo inciso queda en suspenso, pero se adivina fácilmente el sentido.

114. El desierto de Atacama.
115. Todo lo que se incluye en la presente acotación, está repartido a trozos por los primeros párrafos del capítulo XIX.
116. Hasta copió Las Casas, pág. 163.
117. Y ventanas, añadió Las Casas, pág. 191.
118. A este pasaje se refiere la segunda nota de la página 180.
119. Debe de faltar hijos. -Nota de D. J. B. Muñoz.
120. Lo acotado tuvo presente Las Casas al escribir la última parte del cap. 19, y en el 22, las págs. 192 y 193.
121. Titu Cusi Yupangui, y después de bautizado, ilustrísimo señor don Diego de Castro Titu Cusi Yupangui. Era hijo de Mango Inga Yupangui.
122. [«Cuzo» en el original (N. del. E.)]
123. De muchhani, adorar.

124. Mama akca.

125. Una prueba de que Las Casas no conocía el quíchua ni el país donde se habla este idioma, es haber copiado el nombre de Mamacocha en forma equivocada y semejante a este de Masimacocha, a saber: Machimacocha.

126. Huaccani, en quíchua, es llorar; lágrima se dice hueqque.

127. Yendo el año de 1874 de Guayaquil a Quito, entrado ya en la sierra, vi en los cortes y laderas del camino unas hornacinas excavadas toscamente y llenas de cabellos, pedazos de uñas y otros objetos, depositados allí por ofrendas; muestras de las supersticiones que aquí se apuntan.

128. Por este pasaje resulta que la presente relación se escribió durante los años que transcurrieron entre la muerte del virey Mendoza (1552) y la gobernación del marqués de Cañete el Viejo, que principió en 1555.

129. Alzáronla, decía en el original. -Nota de don J. B. Muñoz.

130. Huambracunas.

131. Falta preso o en Caxamarca.

132. Unos la ponen en mayo de 1549, otros en 1551; Cieza de León dice que presencié su cabo de año en el de 1550.

133. De la embrollada y numerosa generación de Huaina Cápac, he sacado en limpio, hasta ahora, que antes de casarse legítimamente, tuvo en una palla o ñustta, llamada Rahua Ocllo, a Inti Túpac Cusi Huallpac (alias Huascar), y en otra ñustta, cuyo nombre hallo escrito de estas cuatro maneras: Tocto Ocllo Coca, Tuta Palla, Túpac Palla y Tocto Ocllo Túpac, a Túpac Attahuallpac. Que casó legítimamente por primera vez con su hermana carnal, la coya Mama Cusi Rimay, la cual le hizo padre de Ninan Cuyuchi, legítimo heredero del imperio, muerto antes de poder heredarlo. Viudo de Mama Cusi, pretendió reincidir en el matrimonio con su segunda hermana carnal Mama Coca, que le dio calabazas así como a un viejo que quiso endosarle en su lugar, y se metió abadesa de las mamacunas; y después de tamaño desaire, único en los fastos conyugales de los Incas, contrajo segundas nupcias legítimas en su hermana menor Mama Cihui Runtu Cay (o Coya de otros). De esta coya, pues la primera murió muy pronto, debieron ser hijas las dos de Huaina Cápac legítimas que el gobernador del Perú, Cristóbal Vaca de Castro, encontró abandonadas y perdidas y recogió, bautizó, dotó y casó con dos españoles principales y vecinos del Cuzco. Llamábase una de ellas [283] Khespi o Khespiyquí, a cuyo poético nombre agregó con el agua bautismal el de Beatriz. Fue su primer marido Pedro de Bustincia, y el segundo un sastre, Diego Fernández. La otra ñustta su hermana, manceba primero de el almagrista Juan Balsa, desaparecido después de la batalla de Chupas y de cuya unión resultaron por lo menos un hijo y una hija, Juan y Juana Balsa, es la Marca Chimpu del P. Molina, doña Leonor después de cristiana, y a quien con bubas y todo no tuvo inconveniente en tomar por mujer Francisco Villacastín, famoso pizarrista y muy partidario de Gonzalo Pizarro, aunque al barruntar la desgracia de este caudillo, se hizo tejedor, como decía el chusco y justiciero maese de campo Francisco de Carvajal.

Hermanas carnales de doña Beatriz Khespi y de doña Leonor Marca Chimpu, fueron, en opinión de algún autor, la primera mujer (?) de Hernando de Soto, doña Leonor Tocto Chimpu, y la manceba principal del marqués don Francisco Pizarro, doña Inés Yupanqui, ñusta o princesa de Huaillas; pero de ésta afirman los más que su madre fue otra concubina de Huaina Cápac, por nombre Cúntur Huachu.

De los otros hijos de este soberano nada digo, porque no hace al objeto de esta nota.

134. Está comido el papel. -Nota de D. J. B. Muñoz. Pero con el texto de Las Casas puede suplirse lo que falta, esto es. Cuzco y sus comarcas.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

